



SS
SERVICIO
SECRETO

TONY M. TOWER
**LA CONSIGNA
ES MATAR**

TONY M. TOWER

LA CONSIGNA ES: MATAR

1.ª EDICIÓN
AGOSTO 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:**

111 — Huracán en el Caribe. 131 — Misión en Casablanca. 137 — El secreto de Rocky Mountain. 148 — Dos cruces en la nieve. 164 — La muerte llegó al amanecer. 179 — Pasaporte al infierno.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El comisario Paradis abrió la estrecha ventana de su oficina, y asomándose al exterior aspiró con delectación el confuso aroma que llegaba del río.

Un pintor melenudo levantó la cabeza separando la mirada del lienzo sobre el que trataba de captar el inefable encanto de la Cité, emborronando de verdes y azules la blancura de la tela. El comisario hizo un gesto de disgusto al verle sentado sobre su silla de lona, justo frente a la oficina.

—¡Bah! ¡Artistas! ¡Gentuza que cae sobre París como moscas y luego nos vuelven locos de trabajo!

Paradis no era tan bruto como parecía. En realidad le gustaba el arte y en cierto modo había hecho un arte de su profesión. Él decíalo con frecuencia.

—Existen muchos modos de perseguir a los delincuentes. Pero si se quiere hacerlo sin abandonar las reglas del «*fair play*», entonces es preciso utilizar el cerebro y armarse de paciencia. Hay que contar con una buena dosis de inspiración y en gran parte es necesario identificarse con la propia personalidad del perseguido.

Esta última afirmación le había costado soportar muchas bromas, y únicamente el respeto que imponía el hombrecillo a su personal, logró abortar el apodo con que en una época empezó a ser conocido en las dependencias de la Policía Judicial: Paradis «Hyde», parodiando al famoso personaje de Stevenson y la supuesta inclinación del Inspector hacia los infelices a quienes tenía que perseguir.

Nada más falso. Paradis pertenecía al tipo de policía que lleva en la sangre la profesión, y es capaz de permanecer días y días tras una pista, sin darse el menor descanso. Y lo cierto era que al comisario Paradis, veterano de la Policía Judicial, iban a parar los casos más difíciles.

Aquella mañana había llegado al Muelle de los Orfèvres de buen humor, bajo la impresión de que le esperaba un día tranquilo. Después de cerrar la ventana y mirar de soslayo al pintor, que se afanaba en conseguir el tono oscuro de la piedra de Nôtre Dame, sólo logrado por el paso de los siglos, llamó a su secretario.

—¡Magnífico día, Charón! ¿Alguna cosa?

—Nada de particular —Charón consultó su carpeta—. El señor Cours volvió a llamar muy de mañana. Otra vez con lo mismo.

—¡Bien! El señor Cours se imagina que no tenemos otra cosa que hacer sino ocuparnos de sus problemas domésticos. Si otra vez insiste envíale a Massena. Él se dará maña para entretenerle. ¿Qué más?

—Pues lo de siempre... Un robo en el Boulevard Raspail. Están los muchachos con ello. En un tugurio del Muelle de Bercy riña con arma blanca. El agresor ha sido detenido. Mire los partes.

Paradis empezó a pasar hojas, buscando entre aquel montón de pequeños delitos rutinarios que le aburrían. Charón comprendió que pensaba y comentó.

—¡Ya le dije que lo de siempre! Y más vale que sea así. ¿Usted prefiere algún lío de importancia? La verdad es que me gustaría también algo, como el caso Kellerman.

—Te he aconsejado, muchacho, que no vayas a ver tantas películas americanas. Y si quieres complicarte la vida, ¿por qué no tratas de echarle el guante a «Bibi Fortune»?

Charón se sobresaltó al oír el nombre. Recogió la carpeta que su jefe le tendía y sin sonreír salió del despacho.

Paradis también acusó cierta impresión después de pronunciar aquel nombre que parecía el de algún cantante del Barrio Latino. Dando vuelta a la silla giratoria, tiró de un cajón del fichero y sacó una ficha. El recuadro de la fotografía estaba en blanco. Y bajo él unas cuantas referencias, muy pocas. Soltó la cartulina con rabia y se acodó sobre la mesa.

—¡«Bibi Fortune»! —murmuró—. ¡Parece mentira que ese canalla ande suelto!

La puerta se abrió con fuerza y Charón anunció en voz baja, con aire de complicidad.

—¡Ahí está! ¡En persona!

Paradis rezongó de mal talante. El pensar en «Bibi» le había

estropeado la mañana.

—¿Quién diablos está? ¿Crees que tengo ganas de jugar a las adivinanzas?

—El señor Cours, jefe. Se empeña en hablar con usted. Parece bastante impaciente. ¿Le hago pasar?

Paradis hizo un gesto de resignación, y movió la mano afirmativamente, decidido a soportar al caballero.

La visita no se hizo esperar. El señor Henry Cours era joven aún y tenía un aspecto realmente impresionante. Vestía con una elegancia que estaba en el justo límite de los que los hombres vulgares pueden soportar, e inundaba todo de una personalidad estallante. El rostro correcto reflejaba una ligera irritación que trataba de disimular. Preguntó:

—¿Comisario Paradis? Tengo mucho gusto en conocerle. Me llamo Henry Cours. En cierto modo somos vecinos. Tengo mi negocio al otro lado del río.

—Síntese, por favor. Ya le conozco a usted y a su empresa de Seguros de la Plaza St. Michel también. Paso muchas veces frente al edificio. Le ruego que me diga el objeto de su visita. No quiero ser descortés, pero tengo mucho trabajo.

Cours miró sorprendido al insignificante hombrecillo que no parecía afectado ante su empaque. Desde luego el comisario ofrecía un aspecto lamentable si se le comparaba al hombre de negocios. Tendría como cincuenta años. Iba enfundado en un traje deslucido y de mal corte, con brillo en los codos, y si hubiérase tenido que adivinar su profesión, se habría dictaminado: empleado municipal o tendero.

Paradis sonrió suavemente. Leía claramente los pensamientos del hombre. Cours carraspeó y empezó a decir, un tanto violento, después de tomar asiento.

—Ayer le llamé dos veces, comisario, y esta mañana otra más. Sus hombres prefirieron no molestarle. ¡Sin embargo se trata de un asunto de mucha importancia! Si no promete usted ahora mismo empezar las diligencias, tendré que quejarme al Ministro del Interior. Y le aseguro que me escuchará.

Paradis suspiró resignado y se puso en pie, acercándose a su interlocutor. Con voz inexpresiva, trató de explicar.

—Verá usted, señor Cours. En París desaparecen todos los días

varias personas. Maridos que se cansan de su mujer, tramposos que ponen distancia entre ellos y sus acreedores. Sencillamente, tipos que deciden cambiar de aires, y... novias que a última hora se arrepienten.

Cours saltó de la butaca como si le hubieran pinchado. Perdió una buena parte de su aplomo.

—¡Eso es una tontería! —gritó—. ¡La señorita Chaumont no tiene nada de que arrepentirse! Somos prometidos, eso es cierto, pero el enlace no está señalado aún. ¡Le digo que Simone ha desaparecido! ¡Tiene que haberla ocurrido algo!

Paradis comprendió que era inútil luchar contra aquel hombre nervioso y decidió calmarle. Sentóse otra vez y tomó su libreta.

—Veamos. Deme usted todos los datos que tenga de ella. Puede empezar. ¿Nombre?

Cours se pasó los dedos entre el cuello de la camisa y, ya sereno, respondió:

—Simone Chaumont. Trabaja en mi Compañía hace cinco años. Hace dos días no acude a la oficina. Como... en fin: estamos prometidos hace un par de meses y yo la he dicho muchas veces que se quede en casa, pero ella prefiere trabajar. Asegura que la distrae. Bueno, pues cuando vi que no estaba en su despacho no le di importancia. Llamé por teléfono a su madre. Vive con ella en la calle Bagnote, número ocho. La señora Chaumont afirmó que Simone había salido de casa como todos los días. Después de eso no hemos vuelto a tener noticias de ella. Su madre está muy abatida.

—¿Ha realizado usted alguna gestión particular antes de venir aquí?

—Desde luego. Tiene una amiga en St. Denis y la telefoneé por si estaba con ella. Nada. Después, ya alarmado, empezó a consultar a los hospitales y a las clínicas. Todo inútil. ¡Ha desaparecido totalmente! Y no llevaba equipaje ni dinero. Su madre lo afirma. ¡Tiene que tratarse de un secuestro o cosa así!

—¡Vamos, señor Cours! Todo se solucionará. ¿Habían reñido ustedes? Muchas veces las mujeres dan demasiada importancia a un incidente minúsculo —Paradis miraba distraído a través de la ventana, hacia el edificio donde el señor Cours tenía su oficina. Un gran rótulo de metal cruzaba los balcones: «Cours. Seguros vida».

—¡Nada de eso! Simone es incapaz de reñir con nadie. La noche

anterior a su desaparición estuvimos en el Marigny, viendo a Colombier. Cuando la dejé en su casa, después de la representación, parecía contenta. Me dijo que al día siguiente... ¡Bueno, es una cosa tonta!

Cours enrojeció un poco, azorado. Paradis, impasible, insistió.

—Todo puede tener su importancia en un asunto como éste. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Era relacionado con la fecha de la boda. Estábamos conviniéndola. ¿Algo más?

—Si conserva usted alguna fotografía de ella será muy conveniente...

Cours arrugó el entrecejo.

—Supongo que se llevará el asunto con discreción —comentó—. No me gustaría que Simone se viera envuelta en ningún escándalo.

Sacó su cartera y de ella extrajo una cartulina con la imagen de su prometida. La tendió con cierta prevención al policía, quien la tomó y la examinó. Simone Chaumont, a juzgar por la fotografía, era una belleza morena que justificaba el entusiasmo del elegante señor Cours.

—No se preocupe. Será como usted desea. En cuanto tengamos alguna noticia se la comunicaremos. Pondré un par de hombres hábiles para el caso. Y si usted recibe informes de ella, díganoslo también. ¡Ya verá cómo todo es una falsa alarma!

Henry Cours tomó su sombrero y se despidió bastante amablemente. Paradis aguardó a que saliera y, asomándose a la ventana, observó cómo subía a su espléndido coche americano. Para cruzar el Sena, es decir, el puente de St. Michel, que lo separaba de su oficina, necesitaba el automóvil.

El comisario salió al antedespacho y le gritó a Charón:

—Encárgate de que hagan unas copias de esta fotografía. ¡Rápido! Y haz subir a Hugo y a Busquet. Hay trabajo para ellos.

Charón silbó admirativamente.

—¡No está mal! ¿De modo que esto era lo que tenía tan nervioso al señor Cours? Me lo explico perfectamente.

—¡Largo de aquí! —bramó Paradis—. ¡Y que no tenga que decirte dos veces una cosa!

El ayudante bajó a los laboratorios del sótano. El enorme edificio del Palacio de Justicia, en cuya ala del Muelle de los

Orfèvres está situada la oficina de la Policía Judicial de París, bullía ya de actividad. Hugo Neil y Paul Busquet recibieron la llamada en la sala de trabajo de inspectores, donde estaban ocupados en buscar la ficha de un palanquetero.

—¡Veremos qué le ocurre al viejo! Si no baja él mismo, será cosa de poca importancia —dijo Busquet.

Paradis los recibió sonriente, lo que era mal síntoma.

—¡Carnada para los sabuesos! Tomad vuestra libreta y anotad: Simone Chaumont, veinticuatro años. Vive en la calle Bagnote número ocho. Desapareció el martes por la mañana. La última persona que la ha visto fue su madre. La chica se dirigía a las oficinas de Seguros Cours, en la Plaza St. Michel, pero no llegó a su destino.

Dio algunas indicaciones más. Mientras llegaban las fotografías les indicó la forma de realizar el trabajo.

—Tú, Busquet, visitarás las agencias de viajes, las estaciones de ferrocarril y los aeropuertos. La muchacha tiene un rostro que no se olvida, ya lo comprobaréis. Después ved si en la Brigada Social encontráis su nombre en los partes de las pensiones y de los hoteles. Si no lográis nada habrá que dar cuenta a los chicos de los locales nocturnos y de los clubs. Couquilliere podrá ayudaros. ¡Ya os podéis marchar!

Charón entró con las cartulinas aún húmedas. Paradis entregó una a cada uno de los dos agentes, que la miraron con atención. El comisario enseguida se dio cuenta de que Ney se sobresaltaba.

—¿Qué ocurre? ¿La conoces?

—Conocerla... exactamente no. Esta joven suele coincidir conmigo en el Metro. Se apea en la estación St. Michel todas las mañanas.

—¡Ya comprendo por qué tú no lo haces en la Cité y prefieres tener que volver luego andando hasta el muelle! —dijo Paradis sonriendo—. Te he visto hacerlo varios días y me intrigaba. Pues procura no tomarte otro interés por la chica que no sea el profesional. ¡Es la prometida del poderoso señor Cours!

Ney enrojeció. Sus compañeros afirmaban que no tenía aspecto de policía, quizá debido al brillo ingenuo de sus ojos. Sin embargo, era el hombre de más porvenir en el Cuerpo. Paradis lo sabía. El contraste entre el joven y el comisario era casi grotesco. Mientras

Paradis se encogía en su traje oscuro, Ney diríase un deportista caído en el Muelle de los Orfèvres por error. Tenía el pelo muy negro y los ojos inquietos y vivaces. Bajo su americana se adivinaban los músculos poderosos.

—¡Cualquier día este chico va a limpiar París a puñetazo limpio! —decía el comisario.

Ahora los vio salir a los dos para tratar de averiguar dónde se escondía la hermosa Simone. Antes de que tuviera tiempo de hacer ningún comentario, golpearon en la puerta y un tipo delgado, pálido y con sonrisa cínica, fue entrado a empujones. Paradis lo miró disgustado e hizo una seña a los agentes que traían al hombre.

—¿Otra vez aquí, «Coco»? ¿Qué ha hecho ahora?

—Ladrillazo a un escaparate, comisario.

—Soy cliente antiguo, viejo —dijo el maleante, escupiendo—. ¡No hace falta que me lleven al gabinete de identificación!

Paradis ordenó que lo sacaran. Y empezó el desfile de todos los días, mientras Ney y su compañero trotaban por París tras la pista de una mujer desaparecida.

CAPÍTULO II

Lo que al principio pareciera simple nerviosismo de un novio impaciente, se convirtió pronto en un apasionante caso que ocupó de lleno al comisario Paradis y a su equipo de agentes. Simone Chaumont se había esfumado. Voló sin dejar ningún rastro, ninguna pista.

Henry Cours se hizo un asiduo del Muelle de los Orfèvres. Cada media hora llamaba por teléfono y cada tres o cuatro se personaba en el despacho de Paradis, para desesperación de éste.

—¿Qué hacen sus hombres? ¿Qué hace usted mismo sentado ahí? —gritaba, agitando ante las narices del comisario sus guantes amarillos—. ¡Una persona no se volatiliza! ¡Ahora me explico la multitud de delitos que se cometen en París! ¡Claro! ¡Con una Policía como ésta!

Paradis le oía como quien oye llover, y ordenaba a los muchachos que intensificaran su tarea. Cientos de fotografías de la prometida del señor Cours estaban en manos de los agentes, en todos los barrios de la ciudad.

—¿Ha visto usted a esta joven en su establecimiento?

—¡Caramba! ¡Vaya un bombón!

—¿La ha visto o no?

El interrogado abandonaba la cartulina con pena. Sonreía.

—No.

Así horas y horas. La noche del sábado, cuatro días después de la desaparición de la muchacha, un gendarme paseaba lentamente por el muelle de Austerlitz, contemplando las tranquilas aguas del río. Algunas parejas de enamorados se encogían en los bancos cuando pasaba. El hombre sonreía un poco haciéndose el distraído. ¡Es tan hermosa la primavera en París! Dejó atrás la mole de la estación y poco después el rumor de los árboles del Jardín de Plantas, agitados por la suave brisa, llegó hasta él. Un coche, un «Citroën» a medio

uso, estaba detenido en la acera, un poco delante de él. Sintió el ruido de la puerta que se cerraba de golpe y vio a un hombre que descendía del vehículo.

El tipo miró hacia la silueta del gendarme, inconfundible con su esclavina oscura y el *kepis* alto. Se quedó quieto unos segundos y a poco pareció cambiar de idea, volviendo a entrar en el «Citroën», sentándose frente al volante.

Al agente no le gustó aquello. El lugar parecía solitario y no era hora ni sitio adecuado para esperar a nadie. Su celo profesional le llevó despacio hasta el coche. Había dos hombres. Uno en el asiento delantero y otro atrás. Se detuvo para preguntar amablemente.

—¿Puedo servirles en algo? ¿Una avería, quizá?

No recibió contestación. El conductor puso las manos en el volante con claro ademán de querer emprender la marcha. Pero el gendarme, inclinándose sobre la ventanilla, volvió a preguntar, ahora más secamente.

—¿Qué le ocurre a esta mujer? ¿Enferma?

Caída sobre el pasajero había una joven con larga cabellera morena y sin moverse. Cuando el gendarme se apoyó en el coche, moviéndolo, la mujer resbaló un poco y quedó al descubierto, los ojos cerrados. No tuvo tiempo de examinarla con atención, pues el conductor lanzó un juramento y, pisando el acelerador, hizo botar al coche, y casi derribó al curioso gendarme.

Al instante se volvió éste. Hubo un resplandor rojizo en la ventanilla y un proyectil silbó sobre su cabeza, al mismo tiempo que la detonación le sobresaltaba.

El gendarme Timbaud olvidó sus poéticas ideas sobre la primavera y los enamorados de hacía unos instantes. Sacó su pistola de reglamento y, afinando con cuidado la puntería, disparó sobre el coche, que ya estaba a punto de llegar al cruce del puente.

Vio cómo daba un viraje violento y se lanzaba contra el pretil del paseo, quedando detenido. Corrió hacia allí, dispuesto a hacer comprender a los dos tipos que no es nada saludable hacer fuego contra un gendarme.

Cuando llegaba, una de las portezuelas se abrió y un hombre saltó al suelo. Parecía demasiado asustado y el gendarme pudo echarle la zarpa. Lo sujetó por el brazo con fuerza y cuando iba a colocarle el lazo acerado de las esposas, el otro sujeto, con quien no

contaba, le atacó violentamente.

Timbaud se revolvió. Por lo pronto el presunto detenido escubullóse. Quedaba solo el segundo enemigo, quien, abrazado a él, le impedía usar el arma.

—¡Suelta, maldito! —resopló Timbaud, que ya no estaba para aquellos trotes.

Su adversario no se entretuvo en decir nada. Era más joven y más fuerte que el gendarme y parecía que la partida era suya. Siguieron forcejeando con un común deseo de impedir que las pistolas pudieran intervenir. Y en uno de los momentos en que Timbaud levantó la cabeza se dio cuenta que el «Citraën» empezaba a rodar, aprovechando el suave desnivel.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡La mujer! ¡Va a matarse!

Soltó el abrazo y su enemigo aprovechó la ocasión. Un golpe en el estómago derribó al pobre Timbaud contra la balaustrada, haciéndolo gemir de dolor.

Cerró los ojos unos segundos y cuando los abrió estaba solo.

—¡Se matará! —murmuró, tratando de incorporarse—. ¡Esos sinvergüenzas se han marchado!

El coche se deslizaba suavemente hacia la embocadura del puente de Austerlitz. Timbaud, sujetándose el estómago dolorido, corrió tras él, a grandes saltos, al tiempo que hacía sonar su silbato.

Cuando logró trepar al estribo el morro del vehículo embestía con fuerza las barras de hierro. Intentó girar desesperadamente el volante, pero apenas lograba tocarlo con la punta de los dedos. Miró a la mujer, que estaba tendida. Tenía el pelo sobre el rostro y se agitaba suavemente.

Un salto limpio. El «Citraën» cayó sobre un costado en el paseo inferior. Rebotó secamente y girando hacia la derecha quedó incrustado contra un pilar del puente. Varias personas ya corrían hacia el lugar, atraídas por las llamadas del gendarme y el espantoso estruendo del golpe.

Timbaud tenía siete vidas. Por suerte para él el impacto se produjo por el lado contrario. Sintióse sacudido, golpeado y zarandeado, pero sólo fue cuestión de segundos que se afanara en abrir una portezuela que parecía pegada a la carrocería maltrecha, y sujetando a la mujer por los sobacos tiró de ella. Un voluntario acudió a ayudarle.

—¡Debe estar muerta! No se mueve. ¡Vaya un tortazo! Se ha librado usted por milímetros.

—Menos conversación y más fuerza, amigo. El coche puede incendiarse —aconsejó el gendarme, que había perdido el gorro y parte de su capa.

Lograron extraerla y la tendieron sobre el césped, junto a las escaleras de piedra. Varios noctámbulos y gente de dudoso aspecto curioseaban la escena, haciendo comentarios. Timbaud procuró apartarlos.

—¡Estaría borracha! ¡Hace falta ser torpe para caer por aquí! ¡Fíjate que guapa es! —decía un tipejo pálido a su compañero.

—¡Lárguense todos! —apremió el gendarme. Luego se volvió a su ayudante improvisado—. Haga el favor de llegarse al primer establecimiento y telefonee a la Comisaría. Diga que envíen una ambulancia.

El hombre salió disparado, decidido a ser útil hasta el final. Timbaud logró al fin quedarse solo, aun cuando algunos contumaces siguieron observándole desde la barandilla.

Al fin llegó la ambulancia. Y con ella un coche de la Policía Judicial. Hugo Ney saltó al suelo antes de que el vehículo se detuviera y descendió por la escalera precipitadamente. Apartó de un empujón al gendarme.

—¡Qué modales! —refunfuñó éste—. ¡Estos tipos se dan demasiada importancia! ¡Si no llega a ser por mí!

Ney no le escuchaba. Retiró con dedos nerviosos el cabello de la mujer y la contempló en silencio. Hasta que otros dos hombres no estuvieron junto a él no pareció reaccionar. Levantó los ojos sombríos y dijo sencillamente.

—Es ella. Simone Chaumont.

—¿Estás seguro?

—¡Naturalmente! No es fácil confundirla.

Se puso en pie y dejó que los empleados de Sanidad la colocaran sobre la camilla. Luego siguió tras ellos. Parecía realmente abatido. Los dos compañeros se sonrieron.

—¡Este chico es tonto! ¡Está arreglado si se toma así todos los casos!

Ney les oyó comentar, pero no le importó. Dejó que deslizaran la camilla al interior de la ambulancia y subió a ella, sentándose junto

a la muchacha. Cerraron la puerta y quedó en la oscuridad.

CAPÍTULO III

Paradis fue avisado al instante. Estaba acostado, leyendo la prensa del día. Su mujer le tendió el teléfono.

—De la oficina. ¡Otra vez igual! ¿Es que no tienes, como todo el mundo, una jornada de trabajo? Deberían pagarte más que al Ministro. ¡Seguro que él no tiene estas latas!

—Calla mujer. Hazte cuenta de que me hubiera dedicado a la medicina —Paradis tomó el aparato, para escuchar. Al instante saltó de la cama y empezó a vestirse aceleradamente—. Regresaré pronto. Duérmete. Es una cosa sin importancia.

La señora Paradis le volvió la espalda, enfadada, y fingió sumirse en un profundo sueño. El comisario sonrió. Sabía perfectamente que ella le esperaría despierta todo el tiempo que fuera preciso.

El agente que le llamó le dijo que Simone Chaumont estaba en el Hospital de Val de Grace, y hacia el enorme edificio se dirigió en un taxi, realmente intrigado por el caso de la muchacha.

Uno de sus hombres le esperaba en la puerta y le condujo a la habitación donde llevaron a la joven. Hugo Ney esperaba en el pasillo y corrió hacia él, pálido y nervioso.

—¡Creí que no venía, jefe! El médico dice que dentro de poco quizá recobre el sentido.

—Veamos. Ven conmigo. Y cuéntame lo ocurrido.

El muchacho lo hizo, mientras el gendarme Timbaud, que esperaba para prestar declaración, le miraba de reojo, sinceramente ofendido. ¡Él era quien podía explicarlo y no aquel tipo presumido! ¿Qué sabía el agente si sólo llegó al final?

Los dos hombres desaparecieron en el interior de la habitación y el gendarme tuvo que conformarse con ser relegado a segundo plano.

Paradis se acercó a la cama y miró a la paciente. Tenía los ojos

cerrados y un espeso vendaje le cubría casi toda la cabeza. El médico dijo en voz baja.

—Conmoción cerebral. Lo curioso es que antes del accidente habíale suministrado una droga. Existe la posibilidad de que recobre la lucidez ahora, que está a punto de que el narcótico deje de surtir efecto. Pero también es fácil que permanezca varios días insensible.

Ney se agitó impaciente, mientras el médico procedía a inyectar el contenido de una ampolla a la joven. Después se inclinó sobre ella, observando con atención sus pupilas.

Transcurrieron unos segundos interminables. Paradis empezó a distraerse y curiosear el recinto. Hasta que el hombre de la bata blanca dijo en voz baja:

—No pueden hacerle ninguna pregunta. ¿Entendido? Limítense a escuchar, si es que había algo.

Simone movía los párpados, como haciendo esfuerzos por separarlos. Después entreabrió los labios. Los sonidos silbaron tenues. Únicamente el aire escapaba entre los dientes apretados.

—¡No hablará! —masculló Paradis—. ¡Ese idiota de gendarme podía al menos haber detenido a alguno de los tipos del coche!

—¡Cállese! —ordenó el médico.

El comisario se encogió como un chiquillo cogido en falta. Y entonces, muy tenuemente, como un susurro, Simone Chaumont pronunció algunas palabras. Muy pocas, pero suficientes para dejar a Paradis asombrado y confuso. Fueron éstas:

—¡Márchate! —Siguió una pausa larga—. ¡Oh! ¡Bibi...! ¡Bibi Fortune!... ¡No quiero beberlo! ¡Dejadme!

Inmediatamente después sumióse en un sopor que pareció intranquilizar al doctor. Ordenó secamente:

—Es mejor que se vayan, comisario. Ya le avisaré Si está en condiciones de ser interrogada. ¿Quién es «Bibi Fortune»? Tengo idea de haber leído algo sobre ese nombre.

—No me extraña. Toda la prensa sensacionalista se ocupa de él. Demasiado quizá. No olvide tenernos al corriente de todo.

Paradis y su ayudante salieron al pasillo. Los ojos de Timbaud les interrogaron. El comisario pareció darse cuenta de su presencia.

—Vaya a mi oficina. Mi secretario le tomará declaración. Muchas gracias.

Nada más. Se marcharon y dejaron al pobre Timbaud, que esperaba una felicitación calurosa, poco menos que hipnotizado. Sólo pudo decir:

—¡Para eso se juega uno la vida! ¡Muchas gracias! ¡Maldita sea!

Paradis subió al taxi y ordenó que les condujera al Muelle de los Orfèvres. Durante el corto trayecto, mientras atravesaban el Boulevard de Saint Marcel, totalmente solitario, no hicieron ningún comentario. Hasta que Paradis no estuvo recostado en su sillón, con la pipa entre los labios, no abrió la boca.

—¿Qué te parece, muchacho? ¿Te has dado cuenta?

—Sí. Y no lo comprendo. ¿Qué puede tener que ver esa joven con «Bibi Fortune»? Usted quizá pueda explicármelo.

Paradis no explicó nada. Únicamente abrió su bloc y buscó un número de teléfono.

—Llama a la casa de Cours. OPE-17-71. Procura darle la noticia con cierto cuidado. Parece muy impresionable. Puede venir aquí. Utiliza este mismo teléfono.

Ney obedeció. Entre tanto Paradis parecía reflexionar. Volvió a tirar del fichero y sacó la cartulina de «Bibi Fortune». La tenía ante sus ojos cuando el joven logró al fin obtener comunicación con Cours.

—¡Señor Cours! Le llamo desde la Jefatura de policía. El comisario Paradis desea verle. ¿Puede usted venir ahora?

El hombre que escuchaba al otro extremo de la línea se sobresaltó.

—¿Qué ocurre? ¡No me lo oculte usted! ¿Le ha sucedido algo a Simone?

Ney dio unas evasivas. Sentía cierta antipatía por el acaudalado individuo. Estaba convencido que su dinero era el motivo de que Simone Chaumont se hubiera prometido a él. ¿Principio de celos? Cuando colgó el aparato se lo preguntaba. Era una tontería pensar de ese modo respecto a una desconocida, que además estaba extrañamente mezclada con el más peligroso, maleante de París.

—¿Viene? —preguntó Paradis.

—Ahora mismo. ¿Qué sabe usted de ese «Bibi Fortune»? —preguntó a su vez el agente.

—Poca cosa. Hace años que tenemos informes de la existencia de un misterioso individuo que controla todos los negocios de la

ciudad. Juego, drogas, trata de blancas, etc. Nada debe escapar a su jefatura. En un par de ocasiones algunos apaches han citado su nombre. Todos le temen y todos ignoran cuál es su verdadera personalidad. Además un periodista tuvo conocimiento de su nombre y lanzó a los cuatro vientos unas cuantas historietas para chicos, que le han rodeado de gran popularidad.

—¿Quizá sea fantasía! En París no se dan esa clase de tipos.

—Sí. Parecen exclusivos de Norteamérica, pero la influencia americana lo abarca todo. El tal «Fortune», si existe, debe ser un sujeto de cuidado. Y además está creando una especie de leyenda muy peligrosa. Las palabras de esa chica quizá sean el principio de una investigación fructífera, o sólo una falsa alarma. Cuando venga Cours usted le acompaña al Hospital. Yo voy a quedarme aquí, en el despacho.

El hombre no se hizo esperar. Entró despeinado y sin su habitual atuendo elegante. Llevaba un abrigo flojo y un pañuelo blanco al cuello; parecía intensamente impresionado.

—Dígame la verdad, comisario. No soy ningún chiquillo. ¿Qué sucede?

—Sencillamente que ha aparecido. Tranquilícese usted. Hubo un accidente y la señorita Chaumont recibió un golpe. El dictamen del médico es conmoción cerebral intensa, pero no cree que exista peligro —Paradis señaló a Ney—. Si desea verla, este señor puede acompañarle. Pero no la moleste.

—¿Dónde la han llevado?

—Está en el Hospital Val de Grace. Bien atendida.

Cours pareció preocupado. Al fin manifestó su idea.

—No es el sitio adecuado para Simone. Si no hay inconveniente, preferiría que la atendiera mi médico, el doctor Friedlan. Tiene su clínica en Montrouge.

El comisario dudó, pero como temía otra explosión del engreído señor Cours, y la cosa no era demasiado importante, cedió.

—De acuerdo. Si el doctor de Val de Grace cree que puede hacerse, daré orden para que la trasladen. De momento, y hasta que declare, está bajo la vigilancia nuestra. Los hombres que la acompañaban hicieron resistencia a la autoridad.

Cours parecía muy sorprendido.

—Es decir, que no ha manifestado nada aún...

—Nada —el comisario hizo un gesto a Ney para que silenciara lo que estaba a punto de decir—. Tardará un par de días en poder hacerlo. Vaya con el señor Ney. Ocúpate tú mismo del traslado y luego me das cuenta de ello. Que un hombre se mantenga cerca de la muchacha en todo momento. ¿Entendido?

Se quedó solo. Volvió a la mesa y a mirar el blanco cartoncito dedicado a «Fortune». Parecía adormilado, pero en realidad estaba tratando de relacionar detalles, de llegar a alguna conclusión.

—Es preciso aprovechar la oportunidad —murmuró.

Bajó a la planta baja. En el amplio garaje aguardaba el coche negro que habitualmente utilizaba. Paradis no sabía conducir. A primera vista era lo más opuesto a un policía. Llamó a gritos a uno de los conductores de guardia, que acudió somnoliento, poniéndose la americana.

—Saca el cacharro, amigo. Vamos a pasear por el río.

Sentóse junto al chófer y le hizo descender por los muelles de Montebello, Tournelle y Saint Bernard. La meta era el puente de Austerlitz. Bajó de su coche. Había distinguido la clásica silueta de una grúa móvil y las voces de algunos hombres que trabajaban en ella. Un gendarme se le acercó y al reconocerle le saludó respetuosamente.

—¡Buenas noches, señor comisario! Están a punto de sacarlo ya. Ha dado mucha guerra.

Paradis se acercó a la balaustrada y vio cómo el chafado «Citroën» en que viajaba Simone Chaumont era izado y al fin el largo brazo de la grúa lo depositaba sobre la plataforma. Tres o cuatro agentes empezaron a examinarlo y el comisario se acercó despacio.

—¿Habéis encontrado algo? ¿De quién es el coche?

Uno de los investigadores levantó la cabeza para responder.

—Nada. Está limpio. Ni un papel ni una simple punta de cigarro. El trasto pertenece a un garaje de alquiler. Ya hemos hablado con el registro.

—Me lo suponía. Esta gente no arriesga nada. Dejadme echar una ojeada.

Paradis asomó la cabeza. Uno de los agentes le alumbró con una linterna. Habían sido levantados el piso y los asientos. En la parte del conductor lo mismo.

—¿Qué garaje? Supongo que no habréis preguntado al dueño.

—Lo pensábamos hacer mañana, es decir, cuando amanezca. Si quiere usted ir ahora...

—¡Claro que quiero! —apremió Paradis, saltando de la plataforma—. ¡Venga!

—Apunte. Pierre Gramone. Venta y alquiler de automóviles. Charenton.

—A un paso —refunfuñó el comisario—. Lleaos esta chatarra enseguida y que saquen fotografías de ella y comprueben las impresiones dactilares. ¡Buenas noches!

Media hora de rodar en silencio hasta Charenton. Al otro lado del Bois de Vincennes estaba el garaje. Paradis aporreó la puerta durante un buen rato hasta que consiguió despertar al dueño.

Todo para enterarse que el «Citroën» había sido alquilado hacía una semana, que dejaron una fianza importante y que el nombre registrado sonaba a falso a media legua.

Volvió a la oficina. Llamó por teléfono a su mujer.

—¡Duérmete de una vez, diablos! Ya no voy por casa esta noche —le gritó.

—¡No seas iluso! ¿Es que te imaginas que estaba despierta? Por mí puedes pasarte la noche donde quieras. ¡Cómo si prefieres no volver!

La señora Paradis cortó la comunicación y su marido sonrió. Sabía que se mantuvo junto al teléfono esperando su llamada. Se recostó en el sillón, cerrando los ojos.

Cuando la luz del día entraba por la ventana y las campanas de St. Julien agitaban suavemente el aire limpio de la mañana, abrió los ojos. Hugo Ney estaba ante él, esperando tranquilamente. No había querido despertar al viejo comisario, a quién profesaba una especial simpatía. Los ojillos vivos de Paradis le examinaron burlones.

—¿Qué diablos haces ahí parado? ¿No has visto nunca dormir a nadie?

—La muchacha ya está en la Clínica de Friedlan. Es un sitio muy lujoso. Cours quiere aprovechar la oportunidad para deslumbrarla. Pero por ahora nada, pues sigue lo mismo.

—¿Quién está con ella?

—Trudaine. Lo dejé sentado ante la puerta. El doctor no permite

entrar a nadie.

—¡No me gusta mucho! Trudaine es un chorlito. Si esa chica sabe algo de «Bibi Fortune» es preciso andar con cuidado.

Ney se sobresaltó. No había pensado en ello.

—¡Es cierto! ¡Por eso la han tenido estos días escondida! La llevaban anestesiada en el coche, quizá para arrojarla al río. ¿No es eso lo que piensa? —preguntó desolado.

—Parecido. No debíamos haber permitido que fuera sacada del Hospital. Aunque seguramente será más fácil vigilar la clínica que el enorme edificio. Vamos a establecer una guardia importante. Busca a dos o tres chicos y prepara el coche. ¿Dónde está Cours?

—Marchó a su oficina, después de insistir mil veces que se le comunicara como seguía Simone. ¡Es un pelma!

—No es extraño —al decir esto Paradis miró al joven, que enrojeció.

La clínica del doctor Friedlan estaba en la route de Chatillón, unos metros más lejos de la antigua Puerta. Dejaron el coche cerca del edificio blanco y descendieron en bloque.

El comisario encabezaba el grupo que se dirigió a la entrada. Cuando iba a empujar la puerta de cristales tropezó con un hombre que salía. El individuo lanzó una exclamación.

—¡Podía fijarse donde pone los pies!

Ney iba a intervenir, pero Paradis le sujetó por el brazo. El malhumorado sujeto llevaba una gabardina bajo la cual asomaba el cuello blanco de una bata. Por la expresión del rostro y la voz ineducada no parecía un médico. Paradis se volvió para verle subir a un pequeño «Renault» y observó cómo antes de que arrancara un gendarme que rondaba por allí se apoyaba en la ventanilla y hablaba con él. No tuvo tiempo de ver más, pues ya estaba dentro del vestíbulo.

—Por aquí, jefe. Es en el primer piso. No es necesario usar el ascensor.

El comisario miró la gran sala de entrada. Únicamente una enfermera tras su mostrador les contemplaba. Cualquiera podía entrar allí, según le pareció.

Antes de poner el pie en el corredor del piso primero se detuvo. Tenía la sensación de que algo no funcionaba bien. Volvió a pensar en el hombre de la gabardina con quien tropezara. No le gustaba. Le

imaginaba mejor en un tugurio de los barrios bajos que en aquella lujosa clínica con mármol por todos sitios.

Empujó a Ney que le precedía. Al fondo del corredor había visto ya a Trudaine, sentado indolentemente en una silla, leyendo el periódico. Lo apartó con cierto nerviosismo cuando distinguió a su jefe que avanzaba poco menos que al trote.

—¡Buenos días, comisario!

—¡Qué buenos días ni que niño muerto! ¿Ha entrado alguien en la habitación? —preguntó Paradis impaciente.

—No, señor. El doctor Friedlan lo hizo cuando se fue Ney. Después sólo un enfermero a ponerle una inyección.

—¿Un tipo de cara redonda, con el pelo sobre los ojos?

Trudaine empezó a temer que le echaran la culpa de algo. Balbuceó.

—Creo que sí.

Paradis sujetó el picaporte de la puerta y lo giró, empujando decididamente. Al instante dio un paso atrás, llevándose la mano a la boca.

Un olor penetrante, como de almendras amargas, salía del cuarto. Ney comprendió lo que sucedía. Separó con violencia a su jefe y gritó:

—¡Déjeme a mí, jefe! ¡No entre!

Pasó al cuarto, que estaba en tinieblas. Habían cerrado la cortina y de un par de zancadas llegó a ella, tirando con fuerza de la cinta. Enseguida abrió la ventana y el aire se renovó en unos segundos, desapareciendo el penetrante aroma. El comisario entró detrás del joven y después de mirar a su alrededor se dirigió a la mesilla, tomando una jarra de cristal de la que brotaba un tenue humo. Metió la mano y sacó una pequeña cápsula. Al instante cesó de producirse el gas.

—Un método sencillo y eficiente. Cianuro de potasa preparado. Al contacto con el agua produce vapores mortales. Unos minutos más y esta joven habría pasado de la inconsciencia a la muerte, sin darse cuenta.

Friedlan entró como un meteoro. Era un hombre bajito y nervioso, que empezó a lamentarse enseguida.

—¡Esto es terrible, terrible! ¡Perderé mi clientela!

—No chille tanto y reconozca a la señorita —apremió Ney,

bastante groseramente.

El doctor pareció hacerse cargo de su responsabilidad y se inclinó sobre la muchacha. Después de un rato pudo decir:

—Afortunadamente llegaron ustedes a tiempo. La señorita tiene la respiración acortada por su estado. Normalmente habría asimilado mayor cantidad de gas y ya estaría muerta. Le aplicaremos un antídoto.

—Una pregunta solo, doctor. ¿Tiene algún enfermero moreno, de pelo rebelde y labios gruesos? —preguntó el comisario.

—No. En mi clínica no hay enfermeros. Además del cuerpo de facultativos, únicamente tenemos señoritas.

—Nada más. Dentro de un rato enviaré un par de enfermeras de la Policía para que permanezcan constantemente en esta habitación. Espero que les dé las mayores facilidades.

—¡Si me hubieran dejado entendérmelas con el asesino ese! —se lamentó Ney cuando salían al pasillo.

El comisario se hizo el desentendido. Distribuyó a los hombres en lugares convenientes, para que no hubiera ninguna otra sorpresa, y salió a la calle. Hugo Ney le seguía como una sombra.

CAPÍTULO IV

La «route» de Chatillón estaba llena de sol. El gendarme de ronda, que había conocido el coche de la Policía Judicial paseaba en torno de él por si su presencia era requerida. Y así fue. Paradis le abordó mientras el hombre se llevaba la mano al *kepís*.

—Hace unos treinta minutos usted hablaba con el conductor de un «Renault» en esta misma acera. ¿Qué ocurría?

—¡Oh! ¡Nada de importancia! Dejó el coche en lugar prohibido. Frente a la Clínica. El aviso está bien visible. Se puso algo tonto. ¡Pero terminó por pagar la multa!

—Déjeme ver su libreta —rogó Paradis.

El gendarme se la entregó. Por suerte era un hombre meticulado. Si en otra ocasión la suerte se volvía de espaldas, ahora parecía sonreír francamente al pequeño policía. Estaba allí el número de la matrícula del «Renault» y el nombre del propietario. Este último sería falso, claro, pero la matrícula no.

—Hay que buscar ese coche inmediatamente. Avise a la estación de radio, Ney. Que transmitan un parte a todos los escuchas de las patrullas volantes. Orden de detener el vehículo y sus ocupantes en cualquier lugar donde se le encuentre.

—Ahora mismo, señor. Pero ese tipo estará advertido. Sabe que el gendarme tomó su número... —aventuró el joven.

—Lo supongo. De todos modos hay que intentarlo.

El agente entró en la clínica para dar el aviso. Enseguida volvió junto a Paradis, que le esperaba ya sentado en su coche.

—Listo. ¿A dónde vamos ahora?

—A la oficina de control. Estaremos a la escucha de cualquier noticia de las patrullas.

El encargado de los servicios de radio recibió a Paradis con sonrisa burlona. No podía olvidar que el viejo policía habíase mostrado muy escéptico cuando se instaló aquel sistema.

—¿Qué tal, Paradis? ¡Parece que le va gustando esto! ¿No funcionan sus antiguos procedimientos?

—¡Bah! ¡No te des tanta importancia! Ya que cobráis un sueldo del Estado es preciso haceros trabajar. ¿Hay alguna noticia de ese «Renault»?

—Aún no. Los muchachos están patrullando por toda la ciudad.

El comisario sentóse. Pasaron casi treinta minutos hasta que el operador de la batería accionó el conmutador del altavoz. Una voz rutinaria se dejó escuchar.

—¡Aquí, coche número siete! ¡Coche número siete! ¡El «Renault» marrón que interesaron matrícula x doce veinticuatro, está abandonado junto a la estación de Saint Lazare! ¿Qué hacemos?

—¡Dígales que lo vigilen! ¡Ahora mismo vamos nosotros! —indicó Paradis, poniéndose en pie de un salto.

Parecía bastante animado. Sin embargo la opinión de Ney era que no había motivo justificado para el optimismo. ¿Qué esperaba encontrar en el coche?

Por lo pronto el cochecito estaba tranquilamente junto a la entrada de la estación. Un policía de uniforme vigilaba. Paradis se apresuró a entrar en él y empezó a buscar.

Lo hacía con una paciencia extraordinaria, con calma. Iba examinando centímetro a centímetro. Ney le observaba estorbándole, y el comisario decidió quitárselo de encima.

—¡Entérate de quién es este coche, muchacho! Te espero aquí.

Ney entró en la estación. Desde una cabina pidió la información. Cuando se la dieron se apresuró a volver junto a su jefe. Estaba en la acera hablando tranquilamente con el guardia.

—Yo apostarí por «Chevalier». ¡Ese caballo tiene dinamita en los cascos! ¿Le vio usted en el Gran Premio? Sólo la torpeza del jinete le quitó el triunfo —decía sonriendo.

—¡El coche es de un garaje de Montmartre que los alquila! —le gritó Ney, disgustado ante su tranquilidad.

—¿Qué coche? ¡Ah! Perdona, muchacho. Muy interesante. No olvide lo que le digo de «Chevalier», amigo. ¡Hasta la vista!

Se dirigió hacia su vehículo. Hugo Ney decidió armarse de paciencia. Estaba seguro que el viejo tenía buenas noticias. De otro modo no estaría tan impertinente. Aguantó lo que pudo, pero al fin estalló.

—¿Puede saberse qué demonios ha encontrado en el coche? Creo que trabajo también en el caso.

—Desde luego, desde luego... Perdona un momento —alzó la voz y le dijo al chófer—: ¡Llévanos a la Escuela de Toxicología! Está en la rue Rivoli. Observa esto, Ney. ¿Qué te parece?

Le tendió un sobrecito diminuto, de papel fino, que tenía impreso el nombre de un bar: «Bagatelle». El joven se lo devolvió enseguida.

—Es una bolsita de azúcar de las que dan en algunos cafés. Pero si la encontró en el coche no significa nada. Pueden haber estado en este bar una sola vez. Mucha gente guarda los papeles en el bolsillo inconscientemente y luego los tira en cualquier sitio —opinó el muchacho.

—Eres demasiado precipitado. Me la has devuelto sin mirar ni por un momento el interior. Ve esto. ¿Crees que es azúcar? —Le mostró la parte del fondo del sobre donde había un ligero polvillo blanco.

—No necesito molestarme en pensarlo. Usted ya lo ha hecho —dijo, un poco cínico, Ney.

—En efecto. Se trata de cocaína. Y mira por dónde nuestro amigo el señor «Bibi Fortune» vuelve a tomar contacto con Simone... Si es cierto lo de que «Fortune» está tras todo el negocio de los estupefacientes. Voy a proponerte una cosa, Hugo, que debes rechazar si no te conviene. Es un trabajo difícil que puede conducirte a un callejón de los arrabales con una puñalada en la espalda. Si realizamos una investigación normal, o esperamos a que Simone recobre el conocimiento, cosa que es posible no ocurra nunca, «Fortune» quizá escape. Y seguramente la chica no sabrá demasiado. Mi plan es el siguiente: que uno de nuestros hombres se introduzca en la organización de esa gentuza. He pensado en ti.

—¿Qué pasa? ¿Soy el que tengo más tipo de bandido? —preguntó Ney, divertido y un poco halagado, pues el peligro no le asustaba.

—¡Claro! Contamos con el bar «Bagatelle» como principio de la pista. Supongo que allí será uno de los sitios donde se reparten las drogas. Si hacemos una «razzia» sólo capturaremos a unos cuantos segundones, y «Fortune» se escurrirá. Por eso es mejor intentar una penetración. Vamos a la Escuela de Toxicología para que veas algo

interesante.

—De acuerdo. ¡Le tengo ganas a ese sinvergüenza!

No hubo frases ni actitudes heroicas, que estaban fuera de lugar. Con sencillez quedó acordado un trabajo que no tendría más recompensa que la satisfacción del deber cumplido, pero que entrañaba riesgos sin cuento. El comisario condujo al joven hasta el despacho del director de la Escuela, antiguo conocido que le había prestado valiosa ayuda en muchos casos.

—¡Buenos días, doctor! Me gustaría que explicara a este joven algunos detalles sobre los efectos de la cocaína en el organismo humano. Para que se haga una idea le diré que tiene que pasar por un habitado de los que ya no pueden prescindir de la «coca». ¿Es posible?

—Este señor no tiene el aspecto de saber qué es ese infierno. Vengan conmigo.

Descendieron a la planta baja. Había una serie de habitaciones cerradas. Entraron en una. Sólo tenía una cama con un individuo pálido, demacrado, que no se molestó en abrir los ojos. El doctor explicó:

—Un gran músico. Quizá consiga volver a su trabajo. La cocaína le ha convertido en eso.

Ney se estremeció. Paradis quiso tranquilizarle un poco y aclaró al doctor:

—No es eso. Queremos doblar a un tipo con mediana energía. Un hombre capaz de cometer cualquier delito por conseguir su dosis de veneno.

—En ese caso depende exclusivamente de las dotes de actor del individuo. Ante todo debe fingir un gran nerviosismo, un constante temblor de las manos y de los párpados. Les enseñaré unas fotografías.

En el consultorio público tenía el archivo. Estuvo un buen rato pasando rostros crispados o abotargados. Hugo Ney lo observaba con atención.

—No olvide que el cocainómano se convierte en un hombre casi normal en cuanto toma su droga. Entonces los ojos le brillan con un ardor extraordinario. Pero a medida que va cediendo el efecto estimulante de la «nieves», vuelve a su postración.

—Mira, Ney. Haz un ensayo. Si te cansas de ser policía podrás

dedicarte luego al teatro. ¡Para que digan que la profesión es un asco! —rió Paradis.

Efectuaron la prueba. El doctor hizo algunas indicaciones y al fin dio el visto bueno.

Después maestro y alumno, es decir: comisario y agente, se reunieron en el despacho del primero en el Muelle de los Orfèvres. Una reunión que podía significar mucho para Hugo Ney. La consagración de su carrera o el final de todo.

Un individuo alto, vestido con cierta elegancia, pese a que el traje presentaba bastantes arrugas y el nudo de la corbata estaba bastante sucio, cruzó despacio la calle Reamur, sorteando la embestida de los automóviles. Se detuvo ante la puerta de cristales de un bar. Las mesas de la terraza estaban desiertas y sobre el muro de piedra un trazo de neón hacía lucir el nombre en la noche: «Bagatelle».

Empujó decidido la cancela. El local parecía muy concurrido. El ruido de las conversaciones y el tintineo de las copas aturdía. «Bagatelle» era un bar como muchos otros en París. Ni mejor ni peor. Una larga barra americana corría a lo largo del paño del fondo y el resto estaba lleno de mesitas ocupadas por gente aparentemente normal.

El hombre alto se acercó a la barra. Llevaba el pelo revuelto y las manos bajas, colgando a lo largo del cuerpo. Sujetó una banqueta y con un movimiento brusco, como si temiera que se le escapara, se sentó en ella.

El barman se puso frente a él, mirándole con atención. Una sonrisa iluminó el rostro simpático, lleno de pecas.

—¿Qué desea tomar? —preguntó obsequioso.

Hugo Ney levantó los ojos y pareció no darse cuenta de la pregunta. Tenía la boca entreabierta y sus labios se movían con un tic molesto.

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Esto es un bar, señor. La gente suele venir a beber. ¿Qué desea?

El joven apretó la boca, como queriendo contener el temblor, y dijo muy deprisa:

—Un coñac.

Mientras se lo servían miraba a todos lados asustado. Sujetó la

copa con fuerza y al probar el licor hizo un gesto de repugnancia. En realidad todo parecía repugnarle.

—¡Oiga! —demandó—. ¿Este bar se llama «Bagatelle», verdad?

—Eso creo. Si no le han cambiado el nombre después de entrar yo al trabajo —el barman parecía entretenido.

—¡Ya! Nada más.

Ney se quedó solo. Notaba sobre él la mirada inquisitiva del barman, que incluso en una ocasión se acercó al extremo de la barra y habló con un tipo grueso que parecía aburrirse ante una cerveza. Le señalaron. El joven acentuó un poco sus movimientos. Y cuando el barman pasó ante él le sujetó por la manga desesperadamente.

—¡Escuche! ¡Tiene que ayudarme!

El empleado se puso serio.

—¿Ayudarle? ¿Es que no puede pagar la copa?

Ney metió la mano en su bolsillo y sacó un montón de billetes arrugados. Los esparció con mano temblorosa. El barman los miró un instante y rápidamente los hizo desaparecer bajo la tapa.

—¿Quién le ha enviado aquí? Debía saber que es preciso andar con mil ojos. ¿Quién ha sido?

La pregunta ya fue prevista por el comisario, y Ney tenía un nombre a su disposición. El de un traficante varias veces detenido. Y siempre sin pruebas, que se había largado a América del Sur.

—Bruno Varrene. Trabajé con él en Buenos Aires. Me dijo que aquí...

—No conozco a ningún Varrene. Aquí tiene el azúcar. Y si no es capaz de contenerse será mejor que no vuelva.

Le tendió una bolsita diminuta, que sacó de una caja oculta. Ney la cogió con avidez y la hizo desaparecer en su bolsillo. Enseguida, sin decir palabra alguna, se deslizó de la banqueta. Cogió el sombrero arrugándolo con sus largos dedos, y al hacerlo volcó la copa, derramando el resto del licor. Cuando salía semejaba un borracho. Hasta que desapareció tras la cristalera, el barman no le perdió de vista. Pasó su trapo por el mostrador y fue acercándose poco a poco al hombre grueso del otro extremo. Sonriendo, como si trataran cualquier asunto sin importancia, hablaron.

—¡Eres idiota! ¿Por qué le has dado la «nieve»? ¿Quién te dice que no es de la «bofia»? —exclamó el cliente, exasperado.

—Conoce a Varrene. Y ya has visto que está cogido por

completo. Le queda poco tiempo de vida. Te aseguro que yo sé cuándo un hombre ha llegado al límite de la droga. Al fin y al cabo el jefe lo que quiere es vender, ¿no?

—Claro, pero sin riesgo. Por si acaso, esconde la mercancía. ¡No es fácil cazarnos!

Los dos rieron ahora francamente, como personas felices que no tienen nada que les ensombrezca la conciencia.

Hugo Ney mantuvo la comedia hasta el fin. Ante la eventualidad de que fuera seguido por algún miembro de la banda, el gordo de la cerveza por ejemplo, continuó en su papel. Cuando llegó al hotel de ínfima categoría donde se alojaba bajo el nombre de Charles Bruix, y estuvo en su cuarto, con la puerta bien cerrada, dejó el aire abatido. Estiró los músculos y lanzó una carcajada. El conocimiento de su fuerza, de su salud a toda prueba le producía ahora más satisfacción.

—¡Ya tenía ganas de dejar de temblar, caramba! ¡No tendría gracia que me quedara la costumbre! De todos modos con estos polvos en mi poder me convierto en un hombre nuevo. Veremos si no me han estafado.

Abrió el sobre y mojando la yema de un dedo probó el contenido. Se trataba de cocaína, desde luego. Con todo cuidado procedió a verterla por el lavabo, dejando correr el agua.

Tomó el teléfono y marcó un número. Era el domicilio particular de Paradis. El comisario se puso al instante al aparato. Sin duda estaba esperando.

—Todo en regla. Hasta ahora el plan va perfectamente —le dijo.

—No te impacientes y lo echas a rodar. La chica continúa igual. Si hay alguna dificultad avísame. Pero ten en cuenta que si te descubren no te darán la menor oportunidad. ¿Tienes ánimo para continuar?

Paradis estaba un poco pesaroso de haber embarcado al inexperto agente en la aventura. Sentíase responsable de lo que pudiera sucederle. Ney le comprendió y su afecto por el viejo fue en aumento.

—¡Si me hace la faena de quitarme el trabajo pido la licencia, Paradis! ¡Esto es cosa mía! —protestó.

—Bien. No vuelvas, pues, a llamarme. Dentro de poco estarás vigilado. Adiós.

Colgó. Asomóse con cuidado a la ventana y atisbó la calle. No parecía existir ningún sabueso.

Se acostó tranquilamente y después de un rato dedicado a pensar en la muchacha que yacía en la clínica Friedlman, se durmió apaciblemente.

Al día siguiente no salió de la habitación. Le subieron unos bacadillos, cuidando mucho de mantener el tipo ante el camarero. Estaba tendido en la cama, como un hombre para quien la vida no ofrece particular atractivo. Así le llegó otra vez la noche. Fue un día interminable para el muchacho, acostumbrado a la actividad. Devoró un par de novelas policíacas. Sus compañeros decían que era un exceso de amor a la profesión su afición a ellas.

Al fin creyó llegada la hora de intervenir. Repasó con atención todo lo que llevaba en los bolsillos. Unas cartas viejas dirigidas a Charles Bruix y fechadas en buenos Aires. Una factura de un hotel de la ciudad del Plata. Un billete de ferrocarril Marsella-París. En fin: todo lo necesario para dotar de autenticidad a su nueva personalidad.

Y una pistola con el número raspado y el cañón sucio de pólvora.

CAPÍTULO V

Se repitió la escena del día anterior. Otra vez a empujar a la gente torpemente dentro de «Bagatelle». Ahora la diferencia estribaba en que no llevaba corbata y parecía más derrotado. Unos cuantos frotamientos vigorosos le habían enrojecido los ojos, y la barba mal afeitada hacía más pálido el rostro.

Se tumbó materialmente contra la barra.

—¡Largo de aquí! —dijo el barman en voz baja—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Va diciendo a gritos lo que le ocurre! ¡No queremos escándalos!

Ney torció la boca. Era una pena verle estremecerse. Algunos clientes se fijaron en él y empezaron a cuchichear.

—¡Quiero más! ¡Me oye! ¡Si no me da más empezaré a gritar!

El barman buscó al tipo gordo, pero no estaba allí. Queriendo evitar un jaleo accedió.

—¡Está bien! Venga el dinero. Y es la última vez...

Ney empezó a rebuscar. Sacó un billete pequeño y luego unas monedas. No había más. Quiso agarrar al barman, pero éste se escabulló.

—¡Ya le pagaré mañana! ¡Es sólo una vez! ¡Le pagaré el doble!

—¡Largo! ¡Usted no sabe con quién está hablando! ¡Márchese antes de que sea peor!

Hablaban violentamente, pero en un susurro. Unos pasos se acercaron y el sujeto grueso y otro más joven, con aire de matón, se pusieron tras el agente.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

El barman respiró. Alzó la voz para afirmar.

—Este tipo ha bebido demasiado. No quiero servirle más.

—Haga caso, amigo. Váyase a casa. Es por su bien —dijo amablemente el gordo, al tiempo que le sujetaba con fuerza y hacia una seña expresiva al otro recién llegado.

Lo cogieron entre los dos y casi a rastras lo sacaron. Ney pataleaba ridículamente y emitía entrecortadas amenazas. Tenía los ojos desorbitados. Al llegar a la puerta le dieron un empujón. El muchacho cayó sobre la acera. Se incorporó lentamente y dando traspiés se alejó un poco, en tanto los dos hombres le contemplaban amenazadoramente. Al fin se volvieron al interior del bar.

—¡Ya me pagaréis esto, cochinos pistoleros! —murmuró Ney.

Pero no había indignación en su rostro, sino una sonrisa. Se estiró un poco la americana y continuó con su plan.

Ya era bastante tarde. Empezó a pasear frente al bar, lanzando ansiosas miradas al interior. El barman tuvo que verle. Pero nadie pareció darse cuenta de su presencia. Salieron los últimos clientes y un muchacho cerró la puerta. Se apagó el luminoso y todo quedó en silencio.

Ney esperó aún otra media hora. Cuando juzgó llegado el momento de actuar se acercó al edificio.

Tanteó la puerta. No había nada qué hacer. Alejóse despacio, buscando la primera bocacalle. Entró por ella y después de un rato llegó a la parte posterior del edificio. Había una entrada de servicio para el bar.

El joven miró a todos lados con prevención, sacando una ganzúa obtenida del archivo del Muelle de los Orfèvres. Con ella le fue fácil correr el cerrojo. Empujó la puerta y pasó a un pasillo, cuando se acercaban por la calle silenciosa los pasos de un gendarme, que siguió la ronda sin darse cuenta de nada.

Cerró con cuidado. Volvió a su bolsillo la ganzúa y sacó la pistola. Tenía todo el aspecto de un ratero en acción. Tanteando las paredes cruzó una cocina y pasó al local del bar. Estaba totalmente oscuro y únicamente la luz que pasaba desde la calle a través de las vidrieras alumbraba las siluetas de las sillas colocadas sobre las mesas.

Tropezó con unas que produjeron gran estrépito. Empezó a lamentarse a media voz. Después llegó a la barra y pasó tras ella. Allí se encontraba la cajita con los sobres de azúcar que contenían el delicioso veneno. Tenía que encontrarla. Empezó a repetir en voz alta, como si no se diera cuenta de las cosas.

—¡Tengo que encontrarla! ¡Enseguida! ¡Me volveré loco!

Sus manos torpes, temblorosas, derribaron una botella, que se

estrelló contra el suelo. Al fin, en un cajón de cubiertos, encontró el envase. Lo tomó como si fuera un tesoro. En aquel instante todo se iluminó. Una luz intensa pareció estallar, tan violentamente se produjo, y el joven tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los abrió tenía ante él, mirándole burlonamente desde el otro lado de la barra, a un grupo de hombres. En el centro estaba el barman, vestido de calle. A su lado el hombre del vientre voluminoso, el matón del traje deportivo y otro tipo más, de ojos pequeños y malignos. El gordo tomó la palabra.

—¡Baja las cortinas, «Nene»! Al señor le molesta la luz.

Ney estudió la situación. Era el momento crucial de su actuación. Si aquellos hombres tenían ligero el dedo, todo podía terminar enseguida, con un balazo en el corazón. De no ser así, si lograba obtener una tregua, lograría sus propósitos.

Sujetó con fuerza la caja, como decidido a conservarla. Y bruscamente levantó la pistola, chillando histéricamente.

—¡Atrás! ¡Dejadme salir!

Los cuatro hombres no parecieron impresionarse. Sin duda no temían a la puntería de un infeliz en el estado en que Ney fingía encontrarse.

—Eres un tipo curioso —dijo el gordo suavemente, acercándose despacio y sin dejar de mirar la pistola—. ¿Dónde dices que conociste a Varrene?

Ney pareció más tranquilo. Aclaró.

—En Buenos Aires. Trabajé con él. ¡También puedo trabajar para vosotros! ¿Me daréis «coca»?

—Claro que sí, hombre. Toda la que quieras —el hombre continuó acercándose. Era un tipo repulsivo. Ney de buena gana le hubiera metido el cargador en el estómago, pero fiel a la consigna, sonrió torpemente y bajó la pistola.

Pareció que aquello era el momento que todos esperaban. El individuo más cercano alargó el brazo y de un tirón le arrebató el arma. El joven chilló y un puñetazo en plena boca le cortó las exclamaciones.

—¡Ahora verás lo que te daremos, imbécil! —aseguró el barman, que era el más furioso.

Tiraron de él, sacándole del reducido espacio, y empezaron la tarea, en la que parecían expertos.

El «Nene», el joven del traje claro, sonrió en el momento de golpear la cara del agente, que dando un traspié retrocedió. Cuando llegaba a la proximidad del barman este le volvió de cara a él y le asestó otro golpe, esta vez en el estómago, que hizo lanzar al joven un gemido auténtico. Antes de que pudiera incorporarse, un punterazo en la barbilla le derribó contra una mesa, haciendo caer las sillas.

—¡Esto para que aprendas a conocer a la gente!

Le patearon con furia. Ney trató al principio de cubrirse, pero no era posible. Los golpes venían de todas partes. Empezó a temer que aquellas fieras no terminaran hasta dejarlo deshecho.

—¡Levántalo! ¡Quiere verle la cara! —dijo el hombre grueso, resoplando cansado por el ejercicio.

El barman lo hizo. Ney tenía los brazos colgando y ahora no era comedia. Un velo cada vez más impenetrable le cubría los ojos. El tipo aquel le miró con atención, riéndose.

—¡No vas a necesitar droga, muchacho! Éste es el mejor modo de desintoxicarse.

Le abofeteó con delectación. Un buen rato estuvo haciéndolo. Las mejillas del agente enrojecieron y la piel empezó a quebrarse, brotando pequeñas manchas de sangre.

Los cuatro individuos reían. Sus carcajadas nerviosas eran como el fondo brutal de la brutal escena. Ney cerró los ojos, ya sin voluntad. Pensó que era el final.

Unos pasos enérgicos resonaron en el salón. Los que rodeaban al joven no se dieron cuenta de ello, tan abstraídos estaban con la excitante diversión. Tuvo que gritar el recién llegado.

—¿Qué juego es éste? ¿Estáis locos? ¡Desde la calle se escucha el escándalo!

Vio a Ney y se calló, observándole con atención. El agente, a quién dejaron de golpear, abrió los ojos lentamente y los clavó en el hombre a quién debía la tregua. Lo reconoció al instante. Era el individuo que pasándose por enfermero colocara la cápsula de cianuro en el cuarto de Simone Chaumont.

Al darse cuenta de aquello se estremeció. Si el hombre también le reconocía a él, estaba perdido, pero el azar se puso de su lado. Indudablemente el falso enfermero no vio al agente a la salida de la clínica, y además el joven tenía la cara manchada de sangre y llena

de cardenales, que le hacían más difícilmente identificable.

—Es el chico que te dije esta mañana —se apresuró a explicar el barman con cierto temor—. Le hemos sorprendido queriendo robar «coca». Desea más pero no tiene dinero. ¡Es un infeliz! Le estábamos dando una pequeña lección.

—¿Una pequeña lección? Un poco más y le mandáis al otro barrio. Sois un atajo de imbéciles. ¿Desde cuándo tomáis decisiones por vuestra cuenta?

Ney quería no perder detalle. Le costaba un esfuerzo pensar. El cerebro estaba a punto de estallar. ¿Sería aquel «Bibi Fortune»? Pronto salió de dudas.

—No te pongas así —el gordo trató de quitar hierro a la situación—. Tienes que comprender que si dejamos que tipos como éste se rían de nosotros todo se vendrá abajo.

—Dejadle hablar a él. Vamos a ver, amigo. ¿Cómo te llamas?

Ney se pasó la lengua por los labios y escupió un poco de sangre antes de responder.

—No hablaré más que ante vuestro jefe. Varrene me dijo...

—Como quieras. Mirad qué lleva en los bolsillos. Es lo primero que debíais haber hecho.

El agente fingió un poco de resistencia, pero dejó que sacaran a la luz todas sus propiedades. El barman leyó los sobres y la factura del hotel de Buenos Aires.

—¡Charles Bruix! ¡Y se da el lujo de pagar las facturas!

—Entregadme mis cosas —exigió Ney.

—Está bien. Toma —el hombre de los labios gruesos parecía dirigirse a los otros—. Bebe algo. ¿No has oído? —le gritó al barman—. ¡Sírvale una copa!

—Me parece que éste lo que necesita no es licor... —refunfuñó el empleado cogiendo una botella y un vaso y dejándolos sobre el mostrador.

Se quedaron en silencio, viendo como Ney sorbía el alcohol con manos temblorosas. La prueba había sido dura para el muchacho. Los oídos le zumbaban y todo el cuerpo era un solo cardenal. Pero estaba satisfecho. Esperó a que el cabecilla del grupo expusiera su idea. Era evidente que estaba planeando algo. Se notaba en el modo de observarle.

—¿Puedo irme? —preguntó al fin para acelerar el desenlace.

—No tengas prisa. Creo que la historia esa de tu amistad con Varrene quizá nos interese. Llévadle abajo. Un poco de descanso no le vendrá mal.

Le cogieron por los brazos fuertemente y le sacaron del salón. Ney empezó a reclamar a gritos un poco de droga. Recibió un golpe en la cara y al fin una pequeña cantidad de lo que parecía ser su única razón de vivir. Lo apretó en la mano con fuerza y en silencio se dejó llevar.

Bajaron por una escalera a la bodega, húmeda y sucia. Los que le conducían le empujaron al interior de un cuartucho sin ventanas y cerraron la puerta corriendo un pesado cerrojo.

Hugo Ney quedó rodeado de una impenetrable oscuridad. Tanteó un poco hasta darse cuenta que estaba rodeado de cajas de botellas. Por lo menos no moriría de sed. Abrió el paquetito de la droga y sacó la mitad aproximadamente y la dejó caer al suelo; frotando con el zapato no quedó rastro de ello.

Encendió un fósforo para comprobarlo. Luego, más tranquilo, sentóse en una caja y se armó de paciencia.

Sin duda estaban consultando con el jefe. Es decir, con «Bibi Fortune». De lo que el misterioso sujeto decidiera dependía su futuro. Quizá un tiro en la nuca y una piedra amarrada a los pies para bajar rápidamente al fondo del Sena.

Hugo Ney no tenía familia. Huérfano de un veterano de la Policía Judicial, caído en acto de servicio, en cuanto tuvo conciencia de sus actos y energías suficientes se alistó en el cuerpo. Paradis había conocido a su padre y por eso protegía al muchacho. El viejo Ney fue abatido por el plomo de unos ladrones, cobardemente. Hugo era un niño cuando sucedió. Fue testigo del dolor de su madre, que no pudo resistir la desaparición de su esposo y murió también al poco tiempo. Y desde entonces comprendió que la gente del hampa, los fugitivos del trabajo y de las responsabilidades que se colocan al margen de la Ley, no tienen nada de heroicos ni de valerosos. Son simplemente seres superegoístas, capaces de destrozar una familia, una sociedad o un pueblo, únicamente para poder vivir cómodamente, aunque sea sobre un montón de cadáveres. Y también conoció el sucio ambiente de las grandes ciudades, donde unos cuantos águilas aprovechan todas las debilidades humanas para su provecho. Como

«Bibi Fortune». Desenmascarar al bandido era, pues, para Ney un deber y un propósito firme. Si era preciso sacrificar la vida en la misión lo haría con gusto. Sabía que otros hombres le substituirían y que al final la organización sería extinguida. El criminal nunca gana.

Sin embargo, no estaba demasiado pesimista. Tenía la impresión de que representó bien su papel, y «Fortune» no desaprovecharía la oportunidad de poder explotar a un hombre sin voluntad, al que a cambio de un poco de droga pudiérase utilizar para cualquier cosa. Del lado de Varrene esperaba que no viniera ningún peligro. El apache estaba escondido y ni siquiera «Fortune» sabría dónde. No era posible, pues, consultarle sobre si conocía a un tal Charles Bruix, recién desembarcado en Marsella.

Transcurrieron bastantes horas. Para la gente como la que regía el «Bagatelle» la noche es propicia. Por eso, antes de que amaneciera, vinieron a buscarle. Era «El Nene».

—¡Tú! ¡Sal de ahí!

Ney pasó la puerta. Era otro hombre. Se veía que la «coca» le había devuelto la vida. «El Nene» le miró con recelo.

—¿Qué? ¿Me perdonáis la vida? —preguntó el joven, burlón.

—¡Menos guasa! No sé cómo tienes correa después de lo de anoche...

Ney empezó a andar delante del pistolero, que llevaba la mano en el bolsillo significativamente. Subieron la escalera y llegaron otra vez al bar. El «practicante» estaba sentado ante una mesa de la que habían bajado las sillas. Una pequeña luz le alumbraba y el resto del local permanecía en sombras. Miró al joven y le invitó.

—Acércate, Charles. Siéntate. Tengo que hablar contigo.

Sobre la mesa había una botella de coñac y unas copas. Ney se sirvió sin que se lo indicaran. «El Nene» le miraba. Sonrió el agente y le tendió una copa.

—¡Toma hombre! Tienes mala cara.

El pistolero alargó la mano sorprendido y asió lo que le ofrecían. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que se le venía encima la derecha de Hugo salió disparada buscando el mentón que se ofrecía descubierto.



La derecha de Hugo salió disparada buscando el mentón.

El impacto sonó seco y «El Nene» se tambaleó, cayendo contra la barra. Ney se rió alegremente.

—¡A cuenta de lo de antes, amigo! ¡Aún me debes unos cuantos!

El pistolero lanzó una maldición y trató de sacar la pistola, vigilado por el joven. Antes de que éste pudiera intervenir, el jefe se

levantó de la silla y le gritó al caído.

—¡Guarda eso! ¡Te está bien empleado! Y basta ya. No quiero riñas aquí.

«El Nene» se levantó refunfuñando y mirando con rencor al joven. Los dos tomaron asiento. Los labios gruesos del otro cesaron de sonreír.

—Me llamo Loire. Al menos así has de llamarme. Ya veo que cuando tienes «coca» eres otro hombre. Eso me gusta. Voy a ofrecerte una oportunidad.

—¡Ni oportunidad ni tonterías! —Ney golpeó la mesa—. Como veis que estoy cogido por la droga queréis explotarme. ¡Ya me sé el papel! ¡Igual hizo Varrene! Pero lo necesito. No me importa. Haré cualquier trabajo por menos precio. Sólo necesito comida y «nieve»... ¿No es eso de lo que se trata?

Loire le miró con recelo. Dudaba en ponerse en manos de un tipo con demasiada vista. Pero por otro lado quedó más convencido aún de la categoría moral del joven.

—Como quieras llamarlo. Pero tendrás tu parte. Nosotros no abusamos de las circunstancias. Se trata simplemente de quitar de la circulación a una persona que estorba.

—¿Por qué no lo hace éste? —preguntó el joven, señalando al «Nene»—. ¿Tiene miedo?

El pistolero se levantó, ya perdidos los frenos.

—¡O te callas o te parto la cara, degenerado!

Ney sonrió cínicamente. Desde luego ofrecía todos los matices de un perfecto deshecho de la sociedad. Y estaba agresivo. Tal como un hombre, bajo el estímulo de un narcótico.

Loire puso otra vez orden. Tomó un estuche largo que tenía sobre una silla, y anunció:

—Vámonos. Tú te quedas aquí, «Nene». ¡Y mucho cuidado!

Indicó la salida posterior, por donde Ney había entrado hacía unas horas. Se dirigieron a ella. El joven volvió la cabeza y vio al pistolero que le contemplaba con expresión de odio. Se había buscado un mal enemigo. Era cosa de andar con cuidado.

CAPÍTULO VI

En la calle, perfectamente solitaria, esperaba un coche pequeño. Loire sentóse ante el volante, e invitó al muchacho para que lo hiciera a su lado. Entonces se dio cuenta del aspecto que éste ofrecía con la cara llena de sangre y el pelo revuelto.

—Debieras haberte arreglado un poco. Si nos echa la vista encima cualquier gendarme tendremos lío. Pero ya no hay tiempo, tenemos que llegar antes de que amanezca.

Ney no preguntó a dónde tenían que llegar. Estaba, además, tratando de averiguar cómo salir de aquella aventura. ¿A quién necesitarían asesinar aquellos bandidos? Si le ponían en el dilema de hacer de verdugo, sería una complicación.

El coche marchaba rápidamente y enseguida pasó ante la Ópera, libre del embotellamiento de tráfico que la esperaba para dentro de un par de horas. Enfilaron la Avenida de los Campos Elíseos y Loire pisó el acelerador impunemente. Dejaron atrás el Arco de Triunfo.

—¿Es muy lejos?

—Será mejor que te acostumbres a no hacer preguntas. En esta organización nadie las hace. ¿Entendido?

—¡Por mí...! Prefiero no molestarme en pensar. Pero necesito garantías de que me daréis la droga.

No le contestaron. Ya estaban en la Puerta Maillot y Loire hizo rodar el cochecito por la Route de Madrid, dentro del Bosque de Bolonia. Entre los grandes árboles la oscuridad era mayor. Continuaron adentrándose en la parte más agreste, tras el Jardín de Aclimatación. Al fin Loire detuvo el vehículo y abrió la portezuela.

—¡Baja! —ordenó, secamente.

—¡Vaya un lugar! Esto parece un «paseo». ¿No será yo...?

Ney se hizo atrás, asustado. El bandido sonrió.

—No tengas miedo. Para eso no era necesario traerte tan lejos. No te muevas de aquí.

Sacó un pañuelo blanco y empezó a alejarse. Se detuvo como a trescientos metros. La visibilidad era muy mala. Ney distinguía su sombra con dificultad, recortándose en la carretera. Al poco tiempo, volvió.

—¿A qué estamos jugando? —rezongó el joven.

Loire le miró y preguntó, a su vez:

—¿Eres buen tirador?

—¡Hombre! ¿Ahora vienes con ésas? ¡Claro que sí! Cuando quieras te lo puedo demostrar.

—De eso se trata. Aquí tengo una cosa que te gustará.

Se inclinó sobre el asiento y abrió el estuche de cuero, sacando algo de su interior. Lo puso ante los ojos de Ney, con orgullo.

Era una obra maestra de la armería belga. Un fusil corto, ligero, de cañón bajo, con una mira telescópica acoplada. Debía disparar como una ametralladora y ser más preciso que un cronómetro. Ney silbó admirativamente.

—¡Vaya un cacharro! ¿De dónde lo has sacado?

Loire, que se daba importancia, maniobró en el cerrojo, colocando un proyectil que sacó del bolsillo. Luego miró hacia el lugar donde antes estuvo.

—Si te fijas bien verás una mancha blanca en aquel árbol grande de la curva. Es mi pañuelo. Lo he puesto hecho una bola entre dos ramas bajas. ¿Lo ves?

Ney esforzó la vista y al fin descubrió la mancha. Parecía desaparecer a intervalos, debido a las sombras movibles de los árboles.

—Sí. ¿Qué más?

—Atízale. Quiero saber si eres capaz de hacer un blanco así a trescientos o más metros.

Ney sonrió. No era cosa difícil. Alzó el fusil y colocándolo en el hombro, miró a través de la mira. Corrigió el enfoque y el pañuelo de Loire quedó centrado. Una suave presión sobre el gatillo y listo.

El traficante en drogas echó a correr hacia el árbol. Enseguida regresó. Ney le esperaba, sin bajar el arma, y apuntándole con cuidado.

—¡Quita eso, idiota! No me gustan esas bromas.

El joven rió. Parecía complacido de haber producido temor al jefecillo.

—¡Está descargada, hombre! ¿Qué? ¿Hice blanco?

—Cuando sea de día tendré que ir a recoger otro pañuelo. Éste ya no vale —fue la respuesta de Loire—. Trae eso. Es mejor guardarlo y marcharnos de aquí. La detonación habrá sido oída por alguien.

Le empujó al interior del coche y se alejaron rápidamente. Dieron vuelta por los lagos y fueron a salir del Bosque por Auteuil, cuando ya empezaba a amanecer.

Poco después, los dos hombres, Loire y Ney, estaban de nuevo en «Bagatelle», pero ahora como clientes. Algunos madrugadores entraban a tomar café y dos mujeres limpiaban, arrodilladas en el suelo.

Era otro el barman que atendía la barra. Pero como es natural también pertenecía a la banda. El «Nene» no se había retirado. Estaba lleno de sueño, pero algo le obligaba a mantenerse cerca de Ney. Y no era afecto precisamente.

Hasta entonces Loire no había descubierto su juego. Después de la prueba del Bosque, no volvió a decir nada, pero se le veía contento. En una ocasión se fue a la cabina del teléfono. Ney hubiera dado diez años de vida por saber con quién hablaba. Estaba seguro que era con «Fortune». Pero el «Nene» no se apartaba de su lado y no era posible intentar nada.

—¡Bueno, chico! ¡Ha llegado tu hora! Te voy a exponer el plan en pocas palabras. El jefe me ha dicho que te pagará cincuenta mil francos por la faena. ¡Con eso tienes para mucha «coca»! ¿Qué te parece?

—Que no lo he visto aún. Me tendrás que dar la mitad antes del trabajo y la otra mitad después.

—¡Eres idiota, Loire! ¡Eso lo podía hacer yo sin tener que tragar a este tipo bravucón! —saltó el «Nene».

Loire no le hizo el menor caso. Estaba en cierto modo complacido con el desparpajo de Ney. Pareció no haber escuchado al pistolero, y mirando a su alrededor, para ver si eran observados, sacó un papel del bolsillo, una hoja tamaño folio doblada en cuatro partes y la extendió sobre la barra.

—Mira esto, muchacho. Es tu faena. Por poco que entiendas de planos, lo comprenderás.

Ney fijó su atención en unas cuantas rayas que indicaban

edificios y calles. Eran trazos rápidos, realizados por una mano experta. Había una cruz sobre el rectángulo de una construcción.

—¿Qué es? —señaló el joven.

—La clínica del doctor Friedlan, en Montrouge. Ésta es la carretera de Chatillón.

El joven agente de la Policía Judicial apretó las uñas sobre las palmas de las manos para no lanzar un grito. ¿Cómo no había comprendido primero para qué pensaban utilizarle aquellos canallas? «Bibi Fortune» estaba decidido a silenciar a la señorita Chaumont a toda costa. Sin duda la joven poseía el secreto de su personalidad y el «boss» no quería exponerse a que recobrara la memoria y la razón. Mientras el lápiz de Loire recorría el dibujo dando explicaciones, el muchacho trataba de salir de aquel atolladero.

—Desde esta casa, a cuatrocientos metros, junto al cementerio, puede dominarse perfectamente la fachada de la Clínica. Fíjate en esta fotografía —sacó una instantánea pequeña en la que se apreciaba bien el edificio del doctor Friedlan—. Esta ventana del primer piso es la del cuarto de la mujer. ¿Entiendes? El jefe lo ha dispuesto todo para que no pueda fallar. Es tan sencillo como un juego de niños. Te apuestas en la ventana del piso que hemos alquilado, y con el cacharro de antes... ¡pum! Listo. ¿Qué te parece?

—No está mal. Me extraña que vuestro jefe pague cincuenta mil por eso. Pero allá él. ¿Cuándo es el trabajito?

Le costaba más esfuerzo fingir. Se estaba volviendo demasiado sentimental. Imaginar el bello rostro de Simone destrozado por un proyectil le ponía loco.

—Ya te lo diré. Ahora esperaremos. Por lo visto, desde el piso se ve perfectamente la cama. Más vale que no pierdas el disparo, pues podríamos tomarlo como deseo de no colaborar.

¡Tenía que avisar a Paradis! Si él no disparaba contra la joven, cualquiera otro podría hacerlo. El mismo «Nene» estaba deseoso de probar su habilidad. Y con aquel fusil no había posibilidad de errar.

Loire recogió el papel y lo volvió a guardar. El hombre no tenía nervios. Se puso a contemplar a la gente que pasaba por la calle, distraído, como si no acabara de planear un frío y repugnante asesinato. Ney se impacientó.

—Me estoy acordando ahora de cierta rubita... —empezó a decir

tratando de encontrar una disculpa para usar el teléfono.

—¿Sí? ¡Deja ahora a las rubitas! El trabajo es lo primero —ordenó el cabecilla, secamente.

—Es que como voy a tener dinero... me gustaría quedar con ella para la noche. ¡Hace tiempo que no me divierto! —saltó de la banqueta decidido, para dirigirse al teléfono.

Loire le detuvo. Sonreía cínicamente.

—Yo que tú no lo haría. Podríamos creer que no era a una mujer a quién llamabas. ¿Verdad, «Nene»? Es mejor que te quedes con nosotros.

Ney se volvió a sentar, encogiéndose de hombros, pero furioso.

Pasaron unos cuantos minutos. Entró el gordo de la noche anterior, miró distraído a los tres hombres y acercándose al otro extremo de la barra, sentóse en una banqueta. Llevaba en la mano el estuche inconfundible de un violín.

—¡Dame un café! ¡Tengo prisa! —demandó al «barman».

Apoyó el violín en la barra y sorbió la infusión. Tiró unas monedas y desapareció tan rápidamente como viniera, dejando «olvidado» el estuche. El «barman» le llamó.

—¡Oiga! ¡Que se deja esto! —Como el hombre no volviera, lo cogió, dirigiéndose con ello a la trastienda.

—¡Bah! ¡Ya vendrá a por ello!

Loire esperó un rato. Luego hizo una seña a sus compañeros.

—¡Vamos! Saldremos por la otra calle.

Le siguieron. Detrás de la cortina estaba el estuche. Loire lo tomó y entró en un cuarto pequeño, donde sólo había una mesa de pino. Sobre ella se encontraba el otro estuche, el del fusil. El jefe sacó el violín y lo tiró descuidadamente en un rincón. Luego tomó el arma y pretendió encajarla en la funda del instrumento. El extremo del cañón tropezaba en el forro.

—¡Maldita sea! ¡No entra por unos milímetros! ¿Tenéis una navaja?

Los aludidos movieron la cabeza negativamente. «Nene» ofreció:

—Iré a buscarla. En el bar habrá algo.

—No tardes —dijo Loire.

Mientras el otro regresaba estuvo forcejeando. Era inútil. Murmuró:

—¿Dónde demonios habrá ido ese cretino a por la navaja? No te

muevas de aquí.

Ney le vio salir refunfuñando. Era la única oportunidad. Sacó rápidamente uno de los sobres usados que llevaba en el bolsillo y cortó un trozo blanco del reverso. Con un lapicero escribió acelerado:

«Avisen a comisario Paradis. Teléfono MON
12-43.

Inmediatamente cambie de habitación Simone.
Atentado. Disparo por la ventana. Es preci...».

Arrugó el papel bruscamente cuando ya Loire entraba. La actitud del joven era a todas luces algo sospechosa y el otro le miró con recelo.

—¿Qué hacías? —preguntó.

—Miraba el fusil. Quería ver si estaba cargado.

—Claro que lo está. Quítate de en medio.

Lo apartó violentamente y se puso a trabajar. El joven aprovechó la oportunidad para guardar el papel en el bolsillo del pantalón. El lapicero estaba junto al estuche. Colocó la mano sobre él fingiendo atención por las maniobras del bandido. Al fin logró retirarlo y hacerlo desaparecer también. Respiró tranquilo.

—Ya está. Tómalo y procura parecer lo más posible un músico. ¿No hay manera de que desaparezcan del todo esos cardenales de la cara? —preguntó cuando entregaba a Ney el estuche.

—No creo. Tus hombres golpean duro. Pero falta un detalle muy importante.

—¿Cuál?

—¡Hombre! ¡El dinero! Mis veinticinco mil. Los otros, después de la chapuza.

Ney tendió la mano expresivamente.

—Te precipitas demasiado. No estás acostumbrado a tratar con caballeros. Toma. Y procura ser más confiado. Me parece que nos portamos bien contigo.

El muchacho contó con cuidado los billetes y los guardó. Luego sujetó el estuche y dijo, decidido:

—¡Cuando quieras! ¡Ya tengo ganas de completar la cantidad!

Salieron por la entrada de servicio. El «Nene» esperaba en el coche. Por lo visto no quería perderse nada que se refiriera a

Charles Bruix.

—Daremos unas vueltas por ahí. Son las diez y hasta las once menos cuarto no es preciso actuar —dijo Loire—. Las órdenes son ésas y el jefe sabe por qué lo hace.

Ney estaba pensando en el papel que guardaba en el bolsillo. Quedaban cuarenta y cinco minutos. En ese tiempo, Paradis podía sacar a la chica del cuarto y evitar el atentado. Pero para eso era preciso que tuviera conocimiento de ello. Se imaginaba cientos de planes, pero todos eran imposibles. Si se descubría el plan se desmoronaba. El alto precio que había pagado por ganarse la voluntad de los bandidos debiera dar su fruto.

Estaban en Sebastopol. Un poco más allá encontrarían el bar del «Bon Vivant». Eran gente de confianza. Probó.

—¡Os invito a una copa! ¿Hace?

Loire miró el reloj del coche y se encogió de hombros.

—De acuerdo. Pero no dejes aquí el violín. Podía encapricharse algún randa. ¡Menudo «Stradivarius»!

Rieron los tres y entraron en el bar. Acodados en la barra se hicieron servir unas bebidas. Ney jugueteaba con el papelito que guardaba en el pantalón. Demostró enseguida impaciencia.

—¡Vayamos a otro sitio! ¡Esto es demasiado formal!

—No. Lo que haremos es seguir el paseo. Es preciso conservar la calma cuando se trabaja. Paga y largo.

Ney sacó el fajo de billetes y dio uno. Le devolvieron el cambio. Metió mano en el bolsillo y buscó otro billete pequeño para el «barman». Lo encontró al fin y lo tiró sobre el mostrador.

—Cuando queráis.

Volvieron al coche y a rodar por las calles haciendo tiempo. Loire no despegaba los labios y Ney aprovechó la oportunidad para repasar su caracterización. Quizá se estuviera descuidando un poco. Pero de todos modos, un cocainómano con droga, como él lo era en aquellos momentos, es un hombre feliz y lleno de energías. No necesitaba, pues, demasiados cuidados por el momento.

A las diez y media, Loire cruzó el Sena por La Concordia. Tomó el Boulevard Raspail y en pocos minutos llegaron a Montrouge. Dio vuelta al cementerio y se detuvo en una casa grande, de nueva construcción, en la cual aún había obreros trabajando. Bajaron y Loire miró a lo alto.

—Es el piso cuarto. No olvides el instrumento.

El ascensor no funcionaba. Subieron andando. Cuando cruzaban ante algún obrero, el hombre de los labios gruesos disimulaba como podía.

—Es un piso precioso. Estoy seguro que os gustará mucho.

Abrió la puerta y dejándolos pasar volvió a cerrar. Todas las habitaciones estaban completamente vacías y llenas de polvo. Atravesaron una sala y llegaron a la cocina. Loire frotó el cristal para limpiar una zona y le dijo al joven:

—Mira allí. Aquello es la clínica.

El pequeño edificio se alzaba al otro lado de la carretera de Chatillón. Efectivamente, la visibilidad era estupenda. Al instante encontró la ventana del cuarto de Simone. Loire estaba indicándoselo.

—Es la tercera empezando por la izquierda. Saca el trasto, «Nene».

El pistolero se apresuró a hacerlo. Puso el estuche en el suelo y tiró del fusil. Loire lo tomó y maniobrando con el visor, contempló un rato con él.

—Se ve a la mujer perfectamente.

—Pues dale al gatillo y listo. No sé para qué tantos miramientos —dijo Ney, fiel a su papel.

—Te lo dejé a ti. No creas que vas a robar esos francos. Ya has visto cómo está la escalera. Te será un poco difícil salir a la calle. Pero si aprovechas el desconcierto lo conseguirás. Ten en cuenta que nadie sabrá que has matado a una mujer. Sólo escucharán el disparo. Será mejor que salgas corriendo, a la vez que preguntas lo ocurrido y te largas a la calle. En «Bagatelle» te esperamos, si sale bien.

—Ya. No había pensado en eso. ¿Cuándo lo hago?

—Exactamente a las diez cuarenta y cinco. Pon tu reloj con el mío. Faltan ocho minutos. Te dejamos.

Salieron rápidamente. Sin duda temían que la detonación les cogiera en la casa. Ney quedó solo. Sintió el portazo y poco después el sonido del coche que se alejaba.

Tomó el fusil, mirándolo como si lo viera por primera vez. Por una terrible paradoja del destino, se había convertido en un asesino a sueldo. Y era precisamente Simone Chaumont, la bella muchacha

del «metro» a la que tantas mañanas había seguido, y no en ejercicio de su profesión, la que tenía que poner bajo el punto de mira.

Sin embargo, era preciso hacerlo. Si quería capturar a «Bibi Fortune», era preciso ganarse totalmente la confianza de sus hombres.

Miró el reloj. Faltaban solamente tres minutos. Abrió lentamente la ventana.

Le hubiera gustado tener a su lado al comisario. Poderle consultar para saber si él aprobaba aquello. Pero no podía hacerlo. El tiempo apremiaba. Alzó el fusil y buscó la ventana marcada. Enseguida vio, como si la tuviera a pocos metros, la cama blanca de Simone. El cristal de las vidrieras, con sus reflejos, dificultaban un poco la imagen. No obstante, se apreciaban perfectamente los brazos, la cabeza vendada de la paciente. Movi6 un poco el arma y el blanco qued6 bien centrado.

Las diez y cuarenta y cinco. Las manos del joven no temblaron cuando oprimió el gatillo. El retroceso del arma le golpeó al hombro con fuerza. Apresuradamente se arrodilló y la guardó en el estuche, cerrándolo. Hizo lo mismo con la ventana. La detonación había sido muy violenta y después de ella pareció que el silencio era mayor que antes. Desde luego no era ilusión que los ruidos de la obra habían cesado.

—Hay que salir de aquí cuanto antes. Si mis compañeros me cazan será muy difícil luego que la gente de «Bibi» me crea si me ve libre.

Cruzó las habitaciones vacías y llegó a la puerta. Sujetó el pestillo tirando de él. Entonces dióse cuenta de que habían cerrado por el exterior.

Loire y «El Nene» dejaron al joven junto a la ventana. La prisa que tenían estaba justificada. Al fin y al cabo, los cincuenta mil francos iban a ser para el otro. Que corriera el riesgo.

Cuando estuvieron en la escalera, Loire cerró la puerta de golpe. Después, y ante la extrañeza de su compañero, procedió con sumo cuidado a dar vuelta a la llave.

—¿Qué haces? —preguntó éste.

—Calla. Parece mentira que seas tan imbécil. ¿Cuándo has visto que me ponga en manos de cualquier desconocido?

«El Nene» no comprendía nada. Pero en su obtuso cerebro penetró la idea de que al fatuo que quedaba en el piso no le iban a marchar muy bien las cosas y se alegró.

—¿Entonces es una trampa?

—Más vale que muevas las piernas con más gracia. Si no prefieres que te encuentre aquí la policía.

El pistolero abrió la boca sorprendido. Tuvo Loire que explicarle, cuando ya estaban en el coche:

—El jefe piensa bien las cosas. Se deshace de esa mujer y al mismo tiempo, de ese bocazas. Y así todo queda más complicado y la «bofia» se vuelve loca. ¿Qué tal? Vamos a esperar el disparo. Es preciso saber si ese infeliz cumple la palabra.

Rodaron unos metros y detuvieron el coche en la esquina, en un sitio donde podían ver de costado la fachada. A las once menos cuarto en punto se produjo la detonación. Loire sonrió. La primera parte del plan estaba realizada. Aun aguardó un poco. No habían pasado ni dos minutos, cuando un coche negro enfilaba la calle a toda velocidad y se detenía ante la casa, muy cerca de ellos. Un grupo de gendarmes y dos policías de paisano saltaron a la acera y desaparecieron en el interior del edificio. «El Nene» estaba radiante.

—¡Toma chulería, fanfarrón! ¡El jefe es un tío grande!

—Lo mismo creo. Ahora larguémonos. Ese tipo no tardará mucho en hablar. En cuanto le empiecen a tirar de la lengua en la comisaría y se le pase el efecto de la «coca» cantará todo. Es preciso retirarnos una temporada de la circulación y cerrar «Bagatelle» por liquidación de existencias. Los «poli» caerán por allí como moscas.

CAPÍTULO VII

Hugo Ney miró desesperado la puerta. Por la escalera se oían voces de los obreros. Una, más potente, gritó:

—¡Ha sido en el cuarto! ¡Donde entraron esos hombres!

Se impacientó. Le quedaba, naturalmente, el recurso de dar a conocer su identidad. Pero aquello era terminar todo nada más empezarlo. Sonó un silbato que conocía muy bien. ¡La policía!

—¡Malditos traidores! ¡Me han metido en esta encerrona! Parece que «Fortune» quiere cubrirse bien. Y es posible que en la casa tengan algún cómplice. Es preciso salir, pues, a toda costa.

Pensó en disparar la pistola, que le habían devuelto a su tiempo los de «Bagatelle», destrozando la cerradura. Pero ya no había tiempo. Estaban en el descansillo chillando.

—¡Subid la llave de este piso! ¡Se ha cerrado por dentro!

Sin soltar el estuche del violín, buscó el patio interior. Dado el volumen del edificio, tenía que haberlo.

Lo encontró enseguida. Alzó una de las ventanas del pasillo y se asomó a él. Forzosamente, ya que la justicia estaba de su parte, la suerte le ayudaba. Una gruesa tubería de hierro para la bajada de aguas descendía cerca de la ventana, pero de todos modos era una prueba arriesgada.

En el centro del patio había una pila de arena para el hormigón. Calculando, dejó caer el estuche, que se hundió en la blanda superficie, sin producir demasiado ruido.

—A ello. Espero que mis colegas no tengan ganas de ejercitar la puntería —murmuró.

Se sujetó al tubo y soltó los pies de la ventana. La inercia le hizo bambolearse amenazadoramente. En cuanto pudo abrazar el hierro con las piernas, ya fue relativamente fácil. La cuestión era que le dieran tiempo.

Cuando faltaban un par de metros, saltó. Rodó por el suelo y

corrió a por el estuche. Lo estaba sujetando en el momento en que una voz gritó desde arriba:

—¡Alto! ¡Deténgase! ¡Deténgase o disparo!

Ney se encogió. Presentaba un blanco estupendo. Miró buscando una salida. Y al verla salió disparado. Un proyectil se clavó en la arena y los gritos arreciaron.

Saltó a la planta baja. Todos los operarios debían estar en la escalera, curioseando. Atravesó un local desierto llegando a la calle.

Un gendarme esperaba. Se dio cuenta demasiado tarde, al sentirse sujetado con fuerza.

—¡Un momento, amiguito! ¿Qué llevas ahí?

Ney vio el rostro vulgar pero noble del gendarme. Quizá en alguna ocasión había trabajado con él. No pudo recordarlo. Haciendo de tripas corazón cerró la mano y antes de que el otro pudiera prevenirse le sacudió un directo seco, preciso, derribándole como un fardo. Enseguida emprendió una veloz carrera, cuando ya algunos policías salían a la calle. Le dispararon con poca fortuna. Ney sonreía.

—¡Menuda bronca cuando lleguéis a Comisaría! ¡Un hombre se os escapa como si fuera un fantasma!

Pensando en el posible cómplice de Loire que pudiera estar en el edificio, disparó su pistola. Y enseguida desapareció, metiéndose entre las edificaciones de la Ciudad Universitaria.

Le molestaba el estuche, pero no quería deshacerse de él. Ante todo necesitaba hablar con su jefe. Dentro de poco, si todo sucedía como él deseaba, estaría de nuevo metido hasta el cuello en la banda de «Fortune» y era cosa de hacerlo.

Cuando juzgó haber puesto suficiente tierra de por medio entre él y sus seguidores, entró en un bar y preguntó por el teléfono.

—Deme una ficha.

En la cabina marcó el número MON

12-43.

Era el de la clínica de Friedlan. Al instante cogieron el aparato.

—¡Diga! ¿Con quién desea hablar?

Ney miró al bar para cerciorarse de que nadie le observaba. Dijo al fin.

—Entérese si está ahí el comisario Paradis. Es muy importante.

Casi al instante la voz del viejo policía se dejó oír, excitada y

nerviosa.

—¿Qué hay? Paradis al habla.

—¡Buenos días, jefe!

—¡Diablos! ¡Al fin has podido hablar! Recibí tu mensaje que no era muy claro que digamos. Acababa de llegar cuando llamó el barman de «Bob Vivant». ¡Buen chico! Recibió tu papel con el dinero y se apresuró a avisar. ¿Qué ocurrió?

—Ya se lo contaré en otra ocasión jefe. Si no me doy prisa perderé la oportunidad de volver a tomar contacto con la banda. Escuche esto. ¿Qué es de Simone?

—No te preocupes por ella. La retiramos a tiempo de la habitación. Hace escasos minutos un sinvergüenza disparó a través de la ventana sobre el monigote que habíamos colocado en la cama. ¡Unos minutos más y adiós muchacha!

Ney lanzó una carcajada que pareció desconcertar a Paradis.

—¿De qué demonios te ríes? ¡No veo la gracia por ningún lado! —chilló.

—Es que yo soy ese sinvergüenza que hizo la faena. Claro que antes me di cuenta que Simone no era la que aparecía en la cama. El maniquí estaba bastante defectuoso, la verdad. Ahora escuche. Es preciso que mantenga a la mujer escondida y de a la prensa la noticia de que ha sido asesinada. Todo el mundo debe creerlo.

—No entiendo una palabra, pero supongo que ya me lo contarás. Por lo pronto retiraré a los muchachos que se ocupan de descubrir al tirador fantasma. ¿Has averiguado algo en limpio? Te advierto que el doctor desconfía que la muchacha pueda hablar. Continúa inconsciente y su vida corre serio peligro. ¿Me oyes? —preguntó ante el silencio del joven.

Ney hizo un esfuerzo. Cada vez que pensaba en Simone Chaumont, en el estado en que se encontraba, sentía que todo se nublaba.

—Sí. De todos modos haga lo que le dije. Aún no sé nada de «Fortune». No se impacienta, pero es importante que nadie sepa la verdad sobre Simone. El éxito depende de ello.

—Lo peor será aguantar a ese Cours. Sigue dando la tabarra —comentó el comisario.

—¡Mándele a paseo! En todo caso cuénteles la verdad a la madre, pero exíjale absoluta discreción. Invente algo para quitarse de

encima al prometido. Dígale que la han llevado fuera de París, para enterrarla con la familia... ¡Usted se da maña para esas cosas!

—Sí, sí. ¡Ya veremos! —refunfuñó Paradis.

—No puedo estar más tiempo. Temo que se me escurra esta gentuza. Si no recibe noticias mías en unos días, haga que sondeen el río. Allí estaré seguramente.

Colgó para no tener que dar más explicaciones. Después abandonó el local. Caminó rápidamente hacia Orleans, y antes de llegar a la estación del metro encontró un taxi libre. Tiró en el asiento el pesado estuche y ordenó al chofer.

—Calle Reamur. A «Bagatelle». Habrá buena propina si llega rápido.

—De acuerdo. Sujétese al asiento —dijo el taxista riendo.

Atravesaron medio París a una velocidad más que regular. El conductor se dio habilidad para aprovechar las calles secundarias y evitar los atascos del tráfico. Ya eran casi las doce y la circulación se había intensificado notablemente.

Hugo Ney, tumbado en el asiento, pensaba en la situación. El primer *round* de aquel combate lo había perdido. Después de todo el esfuerzo realizado no consiguió ganarse totalmente la confianza de los pistoleros. La trampa que le tendieron evidenciaba que «Fortune» no se fiaba de él, pero también que no lo había relacionado en ningún momento con la policía. Simplemente decidió utilizarle y luego quitarse un testigo molesto.

Era preciso, pues, un golpe de audacia para que cuando sonara la próxima vez el gong estuviera de pie sobre la tarima. Tenía que poner todo el esfuerzo en ello. Quizá aquella circunstancia inclinara la decisión a su favor.

El coche enfiló la calle Reamur. Se detuvo en una esquina y el conductor se volvió.

—¿Dónde cae ese bar? ¿Más allá?

Ney vio la vidriera del establecimiento y también un camión que cargaba ante él cosas. Comprendió de qué se trataba. Abrió la portezuela y saltó a la acera.

—Cóbrese. El resto para usted.

Sujetó la funda y rápidamente se acercó al bar. Llegaba en el momento oportuno. Tanteó la pistola en el bolsillo y compuso el gesto.

Para entrar empujó a un tipo que sacaba una caja. Enseguida vio a Loire con el «Nene». Y ellos le vieron a él. El pistolero lanzó una exclamación de sorpresa y se llevó la mano a la cintura significativamente. Ney, sin dejar de vigilarle, los abordó como una fiera.

—¡Vaya un asunto! ¡Nada más marcharos vosotros llegó la policía! ¡Estuvo en un tris que me cogieran! No sé si habré dado a alguno, pues tuve que asustarlos con la pistola.

Loire hizo un gesto disimulado a su guardaespaldas que el agente advirtió, pero sin acusarlo. Adelantóse al recién llegado sonriendo.

—¡Ya estábamos preguntándonos qué te habría pasado! ¿De modo que se presentaron los del uniforme?

—Sí. Y pensando en ello lo encuentro algo raro. ¿Cómo tuvieron tiempo de llegar, tan pronto le di yo al gatillo? ¿No os parece extraño?

—No sé qué quieres decir. Termina de una vez —Loire se impacientó.

—Pues sencillamente. Que me gustaría charlar un poco con el jefe. Creo que hay algún tipo en el grupo que juega con dos barajas. ¿Está claro? ¡Y si me entero quién es el cochino que dio el soplo, lo va a pasar mal! ¡Con Charles Bruix no se juega!

Miraba al «Nene» al decir esto y el otro se engalló.

—¡A mí qué me cuentas! ¡Y ten cuidado con la lengua! Puedes decírselo al jefe si... —rió el pistolero—. Seguro que se toma un gran disgusto...

Loire comprendió que iba a decir algo más de la cuenta y le interrumpió a tiempo.

—No empecéis otra vez. Charles tiene razón al estar enfadado. Pero ha sido un caso de mala suerte. La patrulla de la policía debió pasar por allí cuando sonó el disparo. Lo importante es que el trabajo se hizo. ¿Estás seguro de haber acertado a la chica?

—Podéis ir allí a preguntarlo —Ney pareció entonces darse cuenta de que el local estaba siendo desmantelado—. ¿Qué pasa aquí? ¿Cerráis el bar?

Loire parecía desconcertado. El jefe había planeado cuidadosamente todo, en la seguridad de que el joven fuera detenido después de asesinar a la mujer, pero ahora ya no era

preciso cerrar. Salió a la calle y ordenó a los que subían trastos al camión.

—Esperad un poco. Quizá no sea preciso hacer el viaje.

Volvió al interior y se metió en la cabina. Al instante Ney se envaró. Estaba claro que llamaba al jefe. ¡Si él pudiera escuchar algo!

Con el bruto aquel a su lado era imposible. Dio unos pasos, acercándose un poco. Loire introducía la ficha en la ranura en aquel momento. Miró de reojo. La mano del hombre tanteaba el disco. Primero marcaría el sector correspondiente.

El agente parecía abstraído pero no perdió de vista los dedos gruesos de Loire. Era difícil, pero quizá pudiera intentar coger el número por los movimientos.

Calculó mentalmente. El índice giró un poco. Luego otra vuelta mayor y finalmente otra vez corta. Podía ser muy bien ODE, precisamente el mismo sector del Muelle de los Orfèvres. Por eso estaba familiarizado con los ademanes. Enseguida Loire empezó a señalar los números. Lo hizo muy rápidamente. Ney trató desesperado de no perder de vista la mano. Cuatro... dos. Después el brazo del que llamaba le tapó el otro movimiento. Y después quizá un siete. Un siete o un ocho.

Respiró cansado. Ya Loire, vuelto de espaldas y por tanto sin posibilidad de ver sus labios, hablaba. En resumen había conseguido un hipotético ODE 42X7. Pero en lugar de Ode también podía ser Ope. Y el último siete un ocho o un seis.

Además no tendría muchas posibilidades de probar fortuna con aquellas combinaciones.

Loire salió de la cabina con gesto de disgusto. Lanzó a Ney una mirada rencorosa. Parecía que el jefe no estaba muy satisfecho. Se acercó a la puerta y gritó:

—¡Metedlo todo dentro otra vez! Y no quiero dar explicaciones.

Pasó ante los dos hombres invitándolos a que lo siguieran. Entraron en el cuartucho. Allí Loire sacó el fusil de la funda y lo examinó con atención. Puso en su lugar el violín y escondió el arma. Ney inquirió:

—¿Qué hay de ese dinero? El trato era al terminar el trabajo.

—Exacto. Es preciso primero comprobar si cumpliste tu parte en el contrato. No seas tan impaciente. Recibiremos un aviso

enseguida. El jefe se ocupa de ello.

Ney encogióse de hombros. Tomó asiento en una banqueta para encender un cigarrillo. Luego cogió lo que le quedaba de cocaína y examinólo con gesto satisfecho. Sus miradas se cruzaron con las de Loire.

—¿No os sobra un poco de «nieve»? —preguntó.

—Ya tendrás suficiente.

Sonó el timbre del teléfono. Le atendió el jefecillo que regresó al instante, para decir, cogiendo su sombrero:

—Tendrás tu dinero, Charles. La chica ha muerto. El jefe quiere darte trabajo. Parece que le has caído en gracia. Si es así has hecho tu carrera.

Ney levantóse perezosamente. No convenía hacerse demasiado el tonto. Así que indicó su desconfianza.

—No me gusta todo esto. Estabais dispuestos a dejar el bar, porque sabíais que la policía me echaría el guante y yo la haría venir aquí. Y además no tienes los veinticinco mil encima. Nunca pensasteis en dármelos. Por lo tanto no ha habido un traidor, como yo decía, sino varios. ¡Sois todos unos malditos soplones!

Loire lanzó una maldición y pretendió llevarse la mano al sobaco, donde escondía su pistola, pero Ney era más rápido. Había ya esgrimido la suya y cubrió a los dos individuos.

—¿Qué pretendes? ¿Así esperas cobrar ese dinero? Eres un idiota. «Bibi» no puede ponerse en manos del primer desconocido. Deja esa arma. Efectivamente avisamos a la Policía. Pero ahora el jefe se ha convencido de que eres de los buenos. Y quiere darte trabajo —Loire parecía asustado.

—¿«Bibi»? ¿Estás con «Bibi Fortune»? —preguntó el joven fingiendo, admiración—. Eso varía la cosa. Yo necesito mucho dinero pues la «coca» es mala de conseguir. Y un tipo como «Fortune» puede proporcionármelo. Puedo ser de utilidad. ¡Me parece que vosotros tenéis pocas agallas! No quiero perder tiempo. ¿Dónde puedo verle?

Hubo un silencio. Los dos bandidos se miraron. Ney jugueteaba con la pistola.

—Eso es cosa suya, Charles —aclaró Loire—. Me ha dicho que vengas con nosotros al almacén. Él decidirá lo que convenga.

El joven pareció sopesar la proposición. Lentamente guardó el

arma, advirtiéndolo:

—Si pretendéis pasáros de listos conmigo pensadlo dos veces primero. No le guardo rencor a «Bibi» por denunciarme. Yo hubiera hecho lo mismo, pero mientras me den «coca» soy hombre seguro. Y os voy a hacer primero una demostración. Fijaos.

Levantó las manos poniéndolas a la altura de la cabeza. Sonreía fanfarronamente. Dio un pequeño grito y las bajó como un rayo. En una fracción de segundo la pistola volvió a surgir entre sus dedos nerviosos. Un truco bien aprendido que impresionó a los dos hombres.

—¡Muy bonito! Pero no estamos en el Oeste, amigo —refunfuñó Loire—. Deja ya de hablar y vámonos. «Nene» se queda aquí.

—Lo prefiero —el pistolero escupió en el suelo con desprecio—. No me gustan ciertas compañías. Ahora mucho coraje, pero anoche bien lloriqueaba.

Ney se dirigió a él con el puño en alto.

—¡Te voy a...!

—¡Quietos! Será mejor que os hagáis la idea de que tenéis que soportaros. Tú, «Nene», haz el favor de cerrar la boca —Loire se interpuso evitando una pelea segura.

Dejaron al enfadado sujeto y salieron al bar. El barman estaba otra vez tras la barra. Tenía encendida una vellonera que atronaba el local. Los hombres terminaban de colocar las mesas y algunos clientes tomaban el aperitivo. Loire saludó con la mano al empleado y salieron a la calle.

—Tengo el coche en la esquina. Iremos hasta allí —anunció.

Ney asintió. Pensaba en un número. Un número de teléfono incompleto que no se borraba de su imaginación: ODE 42X7. Y deseaba poder averiguar cuanto antes a quién correspondía.

El «Renault» de Loire ya estaba a la vista. Llegaron a él y cuando el dueño iba a abrir la portezuela, Ney dijo rápidamente:

—Aguarda un poco. Estoy pensando que me convenía comprar unas cosas. Por lo menos una camisa y una corbata. No estoy nada presentable. Tus amigos me destrozaron ésta.

—¡Bah! No vamos a ninguna reunión de sociedad. ¡Déjalo! —protestó Loire.

—De todos modos. Es cuestión de un par de minutos. Espérame.

Antes de que pudiera detenerle pasó a una gran tienda en la que

ya se había fijado, que estaba frente a ellos. Loire hizo ademán de seguirle y luego, encogiéndose de hombros, se recostó en el coche, esperando. El joven le veía a través de los escaparates.

—¿Qué desea el señor? —preguntó un dependiente acercándose.

—Una camisa y una corbata.

—¡Oh! Tenemos un surtido precioso. Si tiene la bondad de pasar...

—No se moleste. Elíjalo usted mismo. ¿Dónde está el teléfono?

El dependiente dejó de sonreír y le indicó el aparato de malos modos. Ney se acercó, sin dejar de mirar a Loire. Lo descolgó.

—Llamaré al primero. ODE 4217. ¡Ojalá haya suerte!

Marcó con cuidado y escuchó. Enseguida tomaron el aparato. Una voz de mujer ronca y desagradable.

—¿Qué pasa? ¿Qué desea?

—¡Es importante! Tengo que dar un recado a «Bibi» —dijo Ney en voz baja, observando de reojo a su compañero.

—¡Qué es eso de «Bibi»! ¡Aquí no hay ningún «Bibi»! ¡Vaya a gastar bromas a otro sitio!... —rugió la mujer.

Colgó rápidamente. El empleado ya se acercaba con las prendas. Desesperado volvió a girar el disco. Ahora ODE 4227. La persona que cogió el aparato dijo:

—Aquí Escuela de Artes Decorativas. ¿Con quién desea hablar?

No había nada que hacer. Depositó el auricular en la horquilla y haciendo un gesto al dependiente para que aguardara volvió a repetir la llamada.

Tuvo que dejarlo aceleradamente. Se había descuidado en la vigilancia de Loire y el hombre estaba dentro de la tienda, buscándole con la mirada. Antes de que pudiera verle se apartó del aparato y se puso junto al empleado.

—¡Muy bien! Precioso todo. Hágame un paquete y diga cuánto es.

Loire se acercaba a grandes zancadas.

—¡No tardas tu poco en comprar una camisa! ¿Es que no te gustaba ninguna?

Antes de que el empleado pudiera protestar, cosa que estaba a punto de hacer, Ney le arrebató el paquete y tomando el talón se dirigió a la caja, abonando su importe. Salió a la calle bastante desesperado.

Durante el viaje Loire estuvo locuaz y casi simpático. Pertenecía al tipo de sinvergüenzas a los que su total falta de escrúpulos les da una especie de seguridad, y puesto en plan amable demostraba ingenio y don de gentes. Por todo ello resultaba más peligroso. Ney se preguntaba a veces si no sería él mismo el misterioso «Bibi Fortune». Pero las llamadas telefónicas le hacían creer que no.

Se alejaron hacia Patín. Estaban dejando atrás la ciudad y rodaban por calles secundarias y zonas de ensanche llenas de nuevas construcciones y de factorías. Junto al Canal de Ourcq, y después de dar vuelta a unas edificaciones destartaladas, se detuvieron. Tenían frente a ellos una casita pequeña, antigua granja absorbida por el crecimiento de la ciudad. A su lado se alzaba una gran nave con aspecto de serrería, herméticamente cerrada. Todo ello ofrecía un aire pacífico.

—Puedes bajar. Éste es nuestro refugio. No es muy atractivo, pero resulta seguro —aclaró Loire.

Había acercado el coche hasta la misma puerta de la casa. Llamaron al timbre y la entrada se les franqueó. Un hombre joven, sonriente, les contemplaba.

—¡Hola! ¿Te acordaste de traer el licor? —le preguntó a Loire.

—Sí. En la maleta del coche va. Quítalo de ahí enseguida.

El joven salió a la calle. Ney escuchó el ruido del motor que se alejaba.

—Esto parece algo descuidado. Como se le ocurra a la policía darse una vueltecita tenéis un disgusto —opinó Hugo.

Loire sonreía. Diríase satisfecho de la organización de la banda.

—No lo creas. Este vestíbulo y toda la casa son perfectamente revisables. Vive ese chico con su madre. Pero sólo es la tapadera. Ven.

Cruzaron hasta la cocina. Todo polvoriento y abandonado. Loire abrió la puerta de la despensa, tan sucia como lo demás, y empujó al joven a su interior, cerrando tras de sí. Era un recinto pequeño en el que los dos hombres cabían escasamente. Con gesto de satisfacción el bandido golpeó en el muro. Tres golpes secos. Esperaron unos segundos y enseguida el lienzo cedió.

El tipo gordo de «Bagatelle» esperaba en un estrecho corredor que se hundía en rampa. Saludó sonriendo.

—¿Qué hay, muchachos? ¡Encantado de verle por aquí, Charles!

Tendió la mano y Ney volvió la cara.

—Siento mucho no poder decir lo mismo. El trabajo es el trabajo, pero prefiero no tener tratos con cierta clase de personas.

El otro se encogió de hombros. El corredor sólo tenía unos pocos metros. Enseguida llegaron a un gran local amueblado decentemente, con buena luz artificial y en el que el aire era puro y agradable. Ney miró interrogante a su alrededor y Loire le explicó muy complaciente:

—Estamos bajo el almacén de arriba. Allí quedan únicamente los coches. Disponemos de mucho espacio. Un sistema de ventilación hace cómodo el respirar. ¿Qué te parece?

—No está mal. Pero no me gusta permanecer aquí metido, sin poder ver lo que me rodea. ¡Me gusta el aire libre!

—También a nosotros. Pero es preciso andar con pies de plomo. «Bibi» proyectó esto. Y no creas que estamos ciegos. Mira. El tubo va acoplado en el muro y sale al tejado del almacén por uno de los conductos de respiración. Es muy difícil descubrirlo.

Era un periscopio elemental, pero perfecto. Girando la barra se reflejaba en la luna todo lo que rodeaba las edificaciones. El canal y la carretera y por el otro lado la Rue de París, por donde algunos coches circulaban velozmente. Distinguió al joven que les abrió la puerta y que se dirigía a la casa.

Hugo Ney tenía los ojos brillantes. Un caso sorprendente de suerte el suyo. En menos de veinticuatro horas había establecido contacto con la poderosa organización de «Fortune» y conocía todos sus secretos. Únicamente le faltaba descubrir la identidad del jefe. Pero eso sería cosa rápida. ¡Si Paradis pudiera verle!

Cuando se volvió había más personas en la habitación. El barman del «Bagatelle» que hacía el servicio de noche, era una de ellas. Y un par de tipos desconocidos. Pero todos ellos no merecieron la atención del joven. Miraba con curiosidad y sorpresa a una joven rubia, que lucía un ajustado jersey y le contemplaba desde el marco de la puerta.

Loire se dio cuenta.

—¡Te presento a Lena! Tiene mal genio y es arisca. Será mejor que te guardes de ella.

—Eso es cosa mía. Me gustan las mujeres con carácter. Me llamo Charles, monada —se acercó despacio a la chica, que le miraba

fríamente—. Me imagino que en este sótano te aburrirás una enormidad... ¿Puedo ayudarte a pasar el rato?

Lena no contestó. Alzó los ojos con agresividad y antes de que el muchacho pudiera adivinar sus intenciones le aplicó una bofetada que sonó como un cañonazo. Al instante desapareció.

Un coro de carcajadas siguió a la agresión. Ney se volvió con cara de pocos amigos.

—¡Menos guasa, idiotas! ¡A esa fierecilla la domaré yo! — aseguró.

Loire era el único que no reía. Estaba serio y Ney adivinó que tenía más interés por la muchacha del que procuraba demostrar.

La situación era, pues, propicia para sus planes. Aquel grupo de seres unidos únicamente por el egoísmo y la ambición, eran materia inflamable. Cualquier chispa les haría saltar y si era preciso el agente de la Policía Judicial se encargaría de que el estallido se produjera.

CAPÍTULO VIII

Sin embargo, las cosas no sucedieron con la velocidad que Ney deseaba. Las órdenes que Loire había recibido de su jefe les obligaban a esperar a que anoheciera. Distrajeron el aburrimiento jugando a las cartas, bebiendo y discutiendo por cualquier cosa. Lena entraba con frecuencia en la habitación y se ponía tras de Loire, pero sus miradas iban infaliblemente a Hugo Ney. Parecía que algo atrajese a los ojos azules y fríos de la mujer.

—¡Tráenos café, Lena! —pidió Loire.

La joven salió de la habitación. Ney, que en aquellos momentos no jugaba, aprovechó la ocasión. Los cinco hombres parecían dominados por el interés de la partida. Se levantó de la silla y, despacio, como quien no quiere la cosa, siguió a Lena.

Estaba en un cuarto contiguo que hacía las veces de cocina. Con un aparato eléctrico preparaba el café. Estaba vertiendo los granos molidos en el agua cuando advirtió la presencia del joven.

—¡Váyase! ¡Loire no quiere que entren aquí!

—Sólo quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué me miras tanto?

—Quizá te haya visto en otra ocasión. ¿No crees?

Lo dijo con una expresión rara. Ney se estremeció. Iba a seguir preguntando, cuando la voz de Loire se lo impidió.

—Lena se arregla muy bien sola, Charles. Te llaman ésos para completar una partida. Además, dentro de poco hay trabajo.

El muchacho se encogió de hombros. Siguió al hombre. Antes de salir volvióse y vio a la joven que le miraba con el mismo gesto extraño. Empezó a intranquilizarse.

Al fin, cuando ya hacía unas horas que la luz natural desapareciera, los seis hombres abandonaron el escondite. Salieron a la casa por el pasadizo. La mujer que Loire dijo vivía en ella no apareció por ninguna parte.

Cruzaron el jardín abandonado, entrando en la nave. Ocuparon

el «Renault» y un coche grande. En este último iban el gordo, los dos pistoleros que apenas eran capaces de hablar y Ney. En el otro, Loire y el barman, que también parecía persona importante de la banda.

Perdieron de vista pronto el «Renault». El coche de ellos marchó durante más de una hora por carreteras para el joven desconocidas. Hizo unas cuantas preguntas que no fueron contestadas. Ninguno parecía tenerle mucha simpatía. Si el trabajo no fuera dejarle abandonado en algún bosque con un par de balazos en la nuca, todo iría bien.

Cuando el hombre grueso que conducía paró el coche, hizo bajar a tierra a Ney y a otro de los hombres.

—Tomad esa gorra y esa chaqueta. Daos prisa. Las instrucciones son éstas. No tenéis que dejar pasar a nadie por esta carretera hasta que yo vuelva. Con esas cosas os tomarán por empleados de Obras Públicas. ¿Entendéis? Decid que hay un accidente unos cuantos metros más allá. Encended la linterna y listo. Enseguida vendremos a recogeros. ¿Alguna pregunta?

—No. Supongo que no tropezaremos con ningún cabezota —dijo Ney.

—Si es preciso, reventadle los neumático.

—¿No nos dices cuál es el juego? Me parece mucho misterio.

El hombre no contestó. Esperó a que cogieran el uniforme, desapareciendo en la oscuridad. Se apresuraron a vestirse la blusa y la visera. Ney miraba a su compañero, que no sonreía, carente en absoluto del sentido del humor.

Empezaron a pasear por la carretera, en silencio. Transcurrieron diez minutos. Un ruido distrajo a Ney. Era el clásico runruneo de un avión.

Empezó a buscarlo en el espacio. La noche era oscura y propicia para un vuelo clandestino. Porque el joven inmediatamente relacionó la presencia de los traficantes de drogas en aquel lugar con el invisible avión.

Tuvo que desistir de su empeño, pues el compañero le advirtió:

—¡Tú! ¡Que viene un coche!

En efecto; en el final de la recta se adivinaba la mancha oscura de un vehículo que se acercaba rápidamente, Ney no dudó. Era preciso colaborar totalmente con Loire, pues de lo contrario no

lograría descubrir a «Fortune». Quizá fuera el mismo jefe quién llegaba.

Oprimió el resorte de la gran linterna eléctrica y se colocó en el centro de la carretera. Una vez allí empezó a mover los brazos y a dar voces.

—¡Alto! ¡Deténganse!

El compañero también le ayudó. Los del coche debieron asustarse en principio, pues en lugar de detenerse aceleraron la marcha. Pero cuando ya estaban casi encima distinguieron el uniforme de los dos hombres y frenaron violentamente. Ney tuvo que apartarse, pues el coche, por la inercia, resbaló y se le echaba encima. Un hombre joven asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Qué ocurre? Tenemos prisa. Queremos llegar a Lagny enseguida.

Ney se acercó, quitándose la gorra.

—Lo siento mucho, señor. Ha habido un accidente. La carretera está interceptada. Tendrán que esperar a que la despejen. Es cuestión de minutos. Ya trabajan en ella.

—¡Siempre lo mismo! ¡Ya podían tener más cuidado! Ahora nos tendrán aquí un buen rato. Ya sé lo que son esas cosas.

Una mano femenina se puso en el brazo del que protestaba.

—Ten paciencia, Louis. Seguramente será como estos señores dicen.

Ney aseguró que sí y se apartó un poco. Tenía la imaginación puesta en el avión misterioso que se había dejado de oír. Enseguida volvió a zumbar el motor. Esta vez fue más afortunado. Vio pasar la sombra de la nave por encima de un bosquecillo y perderse en el horizonte.

«No está mal. “Bibi Fortune” no se anda con chiquitas. ¿Qué les habrá traído ese avión? Posiblemente cocaína» —pensó el agente de la Policía Judicial.

Aún tuvieron que esperar unos minutos. Al fin el coche de Loire se acercó. El conductor gritó desde la ventanilla:

—¡Ya pueden continuar el viaje, señores! La carretera está libre.

Ney hizo un ademán a la pareja que aguardaba impaciente y al instante se apresuraron a seguir hacia Lagny. En la oscuridad quedaron solos Ney y el pistolero. Sin detener el motor, les invitó a

que subieran.

—¿Alguna dificultad? —preguntó a Ney cuando éste se sentaba y quitábase la blusa—. Ya vi que habéis tenido que actuar.

—Nada. Gente pacífica y respetuosa con las leyes. Se quedaron quietos como unos incautos. Supongo que lo demás también habrá salido bien. ¿Qué trajo el avión? ¿«Coca»?

—Eres observador. Y ésa es una mala condición para trabajar a las órdenes de un hombre como «Bibi». ¿Es que ya necesitas otra vez la droga? —preguntó.

Ney se dio cuenta que estaba descuidando su papel de cocainómano. El efecto estimulante de la última dosis que fingió tomar tenía que estar terminando. Así que decidió empezar a acusarlo, pero sin exagerar. Se puso mustio y no volvió a decir nada. Cuando llegaban a la granja estaba francamente mal. Con las manos temblorosas y labios apretados. Empezó a reñir con todos y enseguida, lanzándole miradas de desprecio, decidieron no hacerle caso. Se quedó sentado en un diván, observando a todos lados con recelo.

Loire se había marchado. Lena le trajo al joven una taza de café y le preguntó:

—¿No va a acostarse? Todos lo han hecho ya. Les oí decir que mañana tienen trabajo. Es preciso repartir la mercancía que acaban de recibir.

Ney miró a la joven. No acababa de comprender el significado de sus ojos. Tomó la taza y la apuró rápidamente. Preguntó:

—¿Viene por aquí muchas veces «Bibi»? Me gustaría hablarle. Estos tipos me han tomado por un infeliz.

—¿«Bibi»? Nunca. Jamás le hemos visto.

Ney se alarmó. Si el bandido mantenía su secreto hasta con la gente que le servía iban a complicarse más las cosas.

—¿Quieres decir que no le conoces?

—En efecto. Ninguno de nosotros. Solamente Loire. Él se encarga de transmitir las órdenes.

El agente lanzó una maldición. Todo su esfuerzo había sido, pues, inútil. Podía continuar meses en la banda sin tener la menor oportunidad de descubrir a su hombre. Era únicamente Loire quién podía ponerle en su pista. Luego estaba perdiendo allí el tiempo. Tenía que buscar a Loire y convertirse en su sombra para que le

llevara a «Fortune».

—Seguiré tu consejo. Me tumbaré un poco aquí mismo para dormir. Será mejor que también te vayas a descansar —le dijo a la chica.

Ella separóse despacio. Cuando el agente volvía la cabeza ella le miró desde la puerta. Era una muchacha preciosa, pero con demasiada amargura en los ojos. Ney sentíase molesto bajo sus miradas. Comprendió que estaba aún ante él y prefirió no demostrarlo. Al fin sintió los pasos leves que se alejaban.

Esperó un poco más. El salón estaba silencioso. El humo de los cigarros flotaba suavemente y todo parecía en calma. Se incorporó con cuidado.

—Antes de marcharme curiosaré un poco. Aquí debe haber muchas cosas interesantes.

Así era en efecto. Al otro lado del pasillo, en la habitación que Loire parecía usar en exclusiva, encontró material como para volver loco de entusiasmo al viejo Paradis. La caja que habían traído la misma noche y que retiraron del avión aparecía sobre una mesa. No la abrió, desde luego, pero apostaba mil contra uno a que estaba llena de cocaína cristalizada seguramente procedente de América del Sur. Además había en un cajón unos cuantos pasaportes en blanco, con visados de consulados americanos. Sin duda esperando la fotografía de las infelices que hacían la ruta del trópico en el criminal tráfico de blancas, otro de los negocios de «Bibi Fortune». Y además, en cantidades enormes, cigarrillos americanos, medicamentos caros y otras varias cajas que mantenían en secreto su contenido. Todo el complejo mundo del hampa de la postguerra, que se ha hecho un poco comerciante.

—Será muy conveniente que el viejo organice una visita a esta covacha. Saldrán más cosas a relucir —murmuró.

Abandonó la habitación.

Cruzar el salón y entrar en el corredor fue sencillo. La banda parecía sumida en el sueño más profundo. Confiaban demasiado en la seguridad de su refugio. Tanteó la puerta que daba a la despensa. El cerrojo estaba a la derecha. Lo corrió con cuidado y pudo abrir.

Una luz violenta cegó sus ojos. Llevóse las manos a ellos para protegerlos y sin comprender. La voz de Loire le ayudó.

—¡Caramba! ¡Charles! ¡Qué casualidad! Precisamente hablaba

de ti con este amigo común.

Sujetaba una linterna con la que deslumbraba a Ney. Éste intentó disculparse.

—Vi venir tu coche y me acerqué para abrirte. ¡Quita esa linterna de una vez!

El rayo de luz se quebró y Ney, después de parpadear unas cuantas veces, logró ver a Loire, que sonreía malignamente. Tras de él estaba un tipo fuerte, con el pelo blanco, que le miraba con atención. Loire apremió:

—Baja delante, Charles. No queremos quedarnos aquí toda la noche.

El muchacho obedeció, preguntándose si sería aquel «Bibi Fortune». De todos modos presentía alguna nueva complicación y esta vez el instinto no le engañaba.

Cuando estuvieron en el salón, Loire volvió a dirigirse a él:

—No comprendo qué te pasa, chico. ¿Es que te olvidas tan rápidamente de los amigos? —Se volvió al desconocido—. Ya te dije, Varrene, que era un hombre poco simpático. Fíjate como te ignora.

Ney se estremeció. ¿Era posible que la fatalidad le castigara de aquel modo? Bruno Varrene debía estar en Buenos Aires, de acuerdo con los informes que tenían en el Muelle de los Orfèvres, y ahora, por lo visto, se le había ocurrido volver a París, precisamente para estropearle sus proyectos. Como no respondía, el presunto Varrene lo hizo por él.

—No tiene nada de particular que no se acuerde de mí. Para ello tenía que haberme conocido. ¡Y no me ha visto en su vida! ¡Déjate de contemplaciones y que te diga qué es lo que pretende!

Ney retrocedió. Sentía sobre él las miradas furiosas de los dos hombres. Decidió salir de allí como fuera y quiso coger su pistola. Pero Loire, conocedor de su rapidez, estaba prevenido. Antes de que él pudiera tocarla ya tenía la suya en la mano.

—Nada de gracias ahora, muchacho. Puedes empezar a contar tu historia.

El joven tenía aún esperanzas. Mientras no sospecharan que pertenecía a la Policía quedaban posibilidades de escapar. Instintivamente decidió recurrir a su papel de drogado. Era la única alternativa. Continuar fingiéndose adicto a la cocaína.

—¡Espera un poco, Loire! Tuve que decir lo de Varrene para que me dieran la droga en «Bagatelle». ¿No lo comprendes? ¿Es que no he demostrado que soy de los buenos?

—¿Dónde habías oído mi nombre? —preguntó Varrene con frialdad—. No sabía que fuera tan popular.

—Por ahí... Con unos chicos con los que trabajé el año pasado. ¡Todos decían que eras un tío listo! —Intentó halagar al bandido para conquistarse su confianza.

A las voces acudieron los demás miembros de la banda, con los ojos llenos de sueño. Lena fue la última en aparecer. Sus miradas se clavaron en el joven con cierto reproche.

—No puede uno fiarse de un mentiroso como tú. Además ya estás otra vez idiotizado. ¿Cuándo has tomado la última vez «coca»? —Loire se acercó a él y lo sujetó por las solapas, zarandeándole. Como Ney no contestaba y sólo hacía que temblar y mover los ojos asustado, le sacudió un puñetazo en la cara.

El muchacho se desplomó, después de resbalar suavemente por la pared, y quedó sentado en el suelo.

El corro de hombres le rodeaba. Hubo preguntas y Loire explicó lo sucedido.

—Te dije que no te fiaras de él —confirmó el gordo—. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo decidirá el jefe. Ya conoce el caso.

Ney se dejó desarmar. Balbuceando frases sin significado, sacó el sobrecito con el resto de cocaína y trató de abrirlo. Un puntapié violento de Loire le hizo soltarlo y lanzar un grito de dolor.

—¡Nada de eso! Estás mucho mejor sin ella. Además es fatal para un hombre de su estado. ¡Llévadle dentro! No creo que sea necesario demasiada vigilancia, pero andad con cuidado.

Ney se levantó solo, sujetándose a la pared, sin que nadie le ayudara. Le empujaron violentamente. Con la cabeza baja pasó junto a Lena y se dejó caer en el cuarto donde lo llevaron. El gordo quedó en la puerta.

CAPÍTULO IX

El comisario Paradis colgó el teléfono después de llamar a su mujer. Le había dicho que tampoco aquella noche iría a dormir.

—¡Estás loco! ¿Te imaginas que aún eres un chiquillo? —le gritó su esposa enfadada—. ¡Haz el favor de dejar eso y venir ahora mismo!

Él cortó la comunicación sonriendo. Tenía tantos líos que ni las veinticuatro horas del día eran suficientes para resolverlos. El pobre Charón estaba también en su puesto, pálido y ojeroso.

—¡Si usted no hace callar a ese insoportable señor Cours, tendrá que pedir la licencia, comisario! Está otra vez abajo. Se ha vestido de luto y no cesa de lamentarse. Por lo visto culpa a la policía de la muerte de su prometida.

—No me extraña. A la Policía se la culpa de todo. El ideal fuera que pudiéramos detener a los delincuentes antes de que se les pase por la imaginación cometer el delito. Dile que suba. Voy a terminar con él de una vez.

El importante señor Cours entró como un rayo. Efectivamente, llevaba un traje negro que le sentaba muy bien. Parecía más distinguido. Se dejó caer en la butaca y empezó las lamentaciones.

—No sé qué pretende usted, comisario. Pero no estoy dispuesto a tolerarlo. Llevo toda la mañana tratando de ver los restos de mi pobre Simone —se le quebró la voz. (Paradis se revolvió inquieto, pues las escenas sensibleras le volvían loco)—. Me han hecho ir de un lado a otro. Nadie sabe nada. Friedlan me dijo que se la llevaron en una ambulancia y nada más. Su madre parece tonta. Siempre lo ha parecido la buena señora. No hace más que llorar. ¡Si no me da una contestación categórica ahora mismo iré al cementerio!

Paradis cruzó los dedos. Se miró las uñas con atención y al fin respondió:

—Verá usted, señor Cours. Esto es muy desagradable. El forense

tiene que informar sobre la causa de la muerte de la señorita.

—¿No dijo usted que fue un disparo? ¡Es horrible!

—Sí. La pobre joven debía tener malos enemigos. Confío en que mañana podamos entregar el cuerpo a la familia para el entierro. Hasta entonces, es mejor que vaya a su casa y procure tranquilizarse. Desgraciadamente ya nada puede hacerse por ella.

Cours pareció que iba a seguir insistiendo, pero el comisario le tomó con fuerza por el brazo y le puso en la puerta. Sin duda el dolor había restado energías al hombre, pues bajó la escalera abatido, sin volver a decir nada.

Cuando estuvo solo, Paradis llamó al Hospital Val de Grace, donde Simone había sido llevada después del atentado. Preguntó por ella y supo que continuaba igual, sin recobrar el conocimiento. La impresión del doctor era pesimista.

—Es una situación endiablada. Si Ney no da señales de vida tendré que descubrir la verdad. Ha de resolverse esta noche, de otro modo Cours se alarmaría. ¿Dónde estará metido ese muchacho?

Recordó la lucha que había sostenido durante el día. Friedlan fue el peor. Hubo que amenazar con dar a la publicidad lo sucedido y entonces, ante el temor de desacreditar su clínica, accedió a seguir la comedia. La madre, en cambio, que no era precisamente tonta como opinaba Cours, sino una señora sensata y valerosa, se prestó fácilmente.

—¡Por Dios, comisario! ¡Procure que termine pronto este tormento! ¡Mi pobre hija...!

Charón volvió a entrar. Preguntó:

—¿Nada?

—Nada. Hugo debe andar metido en algún apuro. Esa gente no confía en él. Me hubiera gustado saber quién llamó a la Gendarmería desde Montrouge ayer. Además que al ver que escapó de los gendarmes quizá le relacionen con nosotros. Me parece que no debí enviar a Hugo a ese trabajo. Hay demasiado riesgo.

—Ya no tiene remedio. ¡Si pudiéramos hacer algo!

—Siempre se puede hacer algo —Paradis se puso en pie, decidido—. Hugo tomó contacto en «Bagatelle», que está cerrado a estas horas. Pero puede que lo tengan en otro lugar. Una cosa me llama la atención de las declaraciones de los gendarmes de Montrouge. ¿Qué haría Hugo con el estuche del violín donde

llevaba el rifle? Además cuando dejó en «Bon Vivant», el aviso para mí lo efectuó con muchas precauciones. El empleado dijo que le acompañaban dos hombres. No estaría de más charlar un rato con ese empleado.

Charón sonrió entusiasmado. Confiaba en su jefe. Se apresuró a bajar a por un coche y se puso al volante. Condujo velozmente hasta «Bon Vivant», que, naturalmente, estaba cerrado. Paradis detuvo a un gendarme que hacía la ronda.

—Venga acá. ¿Sabe usted dónde vive el barman de este café?

—¿Jasmin? Aquí cerca, en la calle Baume. Puedo acompañarles.

Jasmin no se hizo el remolón. Con una bata sobre el pijama respondió a las preguntas de Paradis en el pasillo de su casa.

—No conocía al joven que dejó el aviso. ¡Pasa tanta gente por el bar! Pero desde luego me llamó la atención. Iba con otros dos hombres. No tenían muy buen aspecto. Lo único que puedo decir es que llevaban un «Renault» castaño. Lo dejaron frente al bar.

No era mucho. Pero Paradis estaba acostumbrado a trabajar con pocos elementos. Y no se molestó en pedir una descripción de los compañeros de Hugo, pues la memoria de la gente falla mucho en este aspecto. Si se consulta a diversas personas sobre una identificación, unas vieron un tipo grueso y rubio y otras, delgado y moreno.

—Está bien, muchacho. Muchas gracias de todos modos.

Bajaron a la calle. El gendarme no se apartaba de su lado, deseando ser útil. Quizá entrevistara la oportunidad de demostrar que estaba injustamente con el uniforme, y tenía condiciones sobradas para pasar a la Policía Judicial.

—¿Qué va a hacer jefe? —preguntó Charón, impaciente.

—Veamos. Busca el mapa que hay en el coche. La guarida será «Bagatelle», pero no tenemos mandamiento para entrar. Sin estar seguro no correré el riesgo.

Se hallaban bajo un farol en la calle solitaria Paradis extendió el mapa sobre el capot del coche y con su lapicero trazó un círculo alrededor del lugar donde se encontraban. El círculo llegaba hasta la plaza de St. Eustache por un lado y a la Escuela Central por el otro. Dentro de él quedaban una buena cantidad de calles. Las principales Turbigo, Reamur y Aboukir.

—Empezaremos por esta zona. Son palos de ciego y pudiera ser

que Hugo y sus compañeros pasaran por «Bon Vivant», procedentes del otro extremo de la ciudad. Pero como no hay cosa mejor que hacer... En Reamur está «Bagatelle», el bar donde empezó el asunto. Pero hasta mañana nada...

Invitó al gendarme a que se uniera a ellos y le dijo:

—Hablabamos primero con todos los gendarmes. Llévenos a sus puestos.

Empezó un trabajo lento y metódico, en el que Paradis era realmente experto. Únicamente el cigarro que mordía ferozmente indicaba que todo no era tranquilidad. Le desesperaba tener que andar indagando. Con un ligero indicio atacaría «Bagatelle». Pero sin él era una imprudencia.

—Sí... ya sé que hay muchos «Renault» de color castaño en París. Pero yo quiero saber si alguien de su demarcación posee uno. Si lo ha visto parado con frecuencia frente a algún sitio.

—No señor. Los hay negros y verdes. Incluso uno amarillo de un vendedor de perfumes. Pero castaño no.

—Quizá le haya llamado la atención un joven llevando un estuche de violín. Es el tipo más opuesto a un músico.

El interrogado movió la cabeza negativamente.

—Intentaremos más allá, comisario —dijo Charón, sin perder las esperanzas.

—Sí, y en todo caso podemos ir ampliando el círculo y llegar a Versalles. Hubiera jurado que existían muchos coches castaños en la ciudad, pero ahora que lo buscamos no surge ni uno.

Paradis volvió al coche y rodaron hacia la calle Reamur. Paseando ante la fachada del Conservatorio estaba el vigilante. Miró con desconfianza al automóvil hasta que se dio cuenta que era de la Policía. Al instante se apresuró a acercarse.

Paradis, sin molestarse en bajar a la calle, le repitió la pregunta, ya con poca fe. La había formulado como una docena de veces en escasos minutos.

—¿Ha visto por su demarcación en estos días un «Renault» castaño? ¿Conoce alguien que...?

—¿Un «Renault» castaño? Sí, señor. Los de «Bagatelle» tienen uno. Al menos con mucha frecuencia está detenido ante el bar. Quizá sea de algún cliente asiduo. ¿Algún accidente?

—No. ¿Puede decirme algo sobre «Bagatelle»? —preguntó

entusiasmado, pues así era más sencillo, y ya no dudaba en actuar contra el local.

—Es un bar. De poca categoría. Pero ahora que usted se interesa por él, ayer mañana ocurrió algo curioso. Yo no estaba ya de servicio, claro. Pero el agente Vaugirad, al que sustituyo, me dijo que creía que cerraban el local, pues cargaban material en un camión. Sin embargo, cuando yo entré de ronda estaba lleno de público y como siempre. Me extrañó un poco, pues Vaugirad es muy observador y no se equivoca fácilmente.

El cerebro de Paradis trabajaba intensamente. Tenía los ojos cerrados y parecía abstraído, hasta el punto de que el informador se detuvo confuso.

—Muy interesante, guardia. ¿Dónde queda ese bar inconstante?

—Más abajo de la calle, señor. Antes de llegar a la Bolsa.

—No estará de más que venga con nosotros. No tenemos mandamiento judicial para entrar en ese establecimiento a estas horas, pero como usted ha dicho que ha escuchado gritos pidiendo socorro, que parecían salir de su interior, pues quizá nos veamos precisados a forzar la puerta.

El gendarme, que se disponía a sentarse junto a su compañero, al oír las palabras del comisario, abrió los ojos sorprendido y balbuceó:

—¡Creo que... yo no dije nada de eso, señor!

Paradis sonrió. Le divertía la ingenuidad del hombre. Charón se encargó de aclarárselo.

—¡No sea zoquete! ¡Si el comisario dice que usted oyó gritos es que oyó gritos! ¿Entiende? Si los dueños se enfadan y empiezan a chillar porque les hemos estropeado un poco la cerradura, usted contará la historia de los alaridos.

—¡Ah! —Los dos gendarmes se miraron admirados—. De acuerdo, señor.

Paradis se dedicó a reflexionar sobre el extraño cierre iniciado y no llevado a efecto del local. Podía estar relacionado con la denuncia presentada sobre Ney. Aquella gente trabajaba bien y parecía organizada. Veíase la mano de «Bibi Fortune». ¿Y dónde demonios andaría Hugo en aquellos momentos? Había vuelto a meterse en el peligro en un alarde de audacia. Eso podrá serle fatal o favorable, pero ahora tenía interés en examinar un poco aquel bar

ante el que se detenía con frecuencia un «Renault» castaño. Si sus sospechas eran infundadas tendría que dar muchas explicaciones al Jefe Superior por aquel allanamiento ilegal.

Se detuvieron frente a «Bagatelle», rigurosamente cerrado y sin luces. Muy tranquilo. Charón anunció:

—Estos locales siempre tienen otra entrada posterior para el servicio. Será menos escandaloso que por aquí.

—Me parece bien. Usted —indicó el comisario a uno de los gendarmes— quédese aquí vigilando. Pudiera darse el caso de que encontráramos dentro algún bebedor recalcitrante.

Rieron. Los tres hombres dieron vuelta a la casa. La calle posterior, menos importante, estaba mal iluminada. Calculando la disposición del bar localizaron una estrecha puerta despintada que tenía clavado el anuncio de un aperitivo. Paradis la tanteó.

—No parece muy sólida. Algunos dicen que guardias y ladrones somos de la misma familia. Por lo menos en esta ocasión nos prestamos a confusión.

Mientras hablaba, el comisario sacó de su bolsillo una pequeña ganzúa. La introdujo en la cerradura y volvió a retirarla. Dijo al guardia:

—Si esta gente utiliza esta puerta para salir, hay alguien dentro. Tienen la llave colocada por el interior. Llame usted fuerte, guardia. Nosotros nos ocultaremos. Diga cualquier cosa. Que hay fuego, lo que se le ocurra.

Se colocaron a ambos lados de la puerta, en tanto el gendarme aporreaba con fuerza. Los golpes resonaron en el silencio. Después de unos minutos volvió a insistir. Nadie parecía responder a la llamada.

—Puedo haberme equivocado —murmuró Paradis.

Pero no era así. En aquel instante escucharon claramente unas voces que susurraban algo dentro del local. El guardia vociferó.

—¡Abran enseguida! ¡Es urgente! ¡Es la Policía!

La última advertencia era contraproducente. Si la gente de «Bagatelle» era de la clase que Paradis supuso, no tendrían demasiado entusiasmo por charlar con la Policía. En efecto, el silencio fue la respuesta a las palabras del gendarme. Decidió terminar de una vez.

—¡Derriba la puerta, Charón! ¡Tira contra la cerradura!

El ayudante no se hizo repetir la orden. Colocó el cañón de la pistola sobre el escudo roñoso y apretó el gatillo dos veces. Al instante se dejó caer contra la madera y la hoja golpeó el muro del pasillo, dejando el paso franco.



Colocó el cañón de la pistola sobre el escudo...

Ahora escucharon claramente carreras en el interior. Por lo

pronto los ocupantes del bar no debían tener la conciencia muy tranquila. Paradis esgrimió su revólver militar, que llevaba contraviniendo ciertos artículos del Reglamento y únicamente porque le gustaban más que las modernas automáticas, y entró decidido en el oscuro pasillo.

Los dos hombres le siguieron. Los presuntos enemigos parecían haberse esfumado. Sin embargo, el comisario confiaba en el gendarme que vigilaba la otra salida. No lograrían engañarle fácilmente, sobre todo después de los disparos, que le habrían puesto sobre aviso.

—¡Mucho cuidado, chicos! ¡Procurad tener la cabeza en sitio seguro!

No les dijo cuál era el sitio seguro, que era el consejo que realmente necesitaban.

Recorrieron todo el pasillo. Un poco de luz empezaba a recortar las siluetas. Era la que entraba al bar a través de las lunas. Antes de pisar el salón, Paradis se detuvo, conteniendo a sus hombres con un ademán.

Había tres sombras cerca de la puerta principal. Difícilmente podía distinguirlas. Si no se hubieran movido tanto hubiese sido imposible. Levantó la voz.

—¡Es mejor que seáis buenos chicos! La calle está ocupada por mi gente. Que uno encienda la luz y los otros no os mováis. Se trata de una visita de cortesía únicamente. ¡No me gusta tanta timidez!

Charón rió entre dientes. El gendarme hacía reflexiones tristes. Si al contemplar al comisario pensó en las injusticias sociales, ahora comprendía que le quedaba uniforme para mucho tiempo. La Policía Judicial tenía algo más que fachada.

Hubo una conferencia entre los tres hombres de la puerta. La decisión la tomaron enseguida. Las sombras desaparecieron, ocultándose tras las mesas erizadas de sillas con las patas al aire, y tres disparos, uno por cada sitiado, buscaron a los policías.

El comisario se impacientó. Aquellos tipos eran testarudos.

—Necesitamos luz, Charón. De otro modo como conocen mejor el bar se nos escabullirán. Voy a buscar el interruptor.

Charón quiso detenerlo, pero el viejo policía tenía azogue en las venas. Arrastrándose se dejó caer tras el mostrador. Por lo común junto a la entrada de aquellos establecimientos estaba el pequeño

cuadro eléctrico. Trataría de llegar a él.

Se incorporó al amparo del mostrador y lo recorrió en toda su extensión. Al llegar al final se detuvo. Tenía que exponerse un poco.

—¡Bah! Afortunadamente soy pequeño —murmuró.

Se apoyó en el mármol húmedo y sin pensarlo dos veces colocóse sobre él. Rápidamente se soltó, agazapándose al otro lado. Un balazo rebotó en la tapa y Paradis sonrió socarrón.

—¡Lento, amigo! Hay que mover los dedos con más rapidez —dijo para sí.

Lo malo venía ahora. Los hombres del bar habrían adivinado sus intenciones y el trozo, hasta la puerta, quedaba completamente descubierto. Charón temió por su jefe. Sabía que en aquellos casos era más loco que un principiante. Decidió evitar que lo cosieran a balazos.

—¡No se mueva de aquí, guardia! Impida que nadie pase por este pasillo. Es la única retirada que les queda.

El hombre asintió, apretando la pistola decidido. Charón aprovechó la sombra más densa del muro y corrióse en dirección opuesta a la seguida por su jefe. Empezó a disparar sin intentar precisión en los blancos. Sólo quería cubrir a Paradis.

El comisario comprendió que aquélla era su oportunidad. Antes de que cesara el estruendo de las detonaciones emprendió carrera. Cuando llegó a su destino sólo unos metros y unas cuantas mesas y sillas le separaban de sus enemigos. Entre ellos también quedaba la puerta de cristales.

Se levantó con cuidado, tanteando la pared. Tocó el borde de una base de mármol y enseguida unos cables eléctricos. Allí estaba lo que buscaba.

Demasiado entusiasmado, no se dio cuenta que se exponía excesivamente hasta que sintió en la cara un golpe seco. Un proyectil se hundió en el yeso y una esquirla de ladrillo le cortó la mejilla. Sintió el calor de la sangre y se puso furioso. Perdida la prudencia, extendió los dedos, sujetando un resorte y lo levantó con fuerza, encajando las aletas de metal.

No se hizo la luz de momento. Los tubos fluorescentes parpadearon un poco antes de encenderse. Al fin iluminaron el recinto.

Hubo un correr presuroso y varias sillas cayeron al suelo. Los

tres hombres de «Bagatelle» se apresuraron a buscar mejor refugio y Paradis hizo lo propio.

Pero antes apretó el gatillo y un gemido respondió a la detonación. El último de los hombres se puso en pie de un salto. Era el «Nene», aun cuando el comisario lo ignoraba. Tenía un brazo colgando, rígido.

—¡Cochina «bofia»! ¡Terminaré con todos! —gritó.

Paradis le vio acercarse con una pistola humeante en la mano útil y dudó en hacer fuego. Cuando quiso defenderse ya le tenía encima. Disparó el «Nene» a quemarropa. Pero al mismo tiempo Charón le clavaba en la espalda dos balas del 7,65 y la trayectoria del proyectil del bandido se desvió. Desplomóse sobre el comisario, ya sin vida, y este tuyo que apartarlo.

—¡Gracias, Charón! —dijo Paradis en voz alta—. Ahora esos dos tipos serán más razonables. Tirad las pistolas y salid con las manos sobre la cabeza. Con un fiambre tenemos bastante.

Aguardaron. Nueva conferencia, pero ahora sólo con dos beligerantes. La gente de «Bibi Fortune» era dura. Lo demostraron enseguida. En lugar de obedecer el sensato consejo del comisario, prefirieron tirar por el camino del medio. Puestos de acuerdo, empujaron las mesas tras las que se guarecían y un montón de sillas rodó con estrépito. Parecían caer del cielo. Al mismo tiempo salieron al descubierto, disparando rápidamente, y trataron de llegar al pasillo.

Paradis pensó en el gendarme. Su intención era capturar con vida a los bandidos, pero si no lo impedía, éstos darían muerte al guardia, que sin moverse de su puesto esperaba tenerlos a tiro. Apuntó, pues, con cuidado y derribó a uno de ellos.

—¡Tengo que coger a ése! —murmuró—. La vida de Hugo está en juego. Le obligaré a que cuente qué han hecho con el muchacho.

El pistolero ya estaba sobre el gendarme, que disparó con poca suerte, hiriéndole levemente en una pierna. Descargó el arma sobre el hombre de la Ley y saltó enseguida sobre él. Paradis lanzó una exclamación.

—¡Se nos escapa! ¡Cuídate del gendarme, Charón!

Cruzó el salón a la carrera. Antes de que llegara al pasillo el guardia herido levantó la mano con dificultad. El pistolero ya estaba en la puerta. Tenía la libertad y la vida a pocos centímetros.

El proyectil del gendarme le alcanzó en el corazón. Quedó tendido con los brazos sobre la acera. Paradis le examinó y le bastó una ojeada para comprobar que estaba muerto.

—¡No es de cuidado! —le anunció Charón, refiriéndose al gendarme—. Tuvo suerte. En cambio esos tres... ¡Están listos!

Uno de ellos vivía, pero falleció en la ambulancia que le llevaba al Hospital. Paradis, antes de eso, tuvo que llamar para que enviaran fuerzas a «Bagatelle», pues el gendarme que quedaba no era capaz de contener a los curiosos que habían acudido después del tiroteo. Cerró la puerta y mientras llegaban ambulancias y guardias se dedicó a registrar concienzudamente el local.

No tardó en descubrir la caja con bolsitas de cocaína. Y en los cuartos interiores había mayor cantidad del producto. Charón le indicó un estuche viejo de un violín metido bajo unos cajones.

—¿No es lo que buscaba?

—Sí. Esto quiere decir que Hugo volvió efectivamente. Ahora necesitamos averiguar si esta gentuza fue engañada por él o desconfiaron de que lograra escapar de la Policía y han cometido alguna barbaridad.

Sacaron el fusil, que estaba escondido también bastante bien. Pero aunque estuvieron casi hasta el amanecer en la faena, no consiguieron ni un indicio que les permitiera suponer en qué lugar de París «Bibi Fortune» tenía escondido a Hugo Ney. No descubrió indicación alguna.

—¡Si al chico le ha sucedido algo, esos canallas van a vérselas conmigo! —amenazó Paradis.

Y Charón, que sabía que bajo el huraño carácter del viejo había un corazón afectuoso, estaba seguro que sería como hubo dicho.

CAPÍTULO X

Hugo Ney, en aquellos momentos, es decir, mientras el comisario Paradis regresaba desesperado al Muelle de los Orfèvres después de su fracasada expedición a «Bagatelle», estaba tirado sobre un camastro, en un reducido cuarto del refugio subterráneo de la banda de «Bibi Fortune».

Los hombres habían vuelto a sus habitaciones y sólo se escuchaba el diálogo apagado de Loire y Varrene que estaban apurando mano a mano una botella de coñac en el salón.

Así, pues, el joven podía pensar con tranquilidad. Tras un rato de vigilancia, también el pistolero grueso habíase retirado.

Indudablemente Loire aguardaba órdenes de su jefe. Ney estaba ya desesperando de poder encontrar a «Fortune». Y fuera como fuera, las órdenes, en lo que se referirían a él, iban a ser poco agradables.

Volvió a acordarse de Simone Chaumont. Las noticias que tenía sobre ella eran poco optimistas. Pero sin embargo algo le decía en su interior que la joven saldría de aquel trance. Y si el bandido no lograba localizarla primero y el viejo Paradis pudo conseguir hacer creer a todo el mundo en su muerte, el momento en que ella recobrara el conocimiento sería seguramente el final de «Bibi Fortune».

Por lo tanto no le importaba demasiado que su sacrificio se consumase. Paradis lograría meter al bandido entre rejas para que purgara sus muchos delitos.

La conversación de Loire y Varrene continuaba. Sentía el chocar de los vasos. Estaban muy convencidos de que Ney no podría intentar nada, pues afortunadamente no le relacionaban con la policía. Al menos sus esfuerzos por hacerse pasar por un adicto de la droga tuvieron éxito. Cuando el gordo se retiró, después de mirarle, dijo a Loire:

—¡Este tipo está fuera de combate! Sin droga es hombre perdido. No tiene fuerzas ni para matar a un pajarillo. Dentro de poco empezará a tener visiones y a gritar. Conozco bien los síntomas.

Un ruido le distrajo de sus reflexiones. Al instante hundió la cabeza entre los brazos, dispuesto a seguir el papel. Pero se las ingenió para mirar a la puerta. Le parecía que el que llegaba hacía lo con demasiado sigilo.

Era Lena, la chica rubia. Vestía el mismo jersey escandaloso. El joven se alarmó. Adivinaba una nueva complicación. Levantó los ojos y movió la mandíbula nerviosamente, sin decir nada. Ella le observó de cerca, y repentinamente dijo en voz baja:

—Usted no ha tomado cocaína en su vida.

Ney se quedó helado. Fue a protestar, pero los ojos fríos y serenos de la mujer se lo impidieron. Era realmente hermosa, y si se hubiera quitado la capa de pintura, lo parecería más. Se incorporó, a la defensiva, exclamando:

—¡No la entiendo! Es mejor que se vaya. A Loire no le gustará verla conmigo.

—Supongo. A Loire no le gusta nada más que su capricho. Le dije a usted que quizá le había visto en otra ocasión. ¿Recuerda? Sé dónde.

Hugo quedó desconcertado. Podía tratarse de una hábil maniobra de Loire que enviaba a la mujer para sonsacarle. Pero no. Lena estaba pálida, emocionada. Quiso de todos modos desconfiar.

—¡Sea usted buena y tráigame un poco de «coca», Lena! Usted sabrá dónde encontrarla.

—¡Es inútil que siga fingiendo conmigo! Usted es de la Policía.

El muchacho temía aquello, desde que la mujer empezó a ponerse misteriosa. La sujetó por el brazo y exclamó:

—¡Está loca! ¿Tengo yo cara de policía?

Ella se soltó. Respiraba agitadamente. Echó hacia atrás el pelo teñido de rubio con gesto desafiante.

—No la tiene. Fue precisamente lo que pensé cuando le vi el año pasado en el Muelle de los Orfèvres... Por eso le recordé.

Era inútil. Si aquella mujer salía a decir todo eso, el pequeño hilo que sostenía la vida del agente se quebraría al instante. Tuvo que darse por vencido.

—Escuche, Lena. Si cree eso, ¿por qué no se lo ha dicho a Loire?

—No lo sé... —Bajó los ojos—. Usted no se fijó en mí en aquella ocasión. Estaba sentado tras una mesa tomando mi filiación. Me habían cogido en una redada del Barrio Latino. Entonces no conocía aún a Loire. Usted me preguntó mi nombre. No tenía cara de policía. He visto muchos en mi vida. Pero usted no la tiene... no es como los otros.

Se cubrió la cara con las manos largas y cuidadas. Ney no tenía idea de lo que le decía. Efectivamente prestó servicio en la Brigada Social en aquella época, pero fueron muchas las muchachas de su tipo que desfilaron por allí. Y ahora la fatalidad le había puesto ante una. Y que además estaba a punto de empezar a llorar. Era cosa de atajar el peligro; la sujetó por los hombros y le preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Vas a decírselo a tu amigo?

Ella separó las manos y movió la cabeza negativamente.

—Si pensara eso ya lo habría hecho antes, cuando estuvieron a punto de descubrirle. No le denunciaré.

Ney la miraba confuso. Sólo pudo preguntar:

—¿Por qué? ¡No te comprendo! No me debes ningún favor.

—Quizá porque no tiene cara de policía —ella sonrió levemente—. Y porque estoy cansada de soportar a esos brutos. Quiero marcharme de aquí. Lo haré a la primera oportunidad. Pero Loire me vigila y le tengo miedo.

Hugo sintióse lleno de entusiasmo. La ayuda impensada que surgía podía ser de mucha utilidad. Antes de que Lena cambiara de idea decidió aprovechar su buena disposición.

—¡Entonces, Lena, debemos estar unidos! Si logro salir de aquí tú también te verás libre. Te prometo que nadie te molestará. ¿Quieres ayudarme?

—Dígame qué debo hacer. No puedo ir a la calle. Loire está jugando con ese hombre que ha venido.

—Dos cosas puedes facilitarme. Una de ellas un arma. Y la otra una guía de teléfono. ¿Tenéis alguna?

—Sí. Creo que lo conseguiré. No se mueva de aquí —se alejó en silencio. Toda la conversación se sostuvo en un susurro. Al llegar a la puerta se volvió para mirarle. Retrocedió despacio y preguntó, enrojeciendo vivamente—. ¿Cuál es su verdadero nombre? Si teme decírmelo puede mantenerlo en secreto. No me ofenderé.

Ney dudó. Pero como ya estaba de lleno en sus manos, la complació.

—Hugo Ney. Y es mejor que por ahora lo olvides.

Ella repitió en voz baja, como queriendo grabarlo en su cerebro:

—¡Hugo Ney!

Levantó la cabeza. Sus miradas se cruzaron. Y cuando Hugo quiso darse cuenta estaba estrechándola entre sus brazos y sus labios se unían.

Fue solo un instante. Ella se soltó con presteza y abandonó la habitación rápidamente. El joven quedó en el centro, preguntándose por qué demonios había hecho aquella tontería. Pensó en Simone y le pareció una traición.

—¡Eres un sinvergüenza, Hugo! No había necesidad de engañar a esta chica. Mucho más cuando está dispuesta a ayudarte sin esos trucos.

Sentóse en la cama, esperando. No le debía ser a Lena fácil encontrar lo que le pidió. Quizá la guía telefónica estuviera en la sala o en la habitación de Loire. El bandido continuaba su diálogo. Parecía que el hombre llegado de Sudamérica tenía muchas cosas que contar. Seguramente planeando nuevas ampliaciones del negocio. Paradis hubiera dado una mano para escuchar a los dos sinvergüenzas.

Al fin sintió los pasos apagados de la joven, más nerviosa que antes. Le entregó un revólver grande, que el joven tomó con entusiasmo y guardó en la cintura, no sin antes comprobar que tenía el tambor repleto. Y una guía de teléfonos vieja, del año anterior.

—¡Loire se ha levantado de la mesa! —dijo, asustada—. ¡Me voy antes de que venga por aquí! ¡Esconde la guía!

Salió velozmente. Ney abrió el libro, pero sin que pudiera buscar nada sintió las pisadas fuertes de Loire. Se apresuró a meterlo bajo la ropa y empezó a balbucear tonterías.

Loire y Varrene entraron. El primero sonreía sardónico. Ney dio un salto y se dirigió a él, cogiéndole de la americana.

—¡No seas así, Loire! ¡Dame un poco! ¿Es que no os he servido fielmente? ¡Aún me debes la mitad del dinero por quitar de en medio a aquella mujer! ¡Te lo doy para ti sí me das la «nieve»! ¡Todo por un poco!

Loire lanzó una carcajada. Sujetó las manos del joven y, separándole de sí, lo arrojó sobre la cama.

—¡Quita de encima, imbécil!

—¡Me persiguen! —lloriqueó Ney, en un alarde—. ¡Todos me persiguen! ¡Están esperando verme solo para saltar sobre mí y golpearme! ¡No os vayáis, quedaos aquí!

Miraba asustado a los rincones, como si realmente la habitación estuviera llena de monstruos. Varrene le observaba con atención. Dijo a su amigo:

—Es mejor que le des algo. Empezará a alborotar enseguida. Conozco estas cosas. Este tipo está ya saturado.

—No. Así es mejor. Con droga se vuelve muy violento y resulta demasiado peligroso. Hasta que «Bibi» no me diga qué hacemos con él lo dejaremos atontado. Mañana saldremos de dudas. El jefe está investigando sobre él.

Se marcharon y esta vez Loire prefirió cerrar la puerta girando la llave por el exterior. Después se alejaron.

Ney sonrió. ¡Si Paradis hubiera visto la última representación! Podía estar satisfecho de haber logrado engañar a hombres expertos en la cuestión como Loire y Varrene.

Esperó un poco y volvió a sacar la guía. Afortunadamente había luz en la habitación. Se tumbó sobre la cama y empezó a buscar. Era una labor de paciencia, pero él disponía de ella. Y de tiempo a la vez.

La búsqueda quedaba limitada al sector Odeón. Tenía, pues, aproximadamente cinco o seis mil números que examinar. Despreciando todos los que no empezaran en 42 la cosa se simplificaba.

Recorría las columnas con el dedo, rápidamente. Primero encontró el 4257. Un Instituto de Belleza. Lugar poco adecuado para «Bibi Fortune», pero nada descartaba que fuera una mujer. Anotó, pues, la dirección en un trozo de la misma guía que arrancó de las páginas de publicidad.

Así fue buscando y anotando números. Todos parecían inocentes. La casa estaba en el mayor silencio y el joven trabajaba con entusiasmo.

Cuando localizó otro 42 del sector Odeón y buscó el nombre del poseedor del aparato, se llevó tal sorpresa que quedó inmóvil

durante un buen rato. Volvió a repasar la línea. Estaba claro, era el 4287. Y el nombre y el domicilio de la persona aclaraba todo el enredo.

Empezó a romper en pequeños trozos la anotación que había hecho. Ya no lo necesitaba. Ahora comprendía muchas cosas. El trágico problema de Simone Chaumont parecía lógico y sencillo.

—¡Paradis debe saberlo enseguida, antes de que sea tarde! ¡Dios mío! ¡Es preciso que salga de aquí!

Volvió a esconder la guía que le proporcionara la sorprendente revelación. «Bibi Fortune» ya no era un enigma para el joven agente de la Policía Judicial. Pero estaba más confundido y nervioso que antes de descifrarlo.

Tanteó la puerta. Era sólida y la cerradura también. Sólo podría abrirse a tiros. ¿Dónde estaría Lena?

Como respuesta a sus demandas, una mano rozó suavemente la madera. Y la voz de, la joven le llamó en un susurro:

—¡Hugo! ¿Estás despierto?

Pegó la boca a la junta y contestó:

—¡Sí! ¿No puedes abrir? ¡Loire cerró con llave!

La sintió manipular. Esperaba de un momento a otro escuchar el girar de la cerradura, pero en lugar de eso fue un sollozo de la muchacha.

—¡No puedo! ¡Se ha llevado la llave!

Hugo lanzó una exclamación de rabia. Miró desesperado en la habitación. No había nada que pudiera utilizarse como ganzúa. Dijo a Lena:

—¡Trata de encontrar un alambre fuerte! ¿Entiendes?

Ella debió hacerlo, pues cesó de escuchar los ruidos. Tardó mucho en regresar. Ney paseaba impaciente. Tenía que contenerse para no empezar a tiros con la puerta. Pero era una locura que no arreglaría nada. Y ahora precisaba obrar con suma cautela para llegar al Muelle de los Orfèvres antes de que «Fortune» pudiera cometer alguna nueva barbaridad.

Hubo un roce suave y un alambre empezó a pasar bajo la puerta. Ney se inclinó para cogerlo. Era demasiado fino. Desconfiando de obtener éxito, dobló en ángulo recto el extremo y empezó a trabajar en la cerradura.

Pasaron diez minutos. Después media hora. Ney sudaba; el

alambre le resbalaba entre los dedos. De vez en cuando Lena preguntaba:

—¿Lo consigues? ¡Va a amanecer! ¡Se levantaron éstos!

La mano del joven golpeó accidentalmente la madera y el ruido sonó fuerte en el silencio. Se detuvo y esperó. Fueron unos minutos terribles. Después volvió al trabajo.

Cuando sobre el sótano sin ventanas empezaba a salir el sol, el muchacho tiró al suelo el alambre torcido por mil sitios, después de resignarse al fracaso. Aconsejó a la muchacha.

—¡Vete, Lena! ¡Que no te sorprendan aquí! Intentaré burlarlos cuando abran.

—¡Mucho cuidado, Hugo! ¡Hazlo por mí!

Aquello era otra complicación. Sin duda Lena estaba interesada por él. Demasiado interesada. Si salía con vida del refugio le debería demasiado para encogerse de hombros. ¡Pobre chica! Ney sólo tenía sitio en su corazón para cierta morena altiva que reposaba en una habitación del Hospital Val de Grace.

Dejó la puerta y se tumbó en la cama, realmente agotado por el trabajo y la excitación nerviosa.

El sueño no le molestó lo más mínimo. No tuvo necesidad de esforzarse en mantener los párpados abiertos, y eso que hacía muchas horas que no descansaba, pues la impaciencia tenía le despierto.

Al fin, después de escuchar varios ruidos por el pasillo, aterrieron su puerta. Miró rápidamente el reloj. Eran ya las once de la mañana. Al instante se encogió y empezó una sesión acentuada de intoxicamiento.

El gordo entró, le miró con desprecio y gritó:

—¡Sal ahora mismo, valiente! Loire quiere verte.

El joven no se movió. Tuvo el recién llegado que tirar de él. Entonces se puso en pie y miró al hombre con expresión idiotizada.

—¿Quién es Loire?

Una carcajada fue la respuesta. A empujones le sacó al pasillo y lo llevó a la sala. Estaba allí todo el grupo de angelitos. Loire con Varrene en el centro y sentados con su habitual indolencia el resto de la banda. En total eran cinco hombres peligrosos a los que sería muy difícil burlar.

—¡Parece que continúas abatido, muchacho! —Fue el saludo de

Loire al verle todo desmadejado—. He hablado con el jefe. Por lo visto nadie en París conoce a Charles Bruix. Todos los chicos que trabajan en el ramo han sido consultados. ¿Es raro, verdad?

Ney sentóse tranquilamente. Parecía que la cosa no iba con él. Sonreía y no cesaba de temblar y mirar a un lado y a otro.

—No te molestes, Loire. No entiende nada. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

El gordo parecía deseoso de entrar en acción. Acariciaba significativamente el bulto de su pistola.

—Le daréis un paseo hasta St. Denis. Es mejor cometer un error pequeño que uno grande. Además que este tipo no tiene casi nada de cuerda. Cualquiera día revienta. Id tú y Henry. Cercioraros de que no dejáis ninguna pista. ¡Cuando queráis!

Ney se estremeció de alegría. Si salía de allí con aquellos dos hombres lograría deshacerse de ellos. Además contaba con la sorpresa del arma. Poco duró su contento. Repiqueteó el timbre de un teléfono y Loire se apresuró a desaparecer. No tardó mucho en regresar. Ney comprendió que las noticias no eran buenas. Estaba pálido y por primera vez le veía dudar. Seguramente era cosa grave.

—Es el jefe. Parece que han surgido dificultades.

Todos esperaron sus explicaciones. Loire se sirvió una copa y la apuró con ansiedad. Luego se pasó la mano por la boca.

—No lo entiendo... «Bibi» también está confundido. Anoche la policía ha entrado en «Bagatelle» después del cierre. El «Nene» y los otros dos chicos que estaban allí les hicieron frente. Iban a tiro limpio.

—¿Los cogieron?

La pregunta brotó del grupo como un grito. Todos aquellos valientes empezaron a temblar con su habitual valor.

—No. Los tres han muerto. Ellos hirieron a un gendarme. Pero el comisario Paradis, que dirigía el ataque, salió ileso. Ahora están examinando hasta el último rincón.

Ney sintió ganas de gritar un hurra por el viejo. Pero no tuvo tiempo, pues una tormenta se le vino encima. El pistolero grueso, que parecía dedicarlo una especial antipatía, se dirigió a él gritando:

—¡Este tipo tendrá que ver con ello! ¿No os dais cuenta que es la primera vez que la Policía encuentra uno de nuestros escondites?

¡Ya decía yo que no me gustaba su cara! ¡No debisteis darle la droga cuando fue al bar!

—Ésa no es cuestión tuya. La cosa no tiene tanta importancia. Los chicos fueron unos idiotas al hacer frente a la Policía. «Bibi» lo hubiera arreglado como otras veces. Y tenemos más bares para repartir la mercancía —Loire quería imponer su fingida serenidad. Estaba tan asustado como los demás—. ¡Ahora id a cumplir la orden! En cuanto esté listo volvéis. Quizá haya, trabajo.

El gordo se revolvió. Sacó su pistola y corrió el seguro. Ney no perdía de vista su mano. Escuchó los gritos histéricos.

—¡Le sacudo aquí mismo! ¡Ahora mismo!

Varrene sujetó el brazo con fuerza y le arrebató la pistola. Pero desgraciadamente Lena no pudo resistir la tensión del momento. Miraba desde la puerta, tratando de contener los gritos. Y al ver que el pistolero parecía a punto de disparar, exclamó:

—¡Oh, Hugo!

Los ojos de la muchacha reflejaban angustia. Una angustia profunda que no desapareció cuando la pistola se ocultó y la amenaza inminente dejó de producirse. Ney comprendió que Loire no podía perder aquello. Al momento el bandido entendió el alcance de la exclamación de su amiga. El rostro se ensombreció.

—¿Hugo? ¡De modo que al fin este desgraciado te convenció! Y hasta ha tenido el detalle de confiarte su verdadero nombre. Sujetadle bien. Creo que Lena tiene cosas interesantes que decir.

Loire se acercó a la joven, que se mordía los labios desesperada, en tanto dos o tres hombres oprimían los brazos del agente de la Policía Judicial. Lo hicieron con poca energía, más interesados en seguir la conversación de su jefe con la mujer, y seguros de que Ney no necesitaba de un derroche de fuerza para ser contenido.

Loire aproximó su rostro pálido al de la muchacha y dijo:

—¿Qué te contó ese hombre? ¡Contesta! —Cruzó el rostro de Lena con el revés de la mano. La bofetada resonó en la habitación y todos los demás pistoleros empezaron a sonreír satisfechos.

—¡Déjame, salvaje! ¡No conseguirás que diga nada! ¿Lo oyes? ¡Ya estoy harta de soportarte!

La muchacha se revolvió e intentó retroceder, pero Loire, en quien sin duda el despecho se unió a la rabia, la sujetó por el brazo, impidiéndoselo.

—¡Si no dices ahora quién es ese tipo, te arrancaré las palabras una a una! ¡Y luego volverás a dónde yo te encontré! ¡Al fango! —bramó.

—¿Al fango? ¿Es que hay un lugar en París donde exista más podredumbre que en este maldito sótano? —Lena estaba altiva y los ojos brillaban desafiantes.

Loire alzó el puño y golpeó a la mujer, que se dejó caer contra el muro, sin cesar de sonreír.

Ney tenía que hacer esfuerzos poderosos para contenerse. Comprendió que debía resistir su indignación. El éxito del trabajo estaba por encima de todo lo demás. Si era capaz de soportar aquella escena repugnante, luego podría devolver golpe por golpe y sobre todo destruir totalmente el poder de aquellos desalmados.

Se encogió, queriendo evitar la mirada de la joven. Loire jadeaba rabioso, pero le faltaba el valor para continuar golpeando a la mujer, o creyó que no era propio de su posición en la banda. Retrocedió ordenando a uno de sus hombres, que parecían entusiasmados y habían olvidado de momento el pánico que les produjo el asalto a «Bagatelle»:

—¡Dale una sesión, Passy! ¡Veremos si continúa mucho tiempo con ese orgullo!

Passy era un joven de ojos pequeños, mandíbula cuadrada y cabeza pelada al cero. No se hizo repetir dos veces la orden. Se puso junto a Lena, que trataba de mantener su gesto sardónico y quería buscar la mirada del policía sin conseguirlo, y cerrando la mano empezó con toda calma, como quien ejecuta un trabajo rutinario, a golpear el cuerpo indefenso. Lena gritó, quiso esquivar el ataque. Estaba apoyada en la pared y logró clavar sus uñas en la mejilla de Passy, dejando en ellas un rastro sangriento.

Aquello enfureció al energúmeno y arreció en sus golpes. La muchacha dejó caer los brazos y empezó a resbalar, hasta quedar tendida en el suelo. Passy entonces le dio un puntapié en el costado que la obligó a encogerse gimiendo de dolor.

Hugo Ney, a quién habían soltado sus vigilantes, pasaba el peor momento de su vida. Renegó del servicio y de la obligación. En aquellos momentos no le importaba nada «Bibi Fortune» ni todo el Muelle de los Orfèvres. Sin embargo, aún se mantuvo inmóvil. Si Lena resistía el castigo y continuaban sus labios cerrados, él no

debía hacer estéril el sacrificio de la mujer.

Loire estaba muy pálido. Se revolvió furioso contra Ney.

—¡Vaya un hombre! ¡Un tío como un castillo que ve pegar a una mujer y no tiene fuerzas para impedirlo! ¿No te gustaba tanto tontear con ella? ¡Ya puedes pegarte un tiro tú mismo, desdichado! ¡Nunca he visto un caso igual de degeneración! —Miró a Passy, que se había detenido, y le ordenó—: ¡Dale otro poco, muchacho! Quizá este idiota no pueda resistirlo.

Passy sujetó a Lena por el vestido para incorporarla. Ella le golpeó sin dejar de sollozar y lanzar insultos salvajes a todos. Pero no pedía clemencia. Era de la clase de mujeres capaces de llegar a un total sacrificio. Y además era cuestión de amor propio para ella.

—¡Sois unos cobardes! ¡Si ese hombre no estuviera enfermo os sacudiría a todos! ¡Dadle un poco de droga y lo veréis! —chilló.

Passy soltó una grosería y después, cogiéndola por los brazos, intentó golpear la cabeza de la chica contra el muro.

Ney lo olvidó todo. Los insultos de Loire y su sonrisa burlona los tenía clavados en el corazón. Cuando Passy iba a vencer la resistencia de Lena, que trataba de morderle en una mano, estalló.

Extendió los brazos con fuerza y los dos hombres que tenía más cerca salieron disparados, hasta caer sobre las butacas. Passy soltó a la mujer sorprendido y todos se quedaron unos segundos inmóviles. El joven pareció ganar altura. Estaba erguido y había cesado todo síntoma de embrutecimiento, de intoxicación.

De un salto se puso junto a Lena, y Passy, que empezaba a recobrarse, vio algo que se acercaba velozmente a sus ojos. Un golpe seco y se sintió lanzado por el aire. El pistolero dio varios traspiés y al fin se desplomó, incapaz de encajar un impacto entre las cejas que lo dejó fuera de combate.

Loire fue el primero en volver a la realidad. Le gritó a Varrene:

—¡Ahí tienes a tu drogado, Varrene! ¿Con que entiendes mucho de eso? ¡Explícame, si puedes, qué milagro es ése!

Varrene lanzó una maldición y dirigió la mano al sobaco. Pero Ney no perdió el tiempo. Controlando todos sus movimientos, sacó el revólver y colocándose ante Lena, protegiéndola con su cuerpo, movió el cañón del arma en abanico, cubriendo a los cuatro hombres en pie y al inconsciente Passy.

—¡El milagro será que en esta ocasión escapéis de la cárcel,

amigos! ¡Será mejor que os hagáis esa idea! —exclamó riendo.

CAPÍTULO XI

El silencio que siguió a sus palabras fue demasiado elocuente. Loire parecía un tanto confundido. Miró al joven interrogante.

—¿Tú eres de la Policía, no?

—Quizá. Y has cometido una equivocación grande, Loire. Lo que has hecho con Lena te va a costar muy caro. ¡Sólo un canalla como tú es capaz de ello! ¡No se mueva, Varrene! —gritó, mirando al sudamericano, que parecía muy nervioso.

Pero la orden no surtió efecto. Varrene estaba desquiciado desde que se dio cuenta que había sido burlado en lo que constituía su especialidad. Se colocó tras de Loire y empezó a deslizar la mano suavemente, para coger su pistola.

Loire debió darse cuenta de la maniobra y quiso distraer al policía.

—Hagamos un trato. No conseguirá salir de aquí. Para ello tendrá que disparar primero contra nosotros y entonces el muchacho que está en la granja se alarmará y lo cazarán cuando asome por la puerta como a un conejo. Es mejor que hagamos un trato.

—¿Qué trato? —Ney dejó de vigilar a Varrene, que parecía escuchar interesado la conversación. Los otros dos hombres estaban más apartados y no tenían arrestos para intervenir. El gordo sobre todo parecía deshecho.

—Muy sencillo. Aquí, en este negocio, hay mucho dinero. ¿Cuánto le pagan en el Muelle de los Orfèvres? No me lo diga. Una miseria. Puede largarse con la chica. En América se vive de maravilla con el bolsillo lleno. ¿Va a ser tan imbécil que se sacrifique por los contribuyentes, que si fracasa pedirán su cabeza?

Ney notaba en su espalda el contacto de Lena, que temblaba asustada. Sintióse llenó de simpatía por la muchacha; casi llegó a olvidar la presencia de sus enemigos. Loire continuaba hablando y

hablando, con voz persuasiva y sin dejar de contemplar el revólver del policía.

En mitad de una frase se detuvo. Una seña imperceptible de Varrene. El pistolero había logrado sacar su arma. La tenía pegada al pecho. Corrió el seguro aprovechando que su compañero elevaba la voz. Y cuando juzgó llegado el momento dio un empujón a Loire, separándole de sí y quedándose frente a Ney.

—¡Ahora puedes demostrar tu habilidad, cochino espía!

Apretó el gatillo con rabia. Ney parecía sorprendido. No se movió ni alzó el brazo. Sólo cambió de lugar el dedo que oprimía el disparador. Y el proyectil del 45 alcanzó el corazón de su enemigo, justo cuando éste terminaba la frase.

El humo de los disparos llenó la habitación. Aprovechando el momento Loire también esgrimió su arma. Cuando iba a usarla contra el odiado policía, que continuaba en pie, Varrene cayó, cubriendo su campo de tiro, y se lo impidió. Quiso apartarlo sin comprender que no podía oírlo.

—¡Quita de en medio! ¡Voy a pulverizar a ese maldito!

Ney no desperdició la oportunidad. Empujando a Lena hacia el pasillo saltó fuera de la habitación, cerrando la puerta. Quedaron en la semioscuridad escuchando.

—¿Qué vamos a hacer, Hugo? No conseguiremos salir. Loire lo impedirá. Es una fiera.

—¿Cómo te encuentras? Supongo que considerarás que soy un cobarde y que debí...

Ella le puso los dedos sobre los labios para impedir que continuara. Tenía el rostro lleno de arañazos y señales de golpes. Pero aun así y todo estaba hermosa.

—¡Calla! ¡Yo sé que eres el hombre más valiente del mundo! Y yo tengo la culpa de que tu trabajo se haya estropeado.

Como el momento no era para conversaciones, pues en el salón los hombres de Loire bullían mucho, Ney, que además no cesaba de pensar en «Bibi Fortune» y en la necesidad de salir del encierro antes de que el bandido intentara otra vez eliminar a Simone, decidió actuar.

—Escóndete en aquel cuarto del fondo, Lena. Yo te seguiré enseguida.

Escuchó a través de la puerta. Sus adversarios no hablaban, pero

se les oía moverse. El cerrojo que mantenía cerrada la puerta no era muy sólido. Miró a Lena que le aguardaba al final del corredor y, procurando no hacer demasiado ruido corrió junto a ella.

—¡Entraremos en el cuarto! No me gusta atacar con ventaja, pero es preciso. Además que con esa gente no es conveniente demasiados escrúpulos.

Se colocaron junto al marco. Había poca luz y Ney pudo asomar un poco la cabeza, atisbando el pasillo.

Se produjo un gran ruido. Vio cómo la puerta del salón se agitaba. Enseguida otro golpe y el pestillo saltó.

A Loire y a sus compañeros les inspiraba respeto Ney. Era indudable. Pero al fin se decidieron a aparecer, con todas las precauciones. Loire iba en cabeza.

El muchacho colocó el cañón en el marco y apuntó. Tenía frente a la mira a Loire, pero movió el arma. A Loire le dejaba para más tarde. El hombre del vientre voluminoso fue el elegido.

Un disparo y un grito. Se produjo la desbandada y el pasillo quedó otra vez solitario. Es decir, el gordo se mantuvo sobre el pavimento, agitándose y gimiendo. Ney había tirado a una pierna y no acostumbraba a fallar.

—¡Mátale! —susurró Lena—. ¡Es un cerdo!

Era una mujer ardiente y llena de pasión. Ney, sin querer, estableció comparaciones con la dulce Simone. Pero no debía hacerlo. Lena había vivido en un ambiente duro y habíase endurecido. Eso era todo.

—Bien. Ahora las fuerzas están más igualadas —dijo el joven—. Passy no habrá vuelto en sí. Le di fuerte. Quedan, pues, Loire y otro más. Es el momento, antes de que pueda llegar algún refuerzo.

Salió al pasillo. Lena quiso seguirle, pero él le ordenó que volviera atrás.

Empezó a acercarse al salón. Llevaba el revólver listo, dispuesto a disparar al menor peligro. Tenía ante él a dos enemigos peligrosos y desesperados.

Un silencio pesado, dramático. Una tabla gimió bajo el zapato del agente, pero los otros no dieron señales de vida. Ya estaba temiendo que hubieran preferido escapar. Quizá estaban esperándole en el salón. Intentarían repetir el truco que le diera buen resultado a él mismo hacía unos segundos.

Se detuvo frente a la puerta. Veía un trozo de la habitación y parte de las piernas de Passy, tirado sobre la alfombra.

Dudaba cómo actuar. Se pegó a la pared escuchando. Sobre el diván cercano había un espejo. La luna le reflejó a Loire y su compañero agazapados tras las butacas.

Sonrió. No eran muy valientes los dos pistoleros. Querían cazarle con la máxima impunidad.

La luz eléctrica parpadeó un poco. El sótano no tenía otra iluminación, pues la natural estaba vedada. Comprendió que la oscuridad le ayudaría a él, pero también a sus enemigos, y desistió de provocar un cortocircuito, pero tenía el interruptor al alcance de la mano. Miró a Lena que le observaba y le hizo una señal. Ella se apresuró a ponerse a su lado.

Ney susurró junto a su oído.

—¡Voy a apagar la luz! ¡Cuentas diez segundos y vuelves a encenderla! Y enseguida te vas al final del pasillo. ¿Comprendido?

Ella asintió.

Ney apretó la pistola. Miró por el espejo la situación de los muebles y eligió una butaca ancha. Luego dio vuelta al interruptor.

El salón quedó totalmente oscuro. Únicamente un suave reflejo llegado del pasillo le alumbraba. Ney dio un par de zancadas y los otros debieron escucharle, pues dispararon alocadamente cuando ya él estaba tras el refugio. Al instante la luz volvió a encenderse y tres hombres decididos a matar quedaron agazapados, esperando su oportunidad.

—¡Estoy aquí, Loire! —anunció Ney divertido—. ¡Te quedan pocos minutos de libertad!

No contestaron. El joven se tendió en el suelo y atisbó por debajo de la butaca. Al otro lado, tras los muebles que amparaban a los dos pistoleros se veían los pies. Loire debía estar medio incorporado, pero el otro estaba de rodillas. Era una martingala que podía utilizarse sólo una vez. Colocó el revólver apoyándolo en la alfombra y disparó.

El herido lanzó un verdadero alarido y se puso en pie, al descubierto. Loco de furor y de dolor descargó su pistola contra la butaca, antes de desplomarse. Ney podía haberlo acertado de nuevo, pero ya tenía bastante por el momento.

Aquel momento tuvo un valor psicológico aprovechable. Seguro

de que Loire estaría contemplando al hombre que se retorció en el suelo, a su lado, separóse un poco de la butaca. Tomó impulso y la empujó con fuerza.

El pesado mueble cruzó la habitación y llegó bien dirigido hasta el que ocultaba a Loire. Tras él, y jugándolo todo al azar, iba lanzado Ney.

La colisión no fue muy violenta, pero Loire salió despedido, disparando al techo. Antes de que pudiera volver hacerlo, con más puntería, Ney se echaba sobre él, sujetándole el brazo.

—¡Tenía ganas de que llegara este momento, Loire! —exclamó el joven riendo—. Ahora vas a pagarme todas las tonterías que me has dicho cuando me creías inutilizado, y sobre todo lo que hiciste con Lena.

Rodaron por el suelo, siempre disputando la posesión de la pistola de Loire.

El bandido era fuerte y se jugaba la vida. Logró soltarse del abrazo de su enemigo. Se arrastró por el suelo para separarse y se dispuso a disparar a bocajarro.

Ney recobró el equilibrio. Vio que no tenía tiempo de arrebatarse el arma y saltó, con los pies por delante.

Uno de sus zapatos golpeó el pecho y el otro se detuvo sobre el brazo. Medio caído, sujetándose con las manos, apretó con fuerza el pie, corriéndolo a lo largo del brazo armado, hasta que llegó a la mano. Allí insistió con todas sus energías, y Loire, incapaz de resistir, cedió.

La pistola se escapó de sus manos. Ney entonces no pudo conservar por más tiempo el equilibrio y cayó sobre su adversario.

Siguió un combate feroz. Tan pronto era Loire como el policía quienes parecían tener ventaja. Rodando sobre la alfombra, empujando muebles y mascullando amenazas e imprecaciones, llegaron al centro de la habitación.

El muchacho cometió un error, y lo pagó caro. Loire pudo zafarse de sus brazos y se puso en pie. Rápido cogió una silla y la alzó, dejándola caer sobre Ney.

Éste había levantado los brazos tratando de esquivar el golpe, pero estuvo torpe y el mueble le acertó de lleno. Quedó ligeramente conmocionado.

—¡Vas arrepentirte de hacerte el héroe! —Gruñó el bandido con

los ojos brillantes de entusiasmo.

Levantó el pie y propinó al caído un golpe violento. Luego se echó sobre él y empezó a «acariciarle» a conciencia. Ney iba perdiendo poco a poco las fuerzas. Sentía que la visión de las cosas hacía borrosa.

Pensó en Paradis, en «Bibi Fortune», en Simone... Y sucedió el milagro. Extendió los brazos para coger la garganta de su enemigo. Loire estaba ya tan seguro de su triunfo que había abandonado toda precaución. Hasta que los dedos finos del agente de la Policía Judicial no se crisparon rodeando su cuello poderoso, no se dio cuenta.

Trató de soltarse. El aire le faltaba. Quiso separar aquel dogal que se cerraba lentamente.

Cayó de costado y Ney quedó sobre él. Entonces aflojó la presión. Los segundos de alivio bastaron para hacerle recobrar sus fuerzas. Retiró las manos de la garganta donde las marcas rojas acusaban la presencia de los dedos, y completó el tratamiento con una serie de reveses en la cara de Loire.

—¡Déjame! ¡Ya tengo bastante! —suplicó el bandido.

Aún le asestó un directo que lo dejó totalmente inconsciente. Antes de levantarse le registró con rapidez para ver si tenía alguna otra arma. No era así. Se puso en pie y miró al guiñapo tendido ante él.

Hubo un ruido, un arrastrar trabajoso a su espalda. Rápidamente se volvió, buscando su revólver. Con la pelea lo había perdido. Estaba caído unos metros más allá.

—¡No necesitas nada, soplón! —exclamó una voz ronca y velada—. ¡Yo te daré lo que mereces!

Passy estaba frente a él con una negra automática que le encañonaba. Tenía los ojos semicerrados y se sostenía en pie con dificultad. Pero era evidente que le sobraban con mucho energías para apretar el gatillo. Y estaba dispuesto a hacerlo.

Inició una sonrisa. Parecía complacido del papel que le cayera en el drama. Abrió la boca para decir algo.

Sus labios quedaron inmóviles, en un extraño gesto. Una detonación sorprendió a Ney que no apartaba la mirada de la mano de su enemigo. Passy se encogió, se dobló por la cintura y lentamente cayó hasta quedar tendido en el suelo. Primero con la

cabeza levantada, y luego como un muñeco desarticulado.

Tras él, empuñando una pistola de la que brotaba un tenue humo blanco, estaba Lena. Los dos jóvenes se miraron. La mujer parecía transfigurada. Sonreía gozosa. Ney tuvo que reconocer que era muy hermosa. Y que había estado oportuna.

CAPÍTULO XII

—¡Muchas gracias, Lena! Está escrito que has nacido para salvarme la vida.

Ella acentuó la sonrisa. Murmuró con extraña expresión.

—¡Quizá...!

Ney prefirió cortar el peligroso momento. Ya vería cómo resolver más tarde aquel problema. Se acercó a Loire, que estaba empezando a recobrarse.

—Será mejor sujetar las manos a este tipo. Es demasiado peligroso. Busca una cuerda, Lena. Tiene que haberla por aquí.

La muchacha salió y regresó al poco tiempo con un trozo de alambre. Se lo tendió al policía.

—Esto irá mejor. No podrá forcejear para soltarse.

Hugo asintió, procediendo con todo cuidado a asegurar los brazos de Loire a su espalda. Cuando terminó y lo volvió, los ojos del pistolero ya le miraban.

—Un viajecito hasta el Muelle de los Orfèvres no te vendrá mal, amigo. Es de lo más bonito de París. Alternarás con los turistas.

Le ayudó a ponerse en pie, y lo dejó sobre una butaca. Después arrastró al herido del pasillo, que no se movía. Estaba únicamente desmayado. En cambio el hombre del balazo en la rodilla no cesaba de gemir en voz baja. Mientras los examinaba y comprendía que ninguno de los dos estaba en peligro, pensó en que les quedaba deshacerse del muchacho de la casa, que forzosamente habría escuchado el tiroteo. Aguardaría en la salida, para cerrarle el paso.

Varrene y Passy ya no tenían que preocuparse de nada. Al menos en este mundo, pues en el otro fuera distinto. Decidió salir cuanto antes.

—Voy a subir con Loire, Lena. No sé cómo se presentará el paso. Aguardarás aquí. Si el chico de arriba tiene ganas de pelea le complaceremos. Ya lo mismo me da.

Sonrió a la mujer. Ella le admiró. Hugo tenía la chaqueta rota y la cara manchada. El pelo le caía sobre la frente, pareciendo haber estado luchando con siete osos.

—¡Vamos, Loire! Tú me trajiste aquí y tú debes ayudarme a salir. Vete delante caminando.

Tomó del suelo una pistola y colocó el cañón en la espalda del prisionero. De esa forma se dirigieron por el estrecho corredor hacia el piso superior. Le ordenó al hombre.

—Sal primero, amigo. Veremos si tu compañero tiene mucha puntería.

Corrió el pestillo y empujó a Loire hacia la cocina. No se produjo ataque alguno. Sorprendido, tomó el extremo del alambre que sujetaba las manos de Loire y lo amarró con cuidado a la balaustrada de la escalera. Dejó así seguro al prisionero y recorrió la casa. No había nadie. La puerta de la calle estaba abierta de par en par. Creyó escuchar el ruido de un coche que se alejaba, pero no podía asegurar que hubiera salido del almacén. Se encogió de hombros. Por lo visto, el muchacho de la casa prefería no andar con líos.

Llamó a Lena y volvió junto a Loire, que había perdido toda su vitalidad y aparentemente se conformaba con su suerte.

En el almacén estaba el «Renault» castaño. Empujó a su interior al propietario y la muchacha condujo. Hugo no se fiaba nada de la tranquilidad del bandido. Sin dejar de vigilarle y teniendo la pistola dispuesta, rodaron hasta el Muelle de los Orfèvres.

Ney estaba sorprendido de que el sol brillara tan intensamente aquella maravillosa mañana. Después de las horas pasadas en el tenebroso sótano de «Bibi Fortune», había olvidado que aún estaban en primavera.

Veía la cabeza rubia de Lena ante él. Le sonrió por el espejo retrovisor, pero ella no respondió al gesto.

Lena, que en realidad se llamaba Marie Marcel, se enfrentaba de nuevo con la realidad y sus pensamientos no eran gratos. Ella era una mujer que no podía en modo alguno hacer planes para el futuro. Sólo le quedaba unirse a tipos como Loire. En cambio el amor de Hugo Ney le estaba vedado. El joven, a quién no pudo olvidar desde que le viera un año antes en el despacho de la Policía Judicial, pertenecía a otro mundo. Tendría una familia, unos

compañeros que le impedirían la locura de casarse con una mujer fichada por la Brigada Social, detenida por escándalo más de una vez, y además cómplice de una banda de delincuentes.

Sin embargo, no quería resignarse. Estaba acostumbrada a luchar fieramente. Lo hizo siempre desde pequeña. ¿Por qué entonces no iba a defender su felicidad contra quien fuera? Miró al espejo donde Ney le sonreía y decidió no apartarle de su vida. Entonces también ella sonrió y su rostro hermoso, pero un poco cansado, se iluminó gozoso.

Ney parecía encantado. Deseaba llegar ante el comisario Paradis. Comprendía la impaciencia del viejo policía que le había llevado a atacar a «Bagatelle». Quizá le diera ya por muerto. ¡Cómo iba a disfrutar cuando dijera que ya tenía entre sus dedos a «Bibi Fortune», que toda la organización estaba destrozada y poseía los principales resortes del negocio!

—¡Date prisa, Lena! ¡Hay que llegar enseguida!

Cuando entraban en la Cité, por el Boulevard de Palacio, llevaban un motorista a su lado por exceso de velocidad. El hombre debió sorprenderse bastante al verlos detenerse ante el edificio de la Policía Judicial.

—¡No se moleste, amigo! ¡Servicio! —le dijo Ney al policía de tráfico.

Hizo descender a Loire. Antes de que llegara a la puerta, un par de compañeros corrieron hacia él.

—¿De dónde sales, muchacho? ¡Si tardas un poco más, a Paradis le tienen que jubilar! ¡Parece que es tu aya!

—Lo que ocurre es que el viejo sabe dónde hay un agente de verdad, y no un enchufado asqueroso —dijo Ney, riendo—. Haceros cargo de este individuo y llevadlo al Gabinete de Identificación. Que vayan entreteniéndose con él. Ya me ocuparé más tarde del asunto.

Lena iba tras él, indecisa. Al ver a Hugo Ney en su ambiente, otra vez empezaba a comprender que no eran posibles sus proyectos. Que era demasiado profundo el abismo que les separaba. El joven la llamó.

—¡Ven conmigo, Lena! Quiero que conozcas al jefe. Además he de hablarle de ti.

Ella asintió en silencio. Empezaron a subir la escalera despacio.

Tenían un aspecto en común. Lo destrozado de la indumentaria y las huellas de los golpes recibidos.

Paradis esperaba en su despacho. Había visto desde la ventana la entrada de Ney, pero, fiel a su modo de ser, acalló los sentimientos y aguardó tranquilamente. Sin embargo, cuando escuchó los pasos del joven por el corredor sintióse lleno de entusiasmo. Charón, que nunca aprendió a conocer a su jefe, abrió la puerta, gritando excitado:

—¡Viene Hugo, jefe!

—¡Haz el favor de pedir permiso para entrar, animalote! —chilló el comisario, con gesto hosco—. ¿Qué tiene de extraño que venga el agente Ney? Me parece que trabaja en esta sección.

Charón se quedó helado. Aún estaba en la puerta, queriendo comprender, cuando Ney le empujó:

—Déjame pasar, Charón. Y cierra la puerta, no sea que se enfríe el comisario.

Paradis saltó del asiento y se puso en pie. Para disimular su emoción nada mejor que gritar enfadado.

—¿Qué falta de respeto es ésta? ¡Agente Ney, si vuelve a decir otra impertinencia quedará arrestado! ¿Entiende?

Ney sonrió. Le divertía el modo de ser del viejo. Se sentó en una butaca e indicó a Lena que le imitara. Esperó a que Paradis preguntase. El comisario tampoco quiso ceder y empezó a mirar unos papeles. Al fin estalló.

—¿Quieres darme el informe de una vez? ¡Tengo mucho trabajo! Espero que no hayas estado estos días de juerga por ahí. ¿Qué hay del caso «Fortune»? Aguarda. Dime primero quién es esta chica y qué hace aquí.

—De acuerdo. Esta «señorita» —recalcó— es Lena. No sé aún su apellido...

—Marcel —apuntó la joven tímidamente.

—Bueno. Lena Marcel. Ahora de órdenes para que vaya una ambulancia a una casa de la Rue de París, cerca del Canal, en Pantin. La reconocerán, pues tiene un gran almacén al lado. En el sótano, al que se entra por la cocina, hay dos heridos y dos cadáveres. El otro miembro de la banda está abajo, en Identificación.

—¡Buen trabajo, muchacho! Ahora sólo nos falta encontrar al

propio «Bibi». Pero el prisionero que has traído nos ayudará mucho.

—Eso quiere decir que Simone continúa igual —comentó Ney con voz ronca—. ¡Es que esos médicos no son capaces de hacer otra cosa que esperar!

Había tal amargura en su exclamación que Lena se estremeció. ¡Simone! ¡Forzosamente tenía que existir otra mujer en la vida de un hombre como Hugo Ney! Y por lo visto se llamaba Simone.

—Ten calma. Las últimas impresiones son muy favorables. Los médicos creen que es cuestión de horas que vuelva en sí. Y ahora está bien segura. No podrá ese canalla intentar otro golpe. Sea como sea, «Bibi Fortune» ha perdido. Fue un acierto sacarla de donde Friedlan. Ese charlatán era incapaz de ofrecernos seguridad. Precisamente hace unos minutos me ha llamado muy compungido para decirme que se ha visto obligado a decirle a Cours, su mejor cliente, que la chica no había muerto y que la Policía la trasladó al Hospital Val de Grace... Dice que Cours estaba muy impresionado y corría peligro de... ¿Qué demonios te ocurre ahora? —preguntó interrumpiéndose, pues Ney se había puesto en pie, espantosamente pálido.

—¿Que qué me ocurre? ¡Maldita sea! ¿Es que aún no ha comprendido que Henry Cours es «Bibi Fortune»?

Fue injusto, puesto que él tuvo que leer varias veces el número ODE 4287 hasta convencerse. Pero estaba loco de rabia. ¡En el instante final Cours iba a salirse con la suya!

Paradis, como más experto y además sin el motivo personal que Ney tenía y que lo llenaba de apasionamiento, tomó el mando de la situación.

—¡Bueno! No termina uno nunca de llevarse sorpresas. ¡Charón! ¡Charón! ¡Prepara el coche enseguida! ¡Tú mismo llevarás el volante!

Se abalanzó al teléfono y marcó un número. Mientras le daban la comunicación no dejó de mirar a Ney, que parecía pronto a estallar. Y también leyó en las miradas de la chica rubia, que permanecía inmóvil y abatida.

—¡Oiga! ¿Hospital Val de Grace? ¡Necesito hablar con uno de los agentes de la Policía Judicial que están ahí en servicio! ¡Es urgente! —Esperó unos segundos. Luego volvió a gritar—. ¿Quién es? ¿Lizare? ¡Escucha atentamente! Tenéis que reforzar la

vigilancia. ¿Habéis visto por ahí al señor Cours?... Bien. Que nadie se acerque a la habitación de la señorita. Ni enfermeras ni nadie, y especialmente el señor Cours. Espero que de un momento a otro se presente ahí. ¡Detenedlo! ¡Sí! ¡Que lo detengáis!

Colgó con rabia el aparato y tomó su sombrero, dirigiéndose a la puerta. Los dos jóvenes le siguieron. El viejo comisario murmuraba:

—¡Ahora que Dios nos ayude!

CAPÍTULO XIII

La enorme masa de edificios que compone el Hospital de Val de Grace, coronados con la gran cúpula central, bullía de actividad, de diligencia, de prisas. El coche de la Policía Judicial se detuvo ante la entrada principal y tres hombres, Paradis, Ney y Charón saltaron a la acera; después lo hizo Lena. Nadie preguntó a la joven qué hacia allí, pero ella no quería perderse la oportunidad de conocer a aquella Simone, a quién sin haber visto nunca ya odiaba. Por momentos la muchacha se iba sintiendo sola de nuevo. Espantosamente sola en la gran ciudad, como siempre había estado.

Paradis parecía tener diez años menos. Con paso rápido se encaminó a un ascensor. En el piso tercero abandonaron el aparato y el grupo avanzó por un ancho corredor. El primer conocido que encontraron fue el agente Trudaine, que se acercó a ellos sonriendo.

—¡Todo está en orden, comisario! Ese tal Cours no ha aparecido por aquí. ¿Qué pasa? ¿Se ha puesto demasiado pesado?

—¡Ahórrate las preguntas, Trudaine! —rezongó Paradis—. ¡Y ojalá sea como dices!

Llegaron ante la puerta de un cuarto, al fondo del corredor, antes de alcanzar el recodo. Allí Paradis se detuvo. Con cierto nerviosismo, tocó en la puerta.

Se abrió unos centímetros la hoja de madera, asomando el rostro huido de Lizare, quien al reconocer al comisario sonrió hasta donde era capaz de hacerlo.

—¡Sin novedad, jefe! ¡La chica continúa dormida!

Paradis empujóle y entró en la habitación. Era un cuarto pequeño sin ventana alguna. Un estrecho tubo de ventilación le prestaba el aire necesario. Dos mujeres vestidas de blanco, pero con un inconfundible aire oficial, vigilaban ante la cama. Saludaron secamente. Eran matronas de la Policía Judicial.

El comisario miró alrededor, en tanto que Ney se aproximaba a

Simone y la observaba con ansiedad. La chica tenía la cara totalmente descubierta de vendajes y su serena belleza impresionaba. Lena contemplaba a los dos jóvenes y una confusión de sentimientos la embargaban.

Paradis detuvo los ojos en el tubo de ventilación. Afirmó:

—No me gusta, Lizare, ocúpate de que un muchacho suba al extremo de ese aireador y se quede allí vigilando. Nuestro hombre es muy hábil y podía intentar repetir lo de la clínica de Montrouge.

El agente salió. Ney estaba inclinado sobre Simone y tuvo el jefe que cogerle del brazo para separarle de allí.

—Vamos, muchacho. Saldremos al pasillo. Dejaremos a «Bibi» el camino libre en apariencia. Supongo que si intenta algo lo hará enviando a un cómplice.

Abandonaron la habitación. Lena, en quien nadie prestaba atención, salió la última, después de lanzar una mirada de odio a la paciente.

Se situaron frente al cuarto, en otro vacío preparado al efecto. La puerta tenía un paño de cristal y por él se vigilaba con toda comodidad el trozo de pasillo. Lizare regresó y, obedeciendo una indicación de Paradis, entró en el cuarto de Simone. Después el corredor quedó tranquilo.

No era hora de visitas. Únicamente, pues, pasaban ante los hombres de la Policía Judicial enfermeras con bandejas y útiles diversos, médicos diligentes y toda clase de empleados. Ninguno de ellos tenía conocimiento de la clase de vigilancia a que eran sometidos.

Transcurrieron muchos minutos. Demasiados para la paciencia de Ney. Lena se había sentado sobre la cama y parecía sumida en tristes reflexiones. Veía poco a poco cómo se derrumbaba el castillo de naipes de sus ilusiones. A cada minuto que pasaba, Hugo Ney parecía más distante. Y en cambio aquella muñeca insulsa que reposaba al otro lado del corredor, que no sería capaz de sacrificar nada por el joven, tenía lo amarrado a ella por cadenas invisibles pero poderosas.

Paradis refunfuñó:

—¡Estaría bueno que mientras esperamos aquí ese Cours se largara de París!

Ney pensaba algo parecido. En aquel instante un hombre con

pantalón y chaqueta blancos se acercaba, empujando un carrito de acero sobre el que se apoyaba el cilindro oscuro de una botella de oxígeno. El individuo llevaba en el rostro la mascarilla de gasa de la sala de operaciones.

Pasó ante el cuarto de Simone y se detuvo en el frontero. Abrió la puerta y desapareció. Enseguida volvió a salir, esta vez con el soporte vacío. Cerró y siguió pasillo adelante.

Ney le miró distraído. Repentinamente algo le alarmó. ¿Qué le recordaba el andar de aquel hombre?

—¡Espere un poco, comisario! —gritó, saliendo al pasillo.

Se detuvo indeciso. El hombre de blanco doblaba la esquina y el ruido de su carrito se alejaba lentamente. Dio unos pasos en su seguimiento pero se arrepintió y decidido entró en la habitación donde había dejado la botella de acero.

No sabía qué esperaba encontrar. El tubo metálico estaba en pie, junto a la pared que separaba el recinto del aposento de Simone. Todo normal. Quizá en aquel cuarto fuera instalado algún operado que aún estaría en la sala de cirugía.

Iba a cerrar. Y entonces escuchó un tenue tic-tac.

No se veía reloj alguno sobre la vacía mesilla ni en la pared.

—¡Paradis! ¡Paradis! —llamó, alzando la voz.

El comisario llegó al galope. Vio al joven que estaba manipulando en el tapón de la botella de acero. Preguntó extrañado:

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces ahí?

Ney le hizo señas de que aguardara. Estaba desenroscando lo que parecía un manómetro pequeño. Con él en la mano se aproximó a su jefe.

—Véalo. Y si no está conmigo en que «Fortune» es un genio, es que no nos entendemos.

El comisario examinó el aparatito. Lanzó un silbido de admiración.

—¡Caramba! ¡Esto es una bomba de relojería! ¡Han llenado todo el hueco de nitroglicerina! Será mejor sacarlo de aquí. Toma. Apartaremos el fulminante.

Con el máximo cuidado entregó al chico la parte mecánica que debía provocar la explosión en un momento determinado, y como

ésta sería pequeña, pues el líquido era poco, la botella de acetileno haría lo demás. Asustaba pensar el poder destructor del envase de acero convertido en una bomba por aquel sencillo procedimiento. Simone, que sólo estaba separada de ella por un fino tabique, sería la primera, pero no la única víctima.

Ney, que ocupado en desmontar el artefacto, no se ocupó de más, lanzó un grito, que sobresaltó al comisario.

—¡Cours! ¡Él trajo la botella!

Empujó al viejo y salió al pasillo. Paradis no comprendía del todo y tuvo que sujetarse a la cama para que el tubito lleno de nitroglicerina no rodara por el suelo.

—¡Este muchacho! ¡Tiene el demonio en el cuerpo!

El agente entretanto volaba por el corredor. Había pasado tiempo suficiente para que el asesino se hubiera esfumado. Preguntó a una enfermera:

—¿Ha visto a un hombre de blanco con un carrito de botellas de oxígeno?

Ella movió la cabeza negativamente. No era tarea fácil encontrar una persona vestida de blanco allí, donde todas iban de esa manera. Desesperado, miró en todas direcciones. Estaba en un cruce de pasillos. Los estrechos corredores relucían con el brillo de los azulejos, silenciosos y tranquilos.

Aguzó el oído. Percibió entonces un tenue chirrido. ¡El hombre seguía empujando el carrito!

Guiándose por el sonido, recorrió uno de los pasillos. Al doblar la esquina le vio. Un par de zancadas y tiró del brazo del individuo.

—¡Un momento, amigo! —exclamó.

El hombre le miró sorprendido. Era un chico rubio, joven, que no recordaba en nada al que entrara la botella hacía unos momentos. Además, no llevaba chaqueta y pantalón blancos, sino una larga bata del mismo color.

—¿Qué desea? —preguntó amablemente—. ¿Puedo servirle en algo?

Ney le soltó y sin contestar corrió en otra dirección, como loco, perdido entre tantos corredores. Se detuvo al llegar a una amplia escalera. El ascensor descendía entre el enrejado de las defensas. La puerta se abrió y el empleado preguntó:

—¿Baja el señor?

Ney miró al hombre, distraído. Sólo había un pasajero en la cabina. Era Henry Cours.

No tardó en reponerse. Allí estaba el frío asesino, el fantástico y misterioso «Bibi Fortune», que le sonreía tranquilo. No llevaba ya el uniforme blanco. Sin duda se había despojado de él en los pisos altos de donde ahora descendía. Sin perder la tranquilidad el bandido le saludó.

—¡Encantado de encontrarle! ¿Qué casualidad? He venido a ver a un amigo mío. Podremos salir juntos... ¿Desciende usted?

Hugo perdió la paciencia. Estaba furioso y en lugar de obrar con cautela cometió la imprudencia de descubrir su juego. Barbotó:

—¡Quítese la máscara, canalla! ¡Y no espere que su última salvajada tenga éxito! ¡Ya no es necesario que Simone hable! ¿Entiende, «Bibi Fortune»?

Cours no abandonó la sonrisa. Hizo un rápido ademán que Ney comprendió. Antes de que pudiera sacar el arma el agente de la Policía Judicial se lanzó hacia él, en *plongeon*, y le derribó dentro de la cabina. El empleado empezó a correr, buscando ayuda para separar a los dos hombres que parecían fieras.

Forcejeando uno de los zapatos, hizo girar el mando y la puerta automática se cerró lentamente, quedando los dos hombres prisioneros dentro del reducido espacio.

Ney logró ventaja. Se puso en pie y sujetó a su enemigo contra la pared. Un movimiento brusco y la palanca dio vuelta haciendo descender suavemente el ascensor.

Así, golpeándose ciegamente, llegaron a la planta baja. Como la puerta no se abría, un empleado se acercó para accionarla desde el exterior.

Los combatientes parecieron salir despedidos, Cours, lanzado por el puño de Ney que le acertó en la mandíbula, cayó de espaldas sobre el mármol del vestíbulo, y tras él fue el propio Hugo.

—¡Levántate bandido! ¡Aún no he terminado contigo! —dijo el agente.

Tuvieron que separarle. Paradis y otros compañeros le sujetaron. Y unas brillantes esposas rodearon las muñecas de «Bibi Fortune», que ya no ofrecía el brillante aspecto de otras veces.

—¡Está bien, muchacho! ¡Déjalo ya! —El comisario sonrió—. Creo que debes subir arriba. Si el médico sabe lo que tiene entre

manos, Simone está a punto de admirarte. Aunque tienes un aspecto deprimente.

El joven no se hizo repetir el consejo. Ni se volvió para ver a Cours, que era sacado al exterior, camino del Muelle de los Orfèvres. Subió de cuatro en cuatro los escalones. Paradis prefirió hacerlo en el ascensor. Llegaron casi al tiempo. Ney entró en el cuarto de Simone como una exhalación. Lena estaba allí, con su triste sonrisa.

—¿Te has enterado, Lena? ¡Simone se pondrá bien! ¿No te parece estupendo?

Ya no volvió a ocuparse de ella. Dedicó toda su atención a los ojos cerrados de la señorita Chaumont. El médico estaba inyectándola algo y luego le tomó el pulso. Pasaron unos minutos y al fin los párpados se movieron. La primera mirada de Simone reflejó asombro. Luego volvió a bajar las espesas pestañas.

Ney parecía un chico con zapatos nuevos. Se volvió buscando a Lena para hacerla partícipe de su alegría, y no la vio. Preguntó a Paradis.

—¿Y Lena? Estaba aquí hace unos segundos.

El comisario tampoco lo sabía, aunque se lo sospechaba. Lizare le aclaró.

—¿La chica rubia? Se marchó. ¿Quiere que la alcance?

Ney no escuchó las palabras. Se inclinaba otra vez junto a Simone y tenía cogida una de sus manos. La hablaba dedicándole frases infantiles y absurdas. Como las de todos los enamorados.

El viejo Paradis dejó la habitación y cruzó el pasillo. Al otro lado había una ventana. Miró por ella. Lena, la extraña joven rubia de reconcentrados pensamientos, se alejaba despacio por la calle Port-Royal. Tenía un tremendo aire de cansancio, de abandono. Desapareció tras la primera esquina.

—¡Esta juventud! ¡Qué tremendamente egoísta es a veces! —murmuró el comisario.

Lizare no le entendía. Deseaba aclaraciones a sus dudas.

—¿Cómo diablos esta chica, la señorita Chaumont, se enredó en la banda de «Fortune»?

—No seas bruto. Ella era secretaria de Cours y además su prometida. Y no sabía nada de su doble personalidad. Hasta aquella desdichada mañana, en que, camino de la oficina, y acompañada

por él, que debió encontrar en algún lugar, no tuvo conocimiento de ello. Sería una imprudencia de Cours, algún desliz de un cómplice. ¿Qué sé yo? Lo cierto es que la muchacha quedó horrorizada, pues como todo el mundo conocía la fama de «Bibi Fortune»... Y el bandido se apresuró a encerrarla y después ordenar que la mataran. Querría intimidarla primero y ella se resistiría. De todos modos ha sido una suerte. Sin esta historia de la prometida engañada, quizá nunca hubieran cazado a «Fortune». Ahora nos queda la tarea de ir desmantelando todo su imperio, de capturar a todos los enlaces y cómplices de la organización.

Lo dijo sin darle importancia, aun cuando era un trabajo pesado y duro. Se acercaron al cuarto de Simone, el médico salía.

—Está fuera de peligro. Los reflejos son normales. Existía el riesgo de alguna alteración mental, pero no es así. Una temporada de descanso y todo habrá pasado. Ya le informaré de su estado. ¿Aún es preciso continuar guardándola?

—Ya no. Retiraré a mi gente. Además creo que tendrá una vigilancia especial.

Hugo Ney salió violentamente. Todos sus movimientos eran agitados. Parecía entusiasmado. Abordó a Paradis, excitado:

—¡Me ha reconocido, comisario! ¡Dice que me recuerda del Metro! ¿No es estupendo? ¡Es la criatura más encantadora que existe!

—Desde luego. Buen muchacho. Puedes empezar ahora mismo unas vacaciones extraordinarias. Te las has ganado. Ya te avisaré cuando te necesite. El doctor, además, está conforme en que acompañes a la señorita Simone, siempre que no te pongas demasiado pelma.

Hugo Ney dejó de sonreír. Miró a los tres hombres que le examinaban burlones. Se encogió de hombros y volvió la espalda.

—¡Bah! ¡No me hacen gracia esas bromas!

Desapareció en el cuarto. Paradis tomó por el brazo a Lizare, y despidiéndose del doctor con un gesto se alejó en busca del ascensor. Eran dos figuras dispares. Lizare, alto y desgarrado, y Paradis rechoncho y pesado. Dos hombres vulgares en apariencia, como todos los que desde el Muelle de los Orfèvres, a la sombra de las torres de Nôtre Dame, en el bellissimo recinto de la Cité, vigilan las noches y los días de París.

FIN

¡LA MUERTE Y EL TERROR, COMO COMPAÑEROS DE VIAJE A BORDO DEL TREN MAS AVENTURERO DEL MUNDO

Un simple billete de ferrocarril puede significar el azar de la aventura imprevista; pero si el billete es para el "Orient-Exprés" y señala un...



PASAJE A ORIENTE

y su propietario lleva consigo, además, trascendentales secretos que son dinamita pura en estado latente de explosión... ¡el viaje puede convertirse en una ruta donde la muerte es el único árbitro de la más impresionante aventura!

PASAJE A ORIENTE

He aquí tres palabras que llegaron a enloquecer a un joven químico norteamericano, protagonista de esta alucinante aventura, que para usted ha escrito el famosísimo **DOUGLAS FAIRBANKS** quien la escuchó en un café de Viena de labios de su propio protagonista...

PASAJE A ORIENTE

¡es una magnífica novela, de acción trepidante como el más vertiginoso film, que dejará en su recuerdo una huella imborrable y profunda!

La gran COLECCION SERVICIO SECRETO
¡la publicará dentro de siete días!

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 407 - Matilde Redón
■ CAUTIVA DE SU PECADO
Núm. 408 - Sergio Duval
○ POLVORILLA
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURO

- Núm. 247 - Corin Tello
■ NOCHE DE BODAS
Núm. 248 - Juan M. Infantes
○ ENTRE DOS AMORES
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 86 - Carlos de Santander
■ ETERNAMENTE FELICES
Núm. 87 - Eva Fernan
○ PORMI DAMA
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISONTI

- Núm. 348 - Chas Logan
■ GAVILANES PLATEADOS
Núm. 349 - Alar Benet
○ LA LEY DEL WINCHESTER
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 212 - Tony M. Tower
■ LA CONSIGNA ES MATAR
Núm. 213 - Donald Curtis
○ PASAJE A ORIENTE
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 303 - Jesús Navarro
■ SU GUERRA PRIVADA
Núm. 304 - María Aseret
○ CATALINA
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 133 - Carlota
■ ENCONTRE MI PARAISO
Núm. 134 - Carmen Martel
○ DESILUSION
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 21 - LAS MEJORES POESIAS A JORDAS DE LA LENGUA ESPANOLA.
Núm. 22 - LAS MEJORES POESIAS CUBINAS
APARICION BI-MENSUAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 45 - Tex Taylor
■ SANGRE SOBRE LA HIERBA
Núm. 46 - Silver Kane
○ "MALA ESTRELLA" JIM
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 27 - M. Pilar Carré
■ LOS HOMBRES VUELVEN SIEMPRE
Núm. 28 - M^{ra}. Teresa Soté
○ DOS MENTIROSOS
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

